ELVIRA MÍNGUEZ

LA SOMBRA DE LA TIERRA

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Lema
Lista de personajes
Marzo de 1896
Abril de 1896
Mayo de 1896
Junio de 1896
Julio de 1896
Agosto de 1896
Septiembre de 1896
Octubre de 1896
Noviembre de 1896
Diciembre de 1896
Enero de 1897
Marzo de 1898
Agradecimientos
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

«Serán los hijos los que se conjuren contra el silencio de los padres para arrancar a la tierra de su sombra»

La sombra de la tierra es la historia de dos mujeres o, mejor dicho, de la escalada al poder de una de ellas y la pérdida del mismo de la otra.

Estamos en 1896, en Villaveza del Agua, un pueblo de la provincia de Zamora donde el hambre y la pobreza son las circunstancias vitales de sus habitantes, sometidos a la Garibalda, una mujer viuda y enferma que impone sus propias normas a la comunidad entera.

La dictadura de la Garibalda, el control y la explotación a los que tiene sometidos a los hombres y mujeres del pueblo y el temor reverencial que sienten hacia ella ha llevado a los habitantes de Villaveza a buscar una solución, y esta solución (o eso es lo que creen) es Atilana, una mujer tan dura como sus circunstancias que aspira a conseguir el poder que ostenta la caciquesa.

Enfrentadas desde hace muchos años, el odio las mantiene en pie. La lucha de estas dos mujeres egoístas y manipuladoras arrastrará a todo aquel que esté a su lado. Atilana y Garibalda tan absortas una en la otra, incapaces de ver más allá de su enfrentamiento, no serán conscientes de lo que se está gestando a su alrededor hasta que sea demasiado tarde.

Nadie en el pueblo saldrá indemne de este encono, aunque serán sus hijos, principales víctimas de estas mujeres despiadadas, los condenados a soportar la herencia maldita de estos actos.

La sombra de la tierra

Elvira Mínguez

A nuestro hijo...

... y serán los hijos los que se conjuren contra el silencio de los padres para arrancar a la tierra de su sombra.

Geaceos 11, 28.

Lista de personajes

ATILANA, viuda.
GENARO (el Putero), el marido fallecido.
Hijos: BELA (Isabel), AMPARO, BALDO, TINA (Juventina).
FERNANDO VACAS, acreedor de Genaro y residente en la finca de Atilana.
La vieja TAYA...
GARIBALDA, viuda.
INDALECIO, su marido, fallecido.
Hijos: BRAULIO, TRÁNSITO, DEMETRIO.

Otros personajes del pueblo:
HERMINIA (la de la abacería).
SATURIO, su marido.
CASILDA, vecina reciente.
AGUSTÍN, el cura del pueblo.
CRESCENCIO, el dueño de la timba del pueblo.
BENIGNO, el de la bodega.
RODO, EMETERIO, AVELINO y demás arrendatarios.

Más mujeres del pueblo:
BALTASARA, EDELMIRA, RAIMUNDA, CELEDONIA...

Personajes de Monte Coto:
LADISLAO, jefe del campamento.
LA CHIRI, viuda de uno de los hombres del Monte Coto.
TUERTO, médico, veterinario y contable del campamento.
JULIANO, novio de Tina.
CUERVO.
PATRICIO.

Marzo de 1896

Villaveza del Agua despierta con un sol legañoso cubierto por el polvo que sacudía con fuerza desde la noche anterior. Los remolinos que llegan hasta el suelo se posan, apenas unos segundos de respiro, y retoman la carrera por la calle principal hasta la fuente y el abrevadero. A su paso, un par de mujeres paradas en las puertas de sus casas se tapan los ojos y giran la cabeza para evitar la polvareda levantada. En el exterior de la bodega, unos parroquianos se sujetan las gorras y cubren el pocillo de vino con la mano, al tiempo que vigilan, serios y sin hacer el menor comentario. En un rincón de la calle, inadvertida, como si fuera una oquedad de la pared, hay una figura femenina toda vestida de negro. Es una anciana que tiene los ojos muy grandes y opacos. Se cubre con una cofia y manto de luto. Parece ausente, como si tampoco pudiera o le hiciera falta oír.

Desde el almacén de enfrente de la bodega, alguien se asoma, mira hacia la embocadura de la calle y vuelve a meterse en el interior sin cerrar la puerta del todo para poder escuchar la señal. Después de unos minutos en los que solo se oye el silbido del viento, dos niños aparecen a la carrera.

—¡¡Ya traen al Putero!! ¡¡MAMÁ!!, ¡¡Mamá, ya llega el Putero!!

Con los gritos de los niños, los hombres de la bodega se meten para dentro y anuncian la noticia al resto de los parroquianos, que no tardan en salir; una de las mujeres caza al vuelo a uno de los chiquillos y lo intenta meter dentro de la casa sin conseguirlo mientras que la otra va a avisar a las vecinas cercanas para después juntarse, dar un paso al frente y con los brazos cruzados esperar en silencio; otras tres o cuatro mujeres salen a la carrera de las casas y se alinean con ellas adoptando la misma actitud que las primeras, algún hombre se asoma a través del visillo; en la puerta del

almacén hace su aparición una mujer bastante fuerte seguida de un par de clientas y de su marido. Las mujeres se miran entre ellas con orgullo de grupo mientras que el marido, asqueado, se vuelve a meter en el almacén sin terminar de creerse lo que ve. Todos esperan en silencio.

Al final de la calle aparece la figura enlutada de Atilana abriendo la comitiva. Es una mujer alta y fuerte, de cincuenta y dos años, con pelo entrecano recogido en un moño, facciones marcadas, labios delgados y sufridos y unos ojos negros como un pozo rodeados de profundas ojeras. Camina tiesa, mirando a todos y a ninguno, con los músculos en tensión. Detrás de ella avanzan sus tres hijas igualmente vestidas de luto. Baldo, el hijo, va sentado al pescante de una carreta junto a Fernando Vacas, el hombre que la maneja.

Cuando la carreta llega a la altura de las dos primeras mujeres, estas se giran dando la espalda al cortejo. A medida que pasan por delante de cada una de las mujeres que les hacen el paseíllo, todas repiten el gesto de las anteriores.

Al llegar al final de la calle, Atilana mira por el rabillo del ojo a sus hijos, que observan asombrados lo que está ocurriendo, y toma una decisión: tira de la brida que sujeta Vacas y hace parar la carreta.

—¡Alto!

En la bocacalle de la derecha destaca de las demás una vivienda por tamaño y nivel económico.

—Esperad aquí —ordena.

—Madre. —El hijo intenta evitarlo. Es casi un ruego, pero ella con la mirada hace callar al muchacho. Vacas mueve la cabeza en desacuerdo con la decisión, pero no dice nada, y Atilana inicia la marcha hacia esa casa grande, en la que nunca ha entrado, con la certeza de que el espectáculo que acaban de protagonizar está orquestado desde allí y también que la están esperando.

La puerta está abierta. Atilana aparta la cortina que defiende la entrada del frío y del calor, y entra a un pasillo que huele a

cerrado y a sudor viejo; tuerce el gesto por el olor. Cuando sus ojos se acomodan a la oscuridad distingue una habitación al fondo; la luz del exterior entra por una ventana tamizada por un visillo y recorta la figura de una mujer obesa sentada de espaldas a la entrada: Garibalda. A su lado, sentada también, hay otra figura femenina que la mira desde lejos. Atilana avanza despacio con intención mientras observa curiosa los retratos que cuelgan en las paredes del pasillo. Son fotografías de un hombre pudiente en diferentes momentos de su vida: es el Indalecio, el difunto marido de la Gorda. La primera fotografía es la más reciente: Indalecio amortajado. En la siguiente aparece posando con otros hombres en las obras del ferrocarril; después, Indalecio, en lo que parece un canal; le sigue un retrato familiar en el que la Garibalda está sentada rodeada de sus tres hijos con Indalecio de pie sonriente por detrás de ella. La mirada de Atilana se detiene por un momento en Braulio, el hijo mayor. Continúa. La última fotografía es un retrato de boda. Atilana se fija en el gesto contrariado de la Garibalda en la fotografía. «Esa amargura no es solo por la preñez», piensa Atilana mientras le viene a la mente el recuerdo de aquellos días y el murmullo del pueblo que llegaba hasta su casa. Entra en la habitación. El olor dulzón de una perola que hierve en un hornillo con patas atufa la estancia y saca a Atilana de sus pensamientos.

La Garibalda es la mujer con obesidad mórbida que, sentada, contempla la calle a través de los visillos. Atilana puede ver por encima del hombro de la Gorda su carreta parada ahí fuera. «Así que esta es la garita de vigilancia». Contempla ahora con asombro los brazos enormes de la mujer apoyados en la mesa camilla, las carnes que sobresalen por los laterales de la butaca, esos pies abotargados y tumefactos que se escapan por los bordes de unas zapatillas deformadas. Hace varios años que Garibalda no sale de su casa y bastantes más que Atilana no se la había vuelto a cruzar. Hace las cuentas, el Indalecio murió hace cinco años y ya hacía lo menos otros cinco que no la veía. «La grasa no le deja ya ni moverse». Como si la hubiera escuchado, Garibalda se endereza en su silla y se inclina hacia Tránsito, la hija, mucho más delgada y nerviosa de lo habitual. A pesar de tener un año más que Bela, su

hija mayor, Atilana continúa viendo en ella a esa niña asustada que las seguía de lejos. Espera a que la muchacha arranque, sabe que la Gorda nunca habla directamente, de esta manera nadie puede acusarla de algo que haya podido decir, lo hará a su hija y esta lo repetirá palabra por palabra.

—¿A qué vienes? —pregunta Tránsito. La voz le brota temblona.

—Ya lo sabes, quiero enterrar al Genaro en camposanto —responde a la espalda de la Garibalda sin querer entrar en ese juego idiota. Tránsito escucha atenta la respuesta de su madre.

—No es posible. Ese hombre era un mentiroso y un putero —dice con rapidez, evitando mirar a Atilana directamente.

Atilana se alisa la falda de forma refleja, muerde las palabras al responder:

—Lo de putero bien lo sabes tú... —Garibalda se remueve furiosa con esta respuesta y Tránsito agacha la cabeza. Atilana prosigue antes de que la Gorda pueda replicar—: Lo fue, igual que lo fueron tu padre y su padre antes que él, y a todos se los enterró en el cementerio. No pido para mi marido nada que los demás no hayan podido tener.

La Gorda acerca a Tránsito de un tirón hacia ella.

—No mientras yo esté viva. Haz con ese malnacido lo que quieras, pero no en el cementerio, no merece ni compasión ni descanso. Su muerte servirá de ejemplo —reproduce la vocera con tensión. Su mirada pasa con angustia de una a la otra.

—Hubo un tiempo en el que no pensabas así —le arroja con rapidez Atilana a la vez que observa cómo se cierra con rabia el puño de la Gorda sobre la mesa. Continúa incordiándola—: Bien que te achantabas de decir esto mientras coleaba. Y ahora que parece que te queda poco para seguirle, ¿te envalentonas? Tienes muchos pecados por los que pagar, Garibalda. Deberías temer lo que se vaya a decir de ti en este mundo, y lo que te espere en el infierno al que vayas —escupe con malicia Atilana.

La espalda de Garibalda se eriza con las últimas palabras. Tránsito da un respingo en su silla y observa de soslayo a su madre.

Por encima del hombro de la Gorda, Atilana ve que en la calle Bela tiene un repentino vómito; se percata de que Garibalda, como un aguilucho cuando localiza una presa, se ha estirado en su silla al verlo y habla para intentar cambiar la atención de la Gorda de lo que ocurre afuera.

—Llegará el día en el que me siente a ver como mueres, Garibalda.

Atilana lo dice con prisa mientras comienza la salida asqueada de la situación y de ese olor que se le mete hasta el tuétano. Cuando está llegando a la embocadura del pasillo escucha la advertencia de Tránsito:

—Cuida de tu hija, Atilana. Siempre has sido ciega y sorda para lo tuyo. Has tenido a la zorra viviendo en tu gallinero y todavía no te has enterado de las gallinas que se te ha comido.

Una risa estertórea sale de la garganta de Garibalda. Y con este desagradable sonido retumbando en sus oídos, Atilana sale de la casa.

La cortina de la puerta cae sobre su salida.

La polvareda desciende con ellos por el camino del cementerio. Entre vaivenes avanza hacia el bajo del vestido y los zapatos llenos de polvo de Atilana, que camina junto a la rueda trasera de la carreta. Cierra los ojos para protegerse y se peina con ambas manos el mechón de pelo que el dichoso viento se empeña en sacar del moño.

A su lado caminan sus tres hijas. Las observa en silencio. Las dos menores se protegen igual que hace ella de los envites del viento cada vez más fuerte. Sin embargo, Bela no lo necesita, parece que su cuerpo delgado y flexible se ajustase al viento aviniéndose a sus deseos sin pelea de la misma manera que su belleza se acomoda sin dudar a su talle. Nació con un ojo de cada color (Tina, cuando era niña, decía que su hermana con el ojo azul podía ver a las personas por dentro y con el marrón por fuera). Bela avanza en silencio y pensativa como siempre. Cuando cumplió los diez años, su carácter cambió y comenzó a mirar sin prestar

atención, rozando apenas a las personas con sus extraños ojos. Solo parecía interesarle algo dentro de sí que únicamente podía ver y oír ella. Atilana trataba de sacarla de allí, de donde demonios estuviera, a voces, notando cómo le hervía la sangre, hasta que, despacio, Bela volvía a rozarla con sus ojos. Ahora andaba otra vez más allá de ese camino de tierra seca. De no tener la certeza de que había salido de sus entrañas, Atilana habría jurado que no era suya. Retira su atención de Bela fijándose en su hija pequeña.

A Juventina le gustaba que la llamaran Tina, y así es como se ha quedado. Fue una niña que se empeñaba en ser una adolescente y ahora es una adolescente de quince años que se empeña en ser una mujer. No es hermosa, pero llegará a serlo; su pelo es zaino, largo y duro como la crin de un caballo. Resignada, Atilana lo mira flotar suelto en el viento, en cuanto salieron de casa se quitó la cinta que ella le había puesto para sujetarlo. Tina es todo cabezonería y futuro. No hay nada que Atilana pueda hacer para atarla al aquí y ahora; para ella el presente es un paso al que sigue otro y otro más. Le cuesta detenerse para hacer cualquier cosa y ni con el cinto Atilana consigue doblegarla. Sin embargo, lo ocurrido con las mujeres en el pueblo parece que la hubiera inquietado, y ahora, para sorpresa de Atilana, va sujeta con fuerza a la carreta, seria y callada.

A su lado está Amparo. A pesar de ser mayor que Tina, no hay en su cuerpo nada que anuncie que vaya a manchar pronto. Es, con diferencia, la menos agraciada de todas. Tardó en nacer y la ausencia de llanto en aquella boca desdentada y floja le produjo a Atilana un rechazo que no pudo ocultar. Se repetía a sí misma que solo era una niña y que esa mirada hambrienta que siempre tuvo al vigilar a los peones en la finca eran solo imaginaciones suyas, pero una especie de náusea le apretaba la boca del estómago cuando la veía merodeando entre ellos. La misma que sentía ahora al verla contemplar el perfil y la espalda de Fernando Vacas, sentado en el pescante de la carreta.

—¡Amparo! —la amonesta. Amparo se vuelve hacia ella sin cambiar ese rasgo en su rostro que le repele tanto. El Genaro decía que aquello era propio de su rama, que él recordaba a una tía a la

que llamaban la Sinsorga porque era algo retardada y tenía esa misma barbilla caída y como sin vida. Sin embargo, Atilana sabe que su hija no es tonta precisamente. Nota la mirada de Amparo tan negra como la suya clavada en sus ojos y un escalofrío le recorre el cuerpo. Se cubre un poco más con el mantón y se refugia en Baldo, su descanso.

Baldo se lleva tan solo unos pocos meses con Tina, y es su preferido; adora su cabello castaño a tono con sus ojos, a tono con el otoño en que nació, ese cuerpo largo y su perfil de hombre que le hace parecer mayor de lo que es. Atilana se sorprende siempre de haber podido engendrar un ser tan perfecto. Entonces la entraña le había susurrado que iba a traer un varón al mundo que sería después el hombre que la amaría y cuidaría siempre, y quiso comprender que todo lo pasado se había escrito solo para la llegada de ese niño. Cuando Baldo nació, Atilana pudo reconocer en ese pedazo de carne inocente la parte de ella misma que siempre había necesitado que cuidaran.

—Te llamarás Baldo, como los hombres de mi familia —le murmuraba mientras le acariciaba embobada—. Estudiarás para ser médico, y siempre cuidaremos el uno del otro.

Atilana coge aire para respirar el amor que le ahoga cada vez que piensa en él.

—¡Eaaaaee! —Vacas arrea al caballo.

Atilana observa indiferente la espalda del hombre que su hija Amparo no deja de mirar y que se ve ancha y fuerte todavía, aunque, en realidad, no sabe la edad que tiene y poco le importa. Su orgullo le impide reconocer que Vacas se ha convertido en este tiempo en su principal apoyo. Nunca le ha visto más que como uno de los tantos acreedores de su marido, a pesar de que la mirada del hombre hacia ella no es precisamente de indiferencia. Simplemente no hace caso de esa mirada.

Atilana se alisa la falda y se sujeta con las dos manos el pelo y los pensamientos. Delante se dibuja el cementerio al que se dirigen.

La puerta del cementerio está cerrada a cal y canto. No se ve a nadie alrededor.

—¡Maldita sea su alma! —Atilana se podía imaginar que la

Gorda hubiera dejado dicho a ese cura loco del pueblo que no le asistiera, pero que el maldito orate desapareciera cerrando a cal y canto el cementerio... Al final se la llevan los demonios—. ¡¡¡ASÍ REVIENTE ESTA NOCHE!!! —grita, intentando arrancar el candado. Los hijos agachan la cabeza al ver la furia de su madre y aguardan en silencio mientras se desahoga. Fernando Vacas mira sin afectarse a su alrededor buscando una solución. Cuando parece que Atilana se ha calmado un poco, se apea de la carreta y se dirige a ella.

—¿Qué quieres hacer, señora? —Ella se da la vuelta todavía furiosa, le mira primero a él y luego a todos los demás, buscando en ellos alguna justificación para seguir descargando su ira, pero solo se encuentra la mirada tranquila del hombre. Enfrente del cementerio hay un terreno donde se ven algunas cruces hechas con palos que saltean la tierra. Es el espacio donde se depositan los cadáveres de los desgraciados que Garibalda condenó. Atilana sopesa las posibilidades que tiene. Quiere terminar con todo esto cuanto antes, pero no quiere acatar las normas que esa enferma ha impuesto en el pueblo. Mira a Fernando pidiendo una solución: el hombre le señala otro terreno donde solo crecen abrojos al costado del cementerio entre las ruinas de un viejo cercado. Después de unos momentos, Atilana da la orden:

—¡VAMOS!

Sin mediar palabra, su hijo Baldo tira de las bridas y dirige la carreta detrás de su madre.

Fernando y Baldo han pasado unas cuerdas por debajo del ataúd y entre las chicas y ellos dos lo han empujado hasta el borde. Atilana, de espaldas a ellos, contempla el cementerio. Parece que no hay nadie, solo una tapia baja y las cruces dándoles la espalda; sin embargo, más allá, escondido entre ellas, asoma la cabeza el cura del pueblo. Es un hombre escuálido, con la sotana raída y sucia, que parece más un indigente que un hombre de Dios. Vigila lo que hace Atilana sin atreverse a acercarse. Atilana repara en él y murmura: «¡Alimaña!». El ruido de la caja en el hoyo la saca de sus

pensamientos, se gira y afirma con la cabeza. Fernando y Baldo comienzan a echar paladas de tierra. Atilana contempla a sus hijos uno a uno y piensa en la manera de poder salir adelante después de que todos aquellos a los que debía dinero le hayan reclamado las deudas de su marido.

* * *

Esa misma tarde, Garibalda escucha los chismes que el padre Agustín le ha traído a casa. Tránsito asiste a la conversación sin decir nada, pendiente de los ademanes exagerados con los que el cura acompaña el cuento para hacerse entender mejor.

—... pero la había atrancado para que no pudiera pasar, tal y como me dijo, y ella tiraba y tiraba de la cadena, pero yo la había atado tan fuerte que no pudo romperla, de la misma forma que usted me dijo, señora... Doña Garibalda...

Agustín se queda en silencio, cambia el peso de una pierna a otra a la espera de algún gesto de aprobación por parte de la Garibalda, pero esta no dice nada. Al hombre no se le ocurre qué puede añadir, salvo encomendarse al Altísimo, y es lo que se dispone a hacer cuando por fin la Garibalda sonríe satisfecha y le hace una pequeña seña a Tránsito para que le acerque la caja que conoce bien. El cura se tranquiliza un poco y se anima. La Gorda saca unas monedas, las cuenta, retira algunas del monto y le ofrece el resto al sacerdote que, al ver que es menos de lo que traía en mente, comienza de nuevo el baile de San Vito.

—Señora... Garibalda... El tejado de la iglesia tiene un agujero grande por donde entran las palomas, y cagan en los bancos. La otra mañana me encontré a un par de ellas forni... —se santigua—, sobre el altar... —Se vuelve a santiguar convulsivamente.

La Garibalda suspira con fuerza y le da las monedas que había retirado antes y que todavía tenía en la mano. Agustín se agacha y cabecea mientras se golpea el pecho complacido.

Espera a ver si la señora tiene a bien obsequiarle con algo más, tal vez un buen pedazo del tocino que está encima de la mesa, pero al comprobar que las dádivas se han terminado por hoy, comienza

la retirada entre genuflexiones.

—Agradecido, doña... Señora. Esta parroquia le debe todo a usted y a su santo marido, que descansa a la diestra de Nuestro Señor Padre, por su enorme generosidad y bondad, así como usted misma que el...

Garibalda está harta y cansada de aguantar las pláticas del orate.

—Agustín, quiero saber todo lo que ocurre con ella.

El pobre Agustín se para en seco al oír su nombre, y, cuando la señora Garibalda termina de hablar, continúa con la salida en silencio y agradecido de poder marcharse de allí.

* * *

La finca en la que vive Atilana y los suyos fuera del pueblo está formada por la casa familiar, la cuadra, el establo, un corral para conejos y gallinas, algo que no llega a ser una cochinera, y un par de tierras de cultivo. Hay un pozo que abastece de agua a la casa, y el alojamiento de Fernando Vacas en un extremo del terreno. Formaba parte de la dote que Atilana aportó al matrimonio. Hace veinte años, las dos tierras se trabajaban siempre en sistema de rotación: cereales, alimento para el corral y tiempo para que el suelo descansara. Las cosechas, las gallinas y los conejos proporcionaban suficiente sustento para la familia. No eran ricos, pero nadie podía decir que les faltara de nada, y cada temporada eran capaces de pagar el jornal a un par de hombres para la siega. Eran buenos tiempos en los que no tenían que hacer cuentas para estirar el pan. Llegaron las hijas y con ellas el cansancio y las invenciones del Genaro para sacar más dinero sin doblar tanto el lomo como lo estaban haciendo. La fe que Atilana tenía en su marido comenzaba a desvanecerse, y la desconfianza de una parte trajo la agresividad de la otra.

Después del nacimiento de Amparo, la segunda hija, Genaro empezó con los negocios en la Peña de Francia, en la provincia de Salamanca. Eran negocios de los que Atilana nunca sabía nada, solo veía que la casa se vaciaba un poco más a cada nuevo viaje de

su marido. Golpes, su propia incapacidad para reaccionar, el arrepentimiento de Genaro, de nuevo la fe de ella en que él cambiaría y cada vez más tiempo que Atilana pasaba sola.

Así fue durante años. Hasta que apareció Fernando Vacas en la finca.

El día que llegó preguntando por su marido, las marcas en la cara de Atilana de la última visita del Genaro estaban recientes. Lo vio acercarse a pie por el camino de atrás. Ella arrancaba la mala hierba y continuó con su trabajo hasta que lo tuvo más cerca y se dirigió a ella. Atilana observó unas botas grandes y desgastadas que pisaban con cuidado la tierra. Dijo que se llamaba Fernando Vacas y que buscaba a Genaro Bernardino. Cuando ella se incorporó pudo notar cómo el hombre miraba los morados de su cara y endurecía el gesto. Tenía unos ojos del color del ámbar que dejaban ver lo que pensaba. Su cara estaba curtida por el sol y atravesada por una cicatriz que le remarcaba la mejilla. Sus hombros eran anchos y fuertes, y sus manos enormes sujetaban un petate al hombro. A pesar de su tono de voz y sus modales suaves, Atilana pudo sentir algo amenazante en el hombre.

—¿Para qué lo quiere? —pregunta incómoda ante esos ojos que quieren rebuscar en sus heridas.

—Vengo a cobrar lo que me debe —responde él después de unos segundos en los que parece valorar la respuesta.

Atilana suspira antes de contestar.

—No está aquí y no sé cuándo volverá. Y... Yo no puedo pagarle. —Se vuelve a agachar hacia la tierra para evitar que el hombre descubra su azoramiento.

Vacas la observa en silencio, después se gira hacia el pozo.

—Le esperaré. ¿Le importa que beba un poco de agua? —Habla con amabilidad.

—Haga lo que le parezca, pero sería mejor que lo buscara en otro lado —le dice tajante.

Vacas le agradece con un gesto de cabeza y se encamina a beber. Atilana se incorpora.

—Dígame, ¿es grande la cantidad que le debe? —pregunta alzando la voz.

El hombre se detiene y da la vuelta.

—Sí, bastante.

—Lo siento. —Es lo único que acierta a decir Atilana.

Después de beber se sentó a esperar apoyado en el brocal del pozo. Los hijos se asomaban cada cierto tiempo para comprobar que seguía allí. A la noche, Atilana lo vio acomodarse en la tierra y quedarse dormido. Al día siguiente, Vacas dejó sus cosas y se marchó caminando en dirección al pueblo. Al cabo de unas horas había regresado con provisiones y algunos utensilios para pasar el tiempo.

Atilana temía lo que se empezara a decir de aquella situación. En un par de ocasiones le increpó para ver si de esa manera conseguía que se marchara, pero por respuesta él solo miraba los restos de las marcas de su cara para reafirmarse en su decisión de esperarle. Una mañana se acercó a la tierra sobre la que Atilana estaba inclinada y en silencio empezó a trabajar a su lado. Ella no levantó la cabeza del azadón.

Genaro regresó después de unos meses. Vacas entonces ya se había instalado bajo el cobertizo del chamizo de los aperos. Cuando vio al Genaro acercarse por el camino fue a su encuentro. A través de la ventana de la cocina, Atilana pudo ver el primer intento de su marido de darse la vuelta al ver que Vacas llegaba hasta él y cómo este lo sujetaba con fuerza por el brazo. Vio que Genaro miraba hacia la casa negando con la cabeza y a Vacas estirarse y agarrarlo con fuerza del cogote, observó a su marido caminar con la cabeza gacha al tiempo que escuchaba lo que el otro le decía a su lado, lo vio lloriquear, enfurecerse hasta llegar casi a las manos con Vacas, luego achantar con miedo, hasta que al final, Vacas firme y serio y su marido, amilanado, se dieron la mano. Después, Genaro se volvió a marchar sin pasar por la casa, mientras Fernando se acercaba y la llamaba para que saliera.

—Ya no te volverá a tocar, nunca más —dijo con su tono de

siempre.

—¿Va a volver? —preguntó ella entre aliviada y culpable.

—No, de momento, pero también es su casa, señora, aunque si vuelve, sabe que yo voy a estar aquí. Siempre —remachó con intención.

Fernando esperaba una respuesta de Atilana. Ella, para evitar la insinuación, dirigió su mirada hacia la cabaña de los aperos.

—Te ayudaremos a poner ese chamizo en orden —fue su respuesta. Fernando asintió mirando al suelo—. ¿Y la deuda? —preguntó Atilana con preocupación.

—Está todo arreglado —contestó Vacas mientras se dirigía dañado a su nuevo hogar.

Después de aquello, cuando muy de vez en cuando Genaro volvía a la casa, se encerraba en su alcoba y descansaba durante varios días seguidos hasta recuperarse del trajín que hubiera tenido. Ayudaba a Vacas en algunas labores, manteniéndose siempre alejado de ella, pero, por las noches, Atilana le sentía salir de su cuarto; entonces se tapaba la cabeza con las mantas para no oír aquellos pasos que se acercaban y que, al cabo de unos minutos en los que le suponía escuchando fuera de su cámara, se encaminaban de nuevo por el pasillo.

Hace ya tres años desde aquel día en que Vacas apareció en la casa preguntando por el Genaro.

* * *

Esta tarde, en la finca de Atilana, unos hombres terminan de organizar el transporte de una vaca, un ternero y el caballo que tiraba de la carreta. No habían sido los únicos. Desde que llegó el cadáver de Genaro cosido a puñaladas por alguien en cualquier revancha, todos a los que debía algún dinero habían corrido a cobrar lo suyo despojando a Atilana de los bienes que con tanto esfuerzo había podido salvar durante este tiempo. Fernando intentaba convencerles apelando a algún tipo de derecho, pero poco podía decir ante los pagarés firmados por Genaro que ellos empuñaban.

Por la noche, Atilana y Fernando hacen recuento de lo que queda. Atraviesan la puerta del corral y observan en silencio a la única vaca que hay dentro, iluminada por el candil que llevan. Es una vaca famélica que tumbada en la paja parece estar a punto de morir. Atilana se gira y sale para acercarse a la cochinera. Entra seguida de Fernando. Solo queda el puerco viejo y feo.

—Dime, ¿falta alguien más por llegar? —pregunta asqueada.

—¿Acaso queda algo más por llevarse? —responde él con resignación.

—Mis hijos, yo misma... La casa... —enumera con sarcasmo. Fernando tarda unos momentos en contestar, los suficientes para que Atilana se gire hacia él con atención—. Dime —le ordena.

—No, que yo sepa —contesta, eludiendo la mirada de ella mientras acaricia al marrano.

Atilana continúa con los ojos clavados en él, puede sentir su desazón.

—Mientes.

Vacas duda si continuar o no. Arrastra con el pie los restos de comida hacia el animal.

—He oído que vendió la tierra —le dice sin parar de moverse.

—¡¿A quién?! —grita Atilana, suspicaz.

Vacas se queda quieto, con la cabeza gacha de espaldas a la mujer. No contesta, pero ese silencio es suficiente para que ella entienda. Después de unos momentos estalla.

—¡Maldito bastardo! ¡Así se encuentre todo el mal que nos ha hecho!

Se da la vuelta y sale de la pocilga. Fernando la ve alejarse, preocupado.

Atilana camina por la casa alumbrada solo por el candil. Se para un momento delante de una alcoba en la que están dormidas Juventina y Amparo. Cuando su madre se aleja de la entrada, Amparo se levanta y se asoma al pasillo. Atilana se ha detenido ahora en el hueco de la siguiente alcoba, la de Bela, que duerme agitada. Otra vez está viviendo la misma pesadilla que le atrapa el sueño desde hace años, se queja y murmura palabras sueltas: «No... por favor... no...». Atilana la observa, agacha la cabeza y cierra los

ojos, sin querer ver lo mismo que Isabel está viviendo en la pesadilla.

* * *

Aquella noche de hace nueve años, Atilana se había despertado sobresaltada al oír un ruido extraño. Al prestar más atención, pudo distinguir a alguien que se quejaba entre unos gruñidos que reconoció al instante. Miles de agujas se le clavaron en la piel de todo el cuerpo y la náusea vieja de cuando era niña le cerró la garganta. Consiguió saltar de la cama y comenzó a correr por el pasillo que se le antojaba en ese momento más largo que cuando se fue a dormir. Llegó a la entrada de la primera alcoba. Hizo un esfuerzo por obligarse a ver todo, a recordarse que no era ella la que se quejaba, a tener una imagen completa porque necesitaba toda la información para salir de aquella parálisis que la atenazaba de niña y que ahora la asaltaba de nuevo.

Las paredes de la alcoba parece que se acercaran y alejaran encerrando a su marido que, de pie, con los pantalones bajados por detrás de su hijo, le tapa la boca a Baldo desnudo de rodillas sobre la cama. Atilana se obliga a cerrar los ojos unos segundos para no perder el sentido. No es capaz de oír más que sus propios latidos que le estallan en los oídos, y su respiración cavernosa. Al abrir los ojos de nuevo, distingue a Bela acurrucada en su cama con las mejillas llenas de lágrimas que la mira con terror, y a Baldo que, aunque ella no puede oírlo, siente que la está llamando a gritos. Atilana tiene que sacudir la cabeza para no hundirse en el pozo negro que se abre ante ella; se lanza contra su marido con toda su fuerza, él intenta mantener el equilibrio, pero Atilana, de un segundo empellón, lo lanza como un fardo contra la pared. Está recogiendo al niño cuando Genaro se levanta y le agarra de nuevo para arrebatárselo, la mira con los ojos llenos de rabia, ella tira del niño con todas sus fuerzas hacia sí. Como si fuera un muñeco de trapo, Baldo baila de un lado a otro. Con el grito de Bela llamando a su hermano, ambos pararon de tironear del niño. Las miradas de Atilana y de Genaro se cruzan durante unos instantes en los que

ella —que Dios le perdone—, le ofrece en silencio a su hija a cambio de salvarse a sí misma. Genaro comprende el sentido de la expresión de su mujer, suelta al niño y se gira hacia Bela. Atilana abraza a su hijo, lo coge en brazos y se dirige hacia el pasillo. Baldo llama a su hermana, sin quitarle la vista de encima, golpea a su madre para que le suelte, con los puños, con las piernas, pero Atilana no afloja su abrazo. Bela se sujeta a la mirada de su hermano para no caer, Baldo se agarra fuerte al ojo azul de Bela, el que puede leer lo que tenemos dentro, para que sepa que nunca estará sola. Y se miran para siempre; hasta que madre e hijo salen de la alcoba y la cortina se cierra detrás de ellos.

Aquella misma noche, Atilana cogió la ropa y las cosas de su marido y las volcó en una pequeña estancia ciega que había en la casa destinada al almacenaje de trastos. Las cosas del niño pasaron a su propia alcoba donde Baldo estaría siempre a salvo.

Amparo contempla ahora a su madre entrando en su alcoba. Puede oír los quejidos de la pesadilla de su hermana mayor, los repite entre susurros ridiculizándola, después se da la vuelta y regresa a su cama sin que Juventina se haya dado cuenta de nada. Mientras se oyen los murmullos de su hermana comienza a acariciarse debajo de la manta.

* * *

El canto del zorzal enmudece cuando se empiezan a oír los primeros martillazos. Los golpes resuenan por toda la finca y, al poco tiempo, desde detrás del visillo de la cocina, Atilana escudriña quién es el que se ha propuesto desbaratar el sueño de los que descansan. Sea quien sea, ha colocado un cartel en el medio de su tierra. Atilana no necesita leerlo para saber lo que pone en él.

El hijo más joven de la Garibalda, Demetrio, se acerca a la puerta de la vivienda y clava, ahora allí, otro aviso. Es un joven

delgado de la misma edad que Bela, dado a todos los vicios, que no tiene sentido de la medida y que se conduce por impulsos. Ahora no se ha limitado a clavar la estaca en la tierra como ordenó su madre, sino que ha pensado que sería buena idea que el papel colgara delante de las narices de todos. Antes de terminar de hacerlo, la puerta se abre de golpe y Atilana aparece en camisón con un chal sobre los hombros y el pelo sujeto en una trenza. Demetrio, al verla, retrocede hacia la carreta donde están Tránsito y Braulio, su hermano mayor. Este es un hombre fuerte, de carácter reposado, con la barbilla caída sin tono, que espera, sentado en el pescante de la carreta, a que su hermano termine de hacer el payaso.

Atilana coge la circular que está en la puerta, la arruga sin leerla y la tira al suelo. Mira a los chicos con soberbia. Al ver a Braulio se detiene unos segundos en él y después retira la mirada hacia Fernando Vacas que viene rápido atravesando la tierra y se acerca a Atilana. Recoge el papel del suelo y lo lee.

—Esta tierra es de mi madre. Si quieres seguir trabajándola, tendrás que hablar con ella —le grita Tránsito.

Demetrio grita mientras está subiendo en la parte de atrás de la carreta, que enfila ya en dirección al pueblo:

—Al final, le vamos a tener que dar las gracias al Putero. —Y se ríe de su propia ocurrencia.

Atilana avanza hasta el camino por detrás de la carreta, se agacha, coge una piedra del suelo y la lanza con fuerza. La piedra pasa muy cerca por encima de la cabeza de Demetrio. Braulio arrea a los animales y se marchan.

Los hijos de Atilana han salido al patio alertados por las voces. A su paso, Bela se cubre con la manta que tiene sobre los hombros, Baldo y Juventina bajan la mirada, mientras que Amparo despide a Braulio con la mano, divertida con lo que ocurre. Braulio la mira sin cambiar el gesto. Atilana entra en la casa y cierra de un portazo.

Fernando está en el establo con los cuatro chicos. Están metiendo

el único marrano que les ha quedado en un hueco en el corral, cerca de la vaca famélica, «Para que se animen uno al otro», dice Tina mientras echa de comer al animal las cuatro sobras que tiene en el cubo. Baldo observa a la vaca.

—Parece muy enferma. No creo que pueda sobrevivir —comenta con preocupación.

—Pues tenemos que hacer que lo logre —responde Fernando.

—Pero ¿cómo? Deberíamos traer al Higinio para que la vea.

—Nadie se atreverá a venir aquí. Garibalda no lo permitiría —señala Bela, resignada.

—¡Se la llevamos nosotros! —interviene Juventina, alegre por haber encontrado una solución.

—No, Tina. La Garibalda se vengará de quien quiera ayudarnos. Y tampoco creo que la vaca soporte que la movamos.

Con la respuesta de Bela, los chicos miran a la vaca sin saber qué hacer.

—Fernando, ¿tú qué crees? —continúa Bela.

Fernando, en silencio durante todo este tiempo, ha estado apilando el poco heno que queda y colocándolo delante del animal.

—Bela tiene razón. Nadie que esté en su sano juicio movería un dedo en contra de las órdenes de Garibalda.

Amparo sigue todos los movimientos que hace Fernando. Ninguno le presta atención.

—Entonces, tenemos que encontrar la manera de curarla nosotros. Fernando, ¿tú no conoces ningún remedio? —pregunta Baldo.

—No, yo no, pero puede que los del Monte Coto sí. Y como no podemos mover al animal, tendré que llevarles algo que puedan ver. Necesito que vayáis a buscar torvisco para que la suelte y luego veremos de qué manera hacemos que se lo trague. Baldo, tú conoces la planta, recógelo tú, y ponte algo en las manos para hacerlo. Los demás, no lo toquéis. El torvisco, solo con tocarlo, puede hacer que te salgan ampollas. Eso va por ti, Tina, haz caso a tus hermanos. Amparo, tú ve con tu madre.

Amparo sale del establo sin apartar la mirada de Fernando.

—¡Pero, Fernando, si la vaca toma eso, se va a morir! —

advierte Tina asustada.

—No, Tina. Tendremos cuidado con lo que le damos. Solo se le soltará la tripa, nada más. Seguro que, viendo eso, el Tuerto sabrá curarla.

—¿Y Baldo no estará en peligro? —insiste Tina aprensiva.

—Tina, hay que tomar mucha cantidad para que mate a una persona, pero siempre se debe tener cuidado con ella, sobre todo las mujeres encinta y los animales. —Tina abre los ojos con espanto. Fernando cae en la cuenta de lo que acaba de decir y añade de inmediato para tranquilizarla—: Los pequeños, claro. ¡Mira que en algunos sitios la llaman «matapollos»! —explica Vacas, haciendo una mueca cómica a Tina con este último comentario.

—Ay, las pobres gallinas... —se compadece Tina no muy convencida.

El paisaje que rodea la finca y el pueblo es un espacio abierto, llano e interminable que se pierde entre la niebla. Un camino flanqueado por campos de cebada y centeno abandonados lo parte por la mitad. A Bela le gustan las espigas del trigo y del centeno. Dice que son pequeñas trenzas doradas con las que al viento le gusta jugar. Pocas gavillas de trigo permanecen en pie, pero las que han conseguido mantenerse se mueven al viento como banderas rotas y alicaídas. Dos chopos enormes se enfrentan a cada lado del camino que los ha separado sin miramientos, señalando donde hace mucho tiempo corría un riachuelo. El viento hace temblar sus hojas y ellas susurran sonidos de arroyos lejanos al oído de Bela, que camina junto con Tina y Baldo entre matojos de jaras y tomillo.

—¿Cómo estás de la tripa? —le pregunta Tina a su hermana.

Bela no contesta, le sonríe para que se quede tranquila, pero conoce bien a Tina y sabe que detrás de cada salto de piedra en piedra a su alrededor hay alguna intención, y espera el momento en que su hermana arranque a hablar. —Allá va—.

—Esta noche Amparo se ha vuelto a levantar de la cama. Bela,

¿no podría dormir contigo ahora que padre está muerto? No te molestaría. —A medida que habla va mostrando más entusiasmo —. Madre siempre ha dicho que el día que a él se lo llevaran los demonios todo cambiaría. Y ya no está... Yo me quedaría contigo, Amparo podría dormir con madre y, tú, Baldo, en la alcoba nuestra. Tendrías tu propio cuarto. ¿No te parece buena idea? ¿Eh? Bela, ¿tú que dices?

Baldo agacha la cabeza ruborizado como siempre que algo le recuerda a la noche en que su madre lo cambió de alcoba; hunde sus manos en los bolsillos y camina en silencio sin levantar la mirada del camino como si quisiera deshacerse en la tierra. Bela clava su pupila azul en él y responde a Tina intentando aligerar el peso de la conversación.

—Claro, Tina, me parece bien. Me encantará tenerte conmigo. Pero deberíamos preguntarle a Amparo —contesta.

—¿A Amparo? Seguro que le da lo mismo. ¿Se lo preguntarás a madre? ¿A que sí? Di que sí... ¡Síííí!

Tina se adelanta entre saltos a la busca del torvisco. Baldo camina al lado de Bela, que espera callada a que su hermano se recupere. El recuerdo de aquella noche es su espacio, el que les ha sido dado en herencia, aquel que ha determinado sus vidas y al que están condenados a volver una y otra vez. Cruza las manos sobre su vientre y continúa esperando.

Por fin, Baldo levanta los ojos del camino y Bela le agarra del brazo. Caminan como siempre, sujetándose uno al otro entre los juegos y los gritos de su hermana. En un momento en que Tina se ha alejado lo suficiente, Baldo se suelta. La mira como para decir algo, pero se calla, duda. Bela se ha dado cuenta y espera. Baldo comienza a hablar despacio.

—Un hombre llegó al Monte Coto... —Respira hondo para darse ánimos—. Buscaba a hombres y jóvenes que quieran alistarse. — Bela se detiene de golpe—. Dijo que pagarían trescientos reales ahora y ¡dos mil cuando todo termine, Bela! —Baldo lo ha dicho rápido, convencido. Ahora continúa, más despacio—: Dice que después los voluntarios de Ultramar tendrán todos los meses ¡veinte pesetas con ochenta y tres céntimos, que lo pueden cobrar

las familias aquí! —Bela retoma el paseo con la mirada perdida. Baldo la alcanza y le sigue contando entusiasmado—: Teodoro lo está pensando. Parece que la siguiente vez que venga el hombre, quien quiera ir deberá tener los papeles listos. ¡Bela, con ese dinero saldríamos adelante! —La detiene y le mira directamente.

Baldo tiene la impresión de que el ojo marrón se ha hecho más oscuro y más grande.

—Tienes solo quince años, hermano —le dice ella con ternura.

Baldo se estira en su cuerpo de adolescente para responder:

—Voy a hacer dieciséis en unos meses.

—¡Te irías a la guerra! —exclama con vehemencia para que entienda lo que eso puede suponer.

—Sí, pero imagino que allí podré hacer algo más. Sé mucho de plantas y tisanas. Seguro que harán falta. —Sonríe a su hermana, crecido al decirlo—. Y, Bela, es un buen dinero que nos vendrá muy bien. No me pasará nada. Ya soy mayor y puedo cuidar de mí mismo.

Bela le acaricia y le besa la cara como si fuera un niño, un niño envejecido a la fuerza antes de tiempo. No dice nada. Comprende que él también sueñe con marcharse. No puede juzgarle. Ahora ella tiene que encontrar su propia manera de irse. Sus ojos se pierden de nuevo entre las ramas de los árboles. Baldo sigue la mirada de su hermana y escucha con atención el sonido de las hojas.

—¿De verdad hablan?

—Todos hablan, Baldo.

Continúan por el camino en silencio hasta que Baldo detiene a su hermana y la mira directamente a los ojos.

—Si ese malnacido no hubiera muerto, yo habría acabado por matarle.

Bela se asusta de la dureza que percibe en el tono de sus palabras.

—Calla. —Se abraza y se cubre con el chal.

* * *

Atilana sale de la casa en busca de Fernando, que está agachado

valorando el terreno que les ha dejado la Garibalda. Atilana se acerca por detrás de él. Parece agotada. Contempla la tierra seca a su alrededor y suspira derrotada.

—¿Podremos sacarla adelante?

Fernando mira la otra parcela que ya es de la Garibalda.

—Deberías hablar con la Garibalda, a ver cuáles son las condiciones del arrendamiento.

—Pregunta a cualquiera del pueblo por las suyas. Las mías siempre serán mucho peores que las de ellos. ¿Podremos sacar esta tierra adelante, sí o no?

El hombre coge un puñado, la frota y se la enseña a Atilana.

—Está suelta y muy seca. Necesitaríamos escardarla y, aun así, no es seguro que pueda aguantar. Hace mucho tiempo que no se trabaja.

—No tenemos más alternativas. ¿Qué es lo que aguantaría?

Fernando se toma solo unos segundos para contestar porque, de hecho, lleva dándole vueltas desde antes de que llegara Atilana.

—Sorgo. Parece lo mejor. Es lo más rápido y nos vendría bien para producir forraje para los animales. No queda mucho para que empiecen las lluvias. Deberíamos sembrar justo antes de que lleguen para aprovechar hasta la más mínima gota. Será mucho trabajo porque necesitaremos cavar fosas pequeñas que colecten el agua que caiga. Tenemos que recoger abono del marrano y la vaca. Con suerte, en cuatro meses tendríamos algo.

—¿Y las semillas?

—Sé de uno allá en la Línea que igual me puede vender algo. Vendía de chanchullo un matarratas de sorgo que hacía él mismo y que quemaba las tripas. Yo iría mientras los chicos y tú caváis la tierra.

—¿Cuánto necesitarías? —pregunta Atilana decidida.

—Con quince o veinte reales creo que valdría.

Ella se pone a hacer recuento en silencio de lo que tiene, y se dirige a la casa.

Atilana entra en la habitación pequeña en la que se alojaba Genaro. Abre el armario y registra con brusquedad los bolsillos del par de chaquetas y pantalones de su marido que están dentro;

rompe algún bolsillo al tirar con fuerza y rasga con los dientes el bajo de una de las chaquetas en las que sospecha que Genaro pudiera tener algo escondido. No encuentra nada. Abre el cajón del armario: pañuelos de bolsillo, tabaco de liar. Tira del cajón y lo vuelca en el suelo. Cae un sobre viejo y manoseado. Se arrodilla y saca lo que hay dentro: son fotografías de niñas desnudas. Después de mirarlas, Atilana las deja en el suelo. Permanece sentada sobre sus talones, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, quieta. Su rostro no expresa nada. Despacio, arrastrando cada movimiento, lo recoge todo y lo vuelve a poner en su sitio. Con el sobre en la mano sale del cuartucho y se dirige a su alcoba.

En su armario, abre un cajón y saca del fondo una prenda enrollada. La extiende y coge del interior su pulsera de pedida. No la mira siquiera, no hay ni un solo gesto de tristeza. Devuelve la prenda vacía al cajón, lo cierra y sale de la alcoba con la pulsera en la mano. Al pasar por la cocina, echa el sobre de las fotos a la lumbre.

Fernando está en la tierra rodeado de herramientas con un azadón en la mano cavando una fosa redonda y pequeña. Amparo no le quita ojo, parada detrás del hombre, que no se da cuenta de que la joven le está observando. Atilana le alarga la pulsera cuando llega a su lado.

—Llévatela y saca lo máximo que puedas por ella.

Y se arrodilla junto a Fernando. El hombre mira la pulsera y después a Atilana.

—¿Estás segura, señora?

Atilana agarra el azadón pequeño y comienza a dar palos a la tierra.

—¡No voy a dejar que esa mala perra... nos mate de hambre! —Suelta la herramienta con rabia—. Y ahora, enséñame cómo debo hacerlo. ¡Amparo, ven aquí y ponte a trabajar!

La joven se acerca sin despegar la mirada de Fernando. Cuando está a la altura de su madre, esta le tira del brazo con brusquedad y la hace caer a su lado de rodillas. Ante el gesto violento de Atilana, no hay la menor reacción en Amparo, que continúa fija en el cuerpo del hombre. Atilana se da cuenta de ello y con muy mala

leche le grita:

—¡Cava! ¡Y límpiate las babas!

Por mucho tiempo que haya pasado en esa casa, a Fernando le cuesta aceptar las maneras que Atilana tiene con su hija, pero en los segundos que Amparo le clava su mirada oscura, a él se le enfría el alma. Sin decirle nada, la ve coger una azadilla y comenzar a golpear la tierra seca con fuerza. Amparo, ahora sí, lanza a su madre una mirada atravesada que Fernando lee con aprensión.

Al mediodía los chicos han regresado con el torvisco. En la puerta del establo, Bela, un poco más alejada, mira y escucha atenta las explicaciones que Fernando les da al tiempo que saca la resina de la corteza y la pone a secar al sol. Baldo le ayuda y Tina les observa desde dentro mientras acaricia a la vaca.

—No tardará en secar —les dice Fernando—, después, la tenemos que moler. Hay que darle muy poco para que la suelte y no la mate. Debemos mezclarlo para que se lo tome.

Tina le repite en la oreja todo lo que el hombre les está explicando.

—Tienes que tomarte todo lo que te demos para que podamos curarte —le dice, confiada en que el animal la entiende.

Bela, en silencio, está atenta a todo lo que hacen con la planta.

—Madre dice que vayáis a la tierra —les avisa Amparo, aunque más bien parece que solo se dirige al hombre. Fernando responde sin hacer aprecio de las miradas de la joven.

—Dejémoslo así. Vamos con vuestra madre. Hay mucho que hacer.

Bela espera a que salgan todos del establo, entretenida con la comida del cerdo; cuando se ha asegurado de que se han alejado, se acerca a la planta, vuelve a comprobar que está sola, coge un puñado de la resina con la mano envuelta en la tela de su vestido, lo deja, va a marcharse, se detiene pensativa y finalmente se da la vuelta y guarda el puñado de torvisco en uno de sus bolsillos.

* * *

En el cuarto de estar de Garibalda su hija borda una pieza de tela de algodón en un bastidor de madera mientras su madre, sentada, como siempre, vigila el pueblo a través del visillo. Garibalda ve a sus dos hijos, que enfilan la calle. Les pierde de vista cuando entran en la casa.

Braulio se acerca a su madre y se queda de pie por detrás de ella. Demetrio se acerca a la mesa camilla y coge un trozo del tocino y del pan que la madre estaba comiendo. Después, se tira en el único sillón que hay en el cuarto.

—Braulio, dime qué está haciendo —ordena Garibalda, sin apartar la vista de la ventana.

Demetrio contesta antes de que Braulio lo haga:

—Siguen con la tierra. Unos la están escardando mientras otros la llenan de agujeros.

—Le he preguntado a tu hermano —le responde con mala leche. Tránsito habla sin levantar la vista de la labor.

—Madre, ¿por qué les has dejado esa tierra?

—Para que se deslomen intentando sacar algo de ella. —Se dirige a Braulio de nuevo—: Braulio, no les pierdas de vista, pero que no te vean, no ha sido puntería lo que le ha faltado nunca a Atilana —comenta en clara referencia a lo ocurrido hace unos días.

—Pero si el otro día ni nos rozó… —replica Demetrio con soberbia.

—¡Tú eres idiota, hijo!

Garibalda no se molesta siquiera en mirar a su hijo cuando dice eso. Demetrio aprieta los dientes con rabia.

—¡Madre, yo…!

—¡QUE TE CALLES! —le espeta con dureza.

Demetrio sale de la habitación y de la casa cabreado. Garibalda continúa mirando hacia fuera, está pensando.

—Braulio, ¿qué se murmura en el pueblo? —pregunta. Tránsito para de bordar y observa a su hermano.

—Con la muerte del Genaro se dicen muchas cosas… —responde Braulio con intención.

La Garibalda le mira sorprendida buscando una muestra del pensamiento que hay detrás de esa respuesta, pero Braulio sigue manteniendo esa máscara imperturbable. Se dirige ahora a su hija.

—Tránsito, acércate por la abacería de la Herminia y tráete medio de pintas —le ordena.

—Pero si tenemos...

—¡Que vayas te he dicho!

Tránsito la mira y, en silencio, deja la labor y sale de la habitación. Se quedan solos madre e hijo. Garibalda se gira hacia él. Después de unos momentos, le dice con aparente calma:

—Acércate.

Braulio se aproxima a la madre desconfiado.

—Dime, ¿qué es lo que se anda comadreando? —le interroga mientras le limpia con mimo la saliva que le cuelga de la barbilla. Braulio disimula el desagrado que siente con el gesto. Puede sentir la tensión de la madre, baja la mirada y al final decide guardar silencio. La madre termina de limpiarle mientras le observa con atención. Continúa hablando—: En el pueblo se han dicho «demasiadas» cosas siempre. —Braulio sigue callado sin cambiar el gesto—. No debes hacer caso de los embustes de las alcahuetas que solo buscan hacernos daño. —Garibalda espera alguna respuesta que no llega. Lo suelta—. Vete a ver qué hace el idiota de tu hermano —ordena, harta ya.

* * *

Herminia es una mujer entrada en carnes, de maneras de hacer y decir cortadas por las formas de la Garibalda, tal es la influencia de esta sobre la mayoría de las mujeres. El almacén de la Herminia, como es conocido por todos a pesar de ser Saturio, su marido, el dueño, es la única tienda que hay en el pueblo. Unas estanterías oscuras de madera vieja cubren por completo un par de las paredes, y toda la mercancía está distribuida siguiendo un orden impuesto por Herminia que solo entiende ella y que incluso para Saturio, a pesar de los muchos años que lleva moviéndose entre esos estantes, resulta imposible de descifrar. Así que no es extraño

que la persona que entra a comprar algo a los ultramarinos pierda su mirada entre los objetos, telas y artilugios que se guardan sin lógica en ellas. Herminia disfruta, divertida y en silencio, de su pequeña parcela de poder hasta que la persona, rendida ya, la busca pidiendo ayuda. Aun así, espera con media sonrisa a que el cliente reconozca su incapacidad abiertamente, entonces ella, con falsa resignación, accede a incorporar su cuerpo del mostrador y alcanzar sin la menor duda lo que el cliente busca. Es la dueña y señora de esa parte del almacén, su territorio incluye el mostrador con la báscula, las fuentes de cerámica llenas de carne y pescado en salmuera y, por encima de todo, el cajón de las cuentas.

En el otro lado del mostrador, entre los sacos de legumbres, los garrafones de vino, el bacalao seco colgado del techo y un torso de madera vestido con alguna prenda de abrigo, se mueve Saturio, reponiendo la mercancía que hace falta de la parte de atrás del despacho.

En el interior del almacén hay reunidas tres vecinas junto con Herminia y Saturio. La conversación está empezada, y es sobre Atilana. Saturio escucha con disgusto las opiniones de su mujer mientras saca una pieza de tela al corte. De vez en cuando, su mirada se cruza con la de Casilda, la mujer más joven de las que están reunidas. Hace solo unos meses que llegó al pueblo para cuidar y heredar de una vieja tía, y a la muerte de esta se quedó allí. La conversación parece dirigida a poner al día a Casilda de los entresijos del lugar. Ella es la única que se atreve a mostrar cierta lástima por la situación en que se ha quedado Atilana a la muerte de su marido.

—... dándole al secarral de atrás, a ver si consiguen algo... —asiente Baltasara, una de las vecinas, mirando a las otras, ellas la acompañan en el gesto.

—¿Y no les queda nada? —pregunta Casilda con tristeza.

—Pero ¿quién se lo ha *llevao?* —curiosea Edelmira, la otra vecina, que intenta no quedarse atrás por la sordera que tiene.

—¡Coño, Edelmira! ¡A los que el Putero debía dinero! —contesta Herminia, que no desaprovecha la ocasión para criticar el atontamiento que luce Edelmira casi siempre. Luego Herminia se

dirige a Casilda—: Se conoce que lo fue perdiendo *de a puñaos* en las timbas. Y lo que ganaba, que también hubo, lo fundía antes de su vuelta. A todos les prometía que se lo abonaría en el siguiente viaje..., que si tenía un negocio del que no quería hablar mucho..., que si ese año la cosecha sería buena y le pagarían *de al doble* porque tenía mano en Fomento de Zamora..., memeces todas para que le siguieran metiendo en la partida.

Saturio mira a su mujer con desagrado. Se da cuenta de que Casilda le está mirando con simpatía y le sonríe cómplice. Sigue midiendo la pieza de tela, pero sin perderla de vista.

—Pues a mí me da pena la Atilana —comenta Baltasara con falsa afectación—. Bastante ha tenido con ese, para que ahora las cosas se le pongan *del través*...

Herminia y Edelmira, que igual apuntan a un lado que al otro, ahora asienten compasivas.

—No como el Indalecio, santo varón... —añade Herminia mientras se santigua y mira al cielo con media sonrisa. Le dice a Casilda poniéndola en conocimiento—: Ese hombre sí se ganó el cielo, que yo no he visto cosa igual... —Las demás se acercan, cómplices—. La devoción que siempre ha mostrado por ese Braulio es cosa de no creer. —Baja la voz antes de seguir—: A pesar de que las cuentas no saliesen... —añade con intención.

Las dos vecinas asienten con media sonrisa, sabedoras de lo que Herminia sugiere. Casilda las mira sin entender. Baltasara aprovecha y lleva la conversación al sitio donde sabe que le va a dar puntos delante de Herminia, y de rebote —porque ella no es tonta y lo sabe bien—, frente a la Garibalda, quien no tardará en enterarse.

—Todos los hijos son una bendición. Los de Atilana son unos ángeles, a decir verdad. Bueno, Amparito, ya se sabe... —Las mira a todas provocadora. Esta es la señal para que las cabezas se vuelvan a acercar, incluida la de Saturio, que aprovecha para acercase a Casilda—. Ya sabéis que mi Aquilino —Aquilino es el marido de la Baltasara, el alguacil del pueblo y un borracho absoluto— algunas noches se llega hasta lo de Crescencio, el de la timba —le aclara ella misma a Casilda—, para prevenir *ningún*

altercado, ya sabéis... —Las otras asienten, *sabiendo*—. Pues para llegarse hasta allá pasa por las eras y dice que a la Amparito se la suele ver persiguiendo a las parejas...

Edelmira, que eso sí parece oírlo, responde de inmediato:

—¡Qué vergüenza!

—¡Lo que hay que sentir es pena, por Dios! —Saturio no puede evitar el comentario.

—¡Qué pena ni que ocho cuartos! —corta en seco Herminia—. Atilana la tenía que haber atado en corto desde que nació, que ya se veía que esa niña no andaba bien de la cabeza. Cualquier día le viene con el disgusto.

Casilda ha estado dando vueltas a lo que se habló antes sobre Braulio y vuelve a tirar del hilo.

—Pero entonces, ¿quién es el padre de Braulio? —pregunta curiosa.

Las demás la recriminan con la mirada, pero cuando Herminia va a contestarle, contenta de que alguien vuelva a sacar el tema, la puerta se abre y entra Tránsito. Se hace un silencio tenso. La joven mira el corrillo y avanza satisfecha.

—Buenas tardes.

—Buenas —responde el coro.

Y deshacen la camarilla de inmediato yendo cada una a una cosa. Herminia orquesta la retirada.

—Saturio, termina de cortar la tela esa para Baltasara, que te eternizas. —Se mete detrás del mostrador—. ¿Cómo está tu madre, Tránsito?

—Como siempre, ya sabes.

—Claro, claro. ¿Qué le falta?

—Media de pintas, pero termina con las señoras, que estaban antes.

—¿Pero no le puse *antiayer* una bolsa?

—Sí, pero quiere más.

El tono arrogante y seco de Tránsito no da lugar a ningún comentario. Herminia, que ha entendido perfectamente que la reunión se ha terminado, corta todo de raíz.

—Casilda, lo tuyo son setenta céntimos —dice, mientras abre el

cajón de las cuentas.

—¿Qué tal, Casilda? ¿Ya acoplada del todo en el pueblo? —pregunta Tránsito con retintín.

—Poco a poco. Gracias, Tránsito, por tu interés —contesta Casilda, enfrentándola. Después, saca el monedero y se toma su tiempo en contar los dineros hasta que interviene Herminia con impaciencia:

—Ya me lo pagas en otro momento. Y tú, Edelmira, en cuanto lo tenga, te lo acerca Saturio a casa. Hala, hasta otro día.

Se despiden con una inclinación de cabeza y una ojeada cargada de intención de Casilda a Saturio, que le devuelve una sonrisa. Al salir, evitando mirarla, pasan por delante de la Taya, que estaba durante todo este tiempo quieta al lado de la puerta.

—Te lo apunto en la cuenta, ¿verdad? —le dice Herminia a Baltasara mientras termina de envolver la tela que ha cortado su marido.

—Gracias, Herminia. Adiós a todos.

Tránsito las ve marcharse y mira directamente a Herminia, que se siente forzada a dar una explicación.

—Les gusta hablar, ya te imaginas... Saturio, échale a la Garibalda la media de pintas. —Saturio le pone las alubias en silencio. Cuando termina se las alcanza a Tránsito. Herminia habla desde el cajón—: Dile a tu madre que me perdone si le eché de menos. Por supuesto que no tienes que darme nada.

Tránsito la mira y sonríe sin contestarle. Coge las pintas que le da Herminia en una bolsa y sale de la tienda sin querer reparar en la anciana.

Abril de 1896

«Los atardeceres en esta época no se pueden atrapar, Baldo, son furiosos y dominantes; estallan siempre alejados de nosotros y nunca se quedan quietos en el aire. Míralo: el cielo se rompe en pedazos rojos y naranjas con tanta rabia que esas pobres nubes blancas no tienen más remedio que esconderse en el horizonte y allí esperar a la luz violeta que es la única que puede con ellos; entonces, cuando las nubes ya se han teñido del color de la lavanda y ya no se reconocen entre ellas, corren a esconderse entre las hojas de los enebros, atemorizadas unas de otras. Las hojas las atrapan con sus espinas y ellas, quietas en la sombra de la tierra, sueñan que vuelven a ser libres».

A Baldo le vienen a la cabeza las palabras de Bela al ver el crepúsculo; recuerda cómo indicaba con el dedo el cielo, los colores, las nubes, el estallido, mientras les contaba la historia de las nubes prisioneras del atardecer que solo querían vivir en libertad, aunque para ello tuvieran que dejar de ser lo que eran. Tina le preguntaba a Bela si ella era una de esas nubes, Bela callaba y seguía mirando al cielo; Tina, sin esperar respuesta, se contestaba a sí misma que ella siempre sería atardecer porque, si las nubes dejaban de ser lo que eran, morían y entonces no valía para nada ser libre; Bela los abrazaba y juntos se encaminaban hacia la casa. Pero él miraba por encima del hombro de Bela, porque sentía que algo malo les había empezado a seguir.

Ahora Baldo camina junto a Fernando entre las jaras y retamas todavía sin florecer. A lo lejos, una laguna y algún majuelo en los que se ya se pueden distinguir las vides. El campamento al que se dirigen asoma al final del camino. Por detrás, en lo alto de una loma, se recorta el perfil oscurecido de una casona cerrada.

Baldo observa el campamento, tan distinto del pueblo donde

ellos viven.

—Fernando, ¿por qué están aquí?

—Hace años, Indalecio, el marido de la Garibalda, quiso que el tren de Zamora parara en nuestro pueblo. Pensó en construir una estación para que la línea se uniera con la que pasa por Fresno. Consiguió ayudas para hacerlo y contrató a los hombres para ello. Pero se dieron de bruces con el terreno, y cada cosa que hacían al poco tiempo se les hundía. Los socios de Indalecio se cansaron de perder dinero y todo aquello acabó por venirse abajo. Entonces, la mayoría de los hombres se marcharon, pero algunos no tenían ningún sitio ni nadie que les esperara, así que decidieron quedarse. Otros llegaron más tarde, se dice que alguno escapando de la prisión, otros solo del hambre.

—Pero Monte Coto sigue siendo Villaveza, ¿verdad? —pregunta Baldo, mirando a su alrededor.

—Para unos es Villaveza y para otros, Fresno.

—¿Qué hacen aquí?

—Por entonces don Alberto venía más a menudo y había trabajo en la casona —explica, al tiempo que señala la casa al fondo—. Ahora malviven de lo que haya que hacer en la finca: cazar al raposo, «la corta» para hacer carbón vegetal y de ojeadores cuando don Alberto aparece en época de caza; poco más pueden hacer.

—¿Y por qué no bajan a Villaveza?

—¿Para hacer qué? No, aquí no tienen que rendir cuentas a la Garibalda, si acaso a don Alberto.

Baldo mira a Fernando y comprende a lo que se refiere.

El sol se ha ocultado del todo. En el campamento de «los de arriba», frente a ellos, los candiles iluminan la noche.

Monte Coto está formado por un conjunto de seis chamizos en los que se percibe el tiempo que llevan sus habitantes viviendo en ellos; ropa tendida fuera, leña apilada contra las paredes del chamizo y algún mueble desvencijado que necesita reparación. Hay una cabaña más que está al fondo, separada de las otras, de la que sale una voz de mujer y que está más cuidada, con cierto gusto dentro de la miseria.

Un gran horno de leña con forma de chimenea preside el campamento. Trozos de vías de tren de distintos tamaños se encuentran esparcidos por el terreno. Alrededor de un bidón encendido y bien asegurado sobre unos trozos de vías se sientan tres hombres.

Fernando, seguido por Baldo, se acerca al grupo de la hoguera. Ladislao es el jefe. Es un hombre de unos cincuenta años, fuerte y quemado por el sol. Mata el tiempo, que es lo único que sobra en el campamento, haciendo cualquier tipo de trabajo con las manos. Lleva unos días intentando sacar a la luz lo que una pequeña madera esconde y poco a poco el rostro de una hermosa mujer emerge entre las vetas.

A su lado está Cuervo. Es un hombre pequeño y delgado, con el pelo muy negro, de rostro afilado, con ojos redondos y orejas pequeñas y mal formadas que le recubren parcialmente el conducto auditivo.

El tercer hombre que está en el corro es el Tuerto, el más mayor de todos. Solo tiene un ojo un poco más cerrado que el otro; a pesar de eso, carga con el mote desde niño sin recordar ya cuál era su verdadero nombre. Es el que ejerce las funciones de veterinario, secretario del campamento y médico, si hiciera falta.

Ladislao, que ya los ha visto, no levanta la mirada de la figura que está tallando cuando llegan a su altura. Tuerto les recibe con una sonrisa.

—Vacas, nos imaginábamos que vendrías.

—Buenas, Ladislao —saluda Fernando—. Me alegra ver que sigues bien.

—Todo lo bien que se puede estar en el limbo.

Cuervo deja salir una especie de chillido a modo de risa que el Tuerto recibe con desagrado. Ladislao mira a Baldo en silencio.

—Es el hijo de Atilana.

Ladislao asiente con calma, sin expresión.

Un chico algo mayor que Baldo se asoma por una de las cabañas cercanas. Es alto y desgarbado, con el pelo color paja y grandes ojos azules que miran todo con curiosidad; es Teodoro, aunque todos le llaman Teo. Saluda a Baldo con un leve

movimiento de cabeza y media sonrisa, y comienza a acercarse a él con pasos tranquilos y confiados.

Al llegar al grupo, se coloca al lado de Baldo sacudiéndole un pescozón cariñoso.

—Por fin tu madre te ha dejado venir —le dice, sin mala intención, en voz baja.

—Baldo, no puedo decir que haya sentido lo de tu padre, él solo se buscó la ruina —comenta Ladis.

Cuervo, que mantiene sus ojillos clavados en Vacas, lanza con malicia:

—¿Y tu deuda, Vacas? Ahora ya podrás cobrarla...

Fernando no responde a la pregunta ni a la mala baba, pero cuando, después de unos instantes de silencio, lo hace Ladislao, el corrillo se tensa ante la amenaza que se intuye en sus palabras:

—Es mejor que te vayas, Cuervo, tienes cosas que hacer.

Cuervo sonríe desafiante a la espera de la repuesta de Fernando, pero, al ver que Ladis deja la madera y empuña la gubia, se levanta de mala gana y se marcha de la hoguera. No solo su aspecto recuerda al pájaro de mal agüero, también su risa que se aleja tiene más de graznido que de humano.

Una vez que Cuervo ha desaparecido dentro de su cabaña, Fernando se dirige al Tuerto:

—Necesitamos tu ayuda. La vaca se muere, es posible que tú, Tuerto, puedas hacer algo.

Este espera la respuesta de Ladislao, que, después de pensárselo unos segundos, afirma con la cabeza. Fernando saca del petate un frasco con las heces de la vaca. El Tuerto lo coge y se aleja en dirección a su tienda.

—Siéntate, Vacas. Teodoro, enseña al muchacho el campamento.

Los dos chicos desaparecen por detrás de una tienda. Ladislao contempla a Vacas en silencio. Se conocen mucho, hay confianza y respeto entre ellos.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Ladislao con pesadumbre.

—No puedo dejarla en esta situación.

—Y ¿por qué Atilana no hace como todos y le alquila sus

tierras?

—No, la Garibalda no le dará esa opción, quiere verla doblegar. Lleva años esperando esto.

Ladislao mueve la cabeza en claro disgusto.

—Estás tan atado a ella como yo a este agujero...

Fernando sonríe, resignado.

En ese momento, una mujer hermosa de grandes ojos verdes sale de la cabaña más alejada tras un hombre joven que tiene una cojera ostensible y que juega con ella entre risas. Se parece mucho a la figura que Ladislao está tallando. Es Chiri, la única mujer que hay en el campamento. Entre las voces y las risas, ve a Fernando hablando con Ladis, le lanza al joven la alpargata con la que le estaba amenazando y se aproxima a ellos. Al ver que la Chiri se acerca, Ladis guarda la madera que talla.

—Fernando, qué bueno verte por aquí.

Él se pone de pie para saludarla y Ladis hace lo mismo.

—¿Qué tal, Chiri?

—¿Cómo está Atilana? —le pregunta ella.

—Hablábamos de que la Garibalda se ha *desbocao* con la muerte del Genaro y está sacando los demonios a pasear —responde Ladis —. Esto nunca tuvo trazas de que fuera a terminar bien. Mientras el marido coleaba, Garibalda se limitaba a ver cómo se destrozaban entre el matrimonio disfrutando del infortunio de Atilana. Ahora que él no está, ella tiene el campo libre.

Chiri niega con la cabeza.

—¿De qué estará hecha para no reventar atiborrada como está de boticas? —se dice a sí misma. Mira a Ladislao.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta.

Ladislao entiende la intención de la mujer y se dirige a Vacas.

—Supongo que podrás levantar el terruño. ¿Qué tienes pensado?

—Sorgo —contesta Vacas.

Ladislao cavila un minuto, Fernando, mientras tanto, lo observa.

—El chino de la Línea. Dile que vas de mi parte... y que entienda que le tengo presente en mis oraciones diarias.

Fernando no da la menor muestra de que eso fuese lo que tenía en mente. Parece que lo que le faltaba para la transacción con el chino era ir de la mano de Ladislao. Mientras tanto, Chiri ha estado mirando el jersey que lleva puesto Ladis.

—Esa ropa tuya necesita remiendo. Bela y Atilana lo harán bien; pero cobran por adelantado, cinco céntimos la pieza.

Chiri estira la mano a Ladislao exigiendo la prenda y las monedas. Él se quita el jersey y se lo entrega sin rechistar, le sonríe y baja la mirada al tiempo que rebusca en un bolsillo y le da una moneda.

—Voy a recoger las de los otros. A ver si logro que parezcáis humanos.

Chiri se encamina al resto de los chamizos. Ladis la ve alejarse con la sonrisa colgada en los labios, Fernando se fija en su cara y le sacude un pequeño empujón mientras se ríe.

—¡Anda que...! —comenta divertido mientras se vuelve a sentar.

Teodoro y Baldo están dentro de una humilde cabaña que tiene por todo mobiliario un camastro, una mesa con dos sillas y un hornillo. Los chicos están sentados en la cama. Al lado, una vieja maleta hace las funciones de mesilla. Un quinqué encendido está sobre ella. Beben algo en un par de tazas de metal y fuman entre toses. Cuando Teodoro para de toser le pregunta a Baldo:

—¿Te lo has pensado?

—Sí, quiero ir contigo. ¿Dijo el hombre ese cuándo volvería?

—No dijo fecha. Pero ¿tú tienes papeles?

Baldo piensa unos instantes porque no se le había ocurrido que los necesitara.

—Supongo que mi madre tendrá algo del nacimiento.

Teodoro retira el quinqué y abre la maleta.

—Cuando murió mi padre, dejó esta carpeta llena de papeles, pero yo no los entiendo.

Saca una carpetilla de cartón muy sobada. La desata y se la da a Baldo. Baldo empieza a buscar en su interior hasta que encuentra

una partida de bautismo.

Teodoro ha crecido en el campamento. Había llegado con su padre hacía años, y cuando una enfermedad se lo llevó y lo enterraron aquí, él se quedó en la única casa y con la única familia que reconoce haber tenido. Baldo y él se conocieron en el pueblo gracias al Tuerto y a Vacas, y al minuto se cayeron bien. Sueñan juntos con salir algún día de esta región y conocer otros mundos.

—Esto debe ser. —Baldo termina de leerlo y se asegura de que no hay nada más en la carpeta que le puedan pedir—. ¿Quieres que te lea los otros papeles?

—¿Hay algo para mí?

Baldo los vuelve a ojear.

—No. Son cuentas y anotaciones de trabajo. —Baldo en ese momento se da cuenta de algo—. Pero, si tu padre sabía leer, ¿por qué no te enseñó?

Teo se encoje de hombros y retira su mirada.

—Decía que era corto de entendederas. Y luego se murió. —Se quedan unos momentos en silencio, después Teo le da una última calada al cigarro y lo apaga—. De todas formas, así me imagino que pone lo que yo quiero —dice, señalando la carpeta. Baldo mira con cariño a su amigo y se la devuelve. Teodoro cambia de tema—. Cuando ese hombre vuelva por aquí, yo le puedo entregar los papeles de los dos. También puedo firmarlo por ti, supongo que con una equis valdrá.

Baldo asiente.

—¿Y dijo algo de cuándo cobraríamos?

—Sí, que el día que nos vayamos mandan una parte a la familia, y el resto cuando se termine el servicio. Tienes que dejar dicho a quién quieres que se le dé el dinero, por si te pasara algo. Yo voy a decir que se lo den al Tuerto, él cuidará bien de todo.

Se quedan en silencio cada uno enfrascado en sus pensamientos...

—Tengo que enseñarte a leer —dice Baldo, y Teodoro asiente.

—Sí, me gustaría. Deber de ser bonito leer.

Al lado de la hoguera, Fernando y Baldo están preparados para marcharse. El Tuerto les da una bolsita con algún potingue.

—Lo tiene que tomar durante unos buenos diez días. Haced que se lo trague —se dirige a Baldo—, si en cuatro o cinco no la ves mejorar, me lo dices y voy yo a verla.

Llega Ladislao con un jamelgo. Fernando monta en él.

—Deberíais quedaros a descansar aquí —invita Ladis.

—Quiero salir cuanto antes para la Línea —responde Fernando mientras Baldo se sube detrás—. A mi regreso te devuelvo el caballo. Gracias, Ladislao.

Baldo y Fernando se despiden e inician camino.

* * *

Fernando está él solo en la cocina de la casa de Atilana. Coge algo de las escasas provisiones que les quedan: una torta de algarroba, un poco de tocino y agua. Lo mete todo en el petate que se va a llevar. En ese momento aparece Atilana, envuelta en una manta.

—¿No descansas un rato? —pregunta, práctica.

—No, cuanto antes me vaya, antes estaré de vuelta.

Atilana se da cuenta entonces de que hay ropa encima de la mesa. Es la que le han dado los del Monte. Al lado del montón hay una bolsita con las monedas.

—¿Qué es esto?

—Es ropa para remendar, cosa de la Chiri. El pago lo consiguió por adelantado. Baldo se lo llevará todo cuando esté terminado. —Fernando sigue con las cosas necesarias para el viaje. Atilana se queda sin saber qué decir, le pesa la soberbia, está dudando. Fernando añade, sin dejar de organizar el petate—: No lo dudes, señora, es un trabajo, y esas perras nos irán ayudando por el momento. Los chicos tienen que comer. —Fernando la deja unos segundos para que piense, después continúa—: Ya le he dado a la vaca el potingue del Tuerto. Debes hacer que se lo trague durante otros diez días. Tendría que empezar a tener gana en dos o tres, mientras tanto, a ver si no lo vomita. Queda poco forraje. No bajes

tú al almacén, que vayan Bela o Tina. La Garibalda te tiene ganas, no le des el gusto... Y no descuidéis la tierra, cuando vuelva debería estar preparada para poder sembrar.

Atilana se ha mantenido en silencio durante todo el tiempo, sorprendida por el descaro de Fernando.

—¡Mucho mandas tú! Y de ganas, las mismas le tengo yo a la Garibalda. —Coge las prendas en los brazos. Al moverlas, la cara de Atilana se tuerce con el tufo que desprenden—. Más valía que las quemáramos en vez de remendarlas.

Y sale de la cocina de mala manera sin despedirse siquiera de Fernando, que suspira resignado con esos aires de ella.

Fernando camina a lomos del jamelgo que le han prestado los del Monte. Echa una ojeada a la casa y a la tierra. Falta todavía bastante por «agujerear» y no tienen demasiado tiempo, tendrán que darse prisa si quieren sembrar con las lluvias. Mira hacia atrás, con la esperanza de que Atilana haya salido a despedirle. La puerta está cerrada y sin nadie. El hombre espolea levemente al caballo, que sale al trote.

* * *

En la chimenea que hay en la cocina de la casa, la paja está amontonada y colocada con esmero contra una de las paredes. Bela es la encargada de encender el sarmiento, nadie lo hace como ella, y ahora ya hay una buena lumbre que calienta la estancia. Sentada, con un libro desgastado en las manos, lee en silencio. Se detiene. El agua que hay en el puchero ha empezado a sonar, las burbujas explotan, muy rápido, como cuando de niños hacían estallar varios petardos al mismo tiempo y después el sonido se iba va apagando. Ella esperaba con ansiedad el silencio que avanzaba después de los estallidos. Ahora escucha el agua del puchero con el mismo sentimiento. El agua se calma, y ella respira. Vuelve su atención a sus hermanas, que, sentadas frente al fuego, remiendan las prendas de los de arriba con la ayuda de un huevo de madera.

—Amparo, hazlo con el huevo. Mételo por dentro del calcetín. Espera.

Bela deja el libro con cuidado sobre el banquillo en el que estaba sentada, coge la prenda de las manos de Amparo y lo hace ella misma mientras le da más explicaciones, Amparo tuerce el gesto y mira hacia el libro: «*Inés, la niña mártir*»[1], lee en la tapa.

—Tienes que estirar con la otra mano el resto del calcetín, si no, no podrás coger bien los puntos. Prueba tú ahora —dice Bela. Y le devuelve la costura a su hermana.

—Cuando sea más mayor me gustaría estudiar corte, quizás en Zamora. Allí debe de haber alguna escuela —dice Tina, que tiene más soltura con la aguja que su hermana.

Bela le sonríe y se acerca a la ventana, necesita caminar y estirar un poco la espalda. En el tendedero que hay en el patio todavía cuelgan un par de prendas de los del Monte que se están secando junto con alguna otra ropa de la casa. Bela repara en el pozo y sus ojos se detienen unos momentos en él. Por encima de este, al fondo, alcanza a ver a su madre y a Baldo, que continúan horadando la tierra. Está cogiendo un aspecto extraño con todos esos agujeros en el suelo, nada tiene que ver con los surcos de siempre.

—Claro que sí, Tina. Tú podrás hacer lo que quieras si te lo propones. —Se gira hacia ella—. ¿Queréis un poco de agua caliente? —pregunta mientras se separa de la ventana.

—Sí, por favor.

Amparo no responde. Bela coge el puchero con uno de los agarradores y lo lleva hasta la pila. Mientras comprueba que ninguna de las chicas la mira, saca de un bolsillo de su bata una bolsita de tela con el torvisco ya molido que cogieron para la vaca, le tiembla la mano, echa un puñado dentro de un vaso, después guarda de nuevo la bolsa y se sirve un poco de agua caliente del puchero en el vaso con la hierba. Le añade un poco de agua fría, mira la infusión con miedo, suspira con fuerza un par de veces, cierra los ojos y se lo bebe de un trago. Aguanta las ganas de vomitar que le produce, se recompone respirando profundamente y friega el vaso con cuidado de que quede bien limpio. Llena otro vaso de agua caliente para Tina y regresa con sus hermanas. Al acercarse, se enfrenta a los ojos de Amparo que, con su gesto

habitual, parece que ha seguido todos sus movimientos. Bela da un respingo ante la mirada negra de su hermana.

—¿Cómo vas, Amparo? —le pregunta en relación con la costura, fingiendo una tranquilidad que no siente.

Amparo, sin dar ninguna muestra de haber entendido nada de lo que hacía su hermana, vuelve su atención a la prenda que está remendando.

El reloj que hay colgado en una de las paredes de la cocina marca las cuatro de la tarde. Bela acaba de recoger los platos de la pila y Tina y Amparo continúan con la labor. La cesta de la ropa está prácticamente vacía. Las prendas remendadas están dobladas y planchadas en un montón. Atilana la revisa, se fija más en lo que está haciendo Amparo, suspira y niega con la cabeza.

—Deja esto y recoge de la cuerda las que estén secas —le manda.

Amparo se levanta y mira a sus hermanas, a la espera de que ellas digan algo a su favor, pero ellas no hacen ni dicen nada. Sale de la cocina rezongando, decepcionada.

—Bela, tienes que ir a la tienda de la Herminia. Tina, ve con ella. Necesitamos harina de algarroba y tocino. Procura que la tienda esté vacía. Ojalá no estuviera la Herminia. No hagáis caso de nada de lo que os digan, esto va por ti, Tina, no respondas a nada, ¿está entendido?

—Sí, madre.

—Iros ya. No quiero que estéis fuera cuando anochezca. Yo terminaré con esto. —Atilana echa mano a un bolsillo y le da a Bela unas cuantas monedas—. Necesitamos también algo de forraje para la vaca; se ha terminado. A ver lo que puedes sacar.

Las dos chicas salen de la cocina y se cruzan con Amparo, que está recogiendo la ropa de la cuerda. Pasan por su lado sin decirle nada, distraídas cada una en sus cosas. Amparo estruja una de las prendas que lleva en los brazos.

Bela y Tina caminan por la calle en dirección a los ultramarinos de Herminia. A medida que avanzan, las mujeres y los hombres que se cruzan a su paso las miran y hablan sobre ellas. Bela continúa su camino sin prestarles mayor atención, pero Tina les observa de reojo. En la puerta de la taberna que está frente a la abacería de Herminia están Braulio y Demetrio, los hijos de Garibalda. Demetrio ve a las chicas y sonríe ante la diversión que se avecina. Comienza a prepararse; primero se quita la zamarra que lleva puesta y se la enrolla en su brazo izquierdo y aclara su garganta. Debido a las voces y los cánticos de Demetrio salen cinco o seis hombres de diferentes edades del interior de la taberna para ver el espectáculo. Coge el bastón de uno de los abuelos y sin soltar el pocillo comienza la danza; echa la cabeza hacia atrás, arquea la espalda, y empieza a saltar alternando el peso de una pierna a otra, mientras golpea el ritmo con el bastón contra el suelo.

—Sigue andando y no le mires —le susurra Bela a Tina.

El orate Agustín sale también de la taberna junto con alguna beata que se hace cruces por el baile soez del joven. Con esta danza, Demetrio cruza la calle. Braulio no presta atención a su hermano; solo observa a las chicas en silencio sin moverse del sitio. Demetrio acelera la danza y los cánticos; cuando las chicas alcanzan los ultramarinos, Demetrio les corta el paso con el bastón y acerca su cara a la de Bela, que agacha la cabeza con los ojos cerrados mientras se cubre el cuerpo con los brazos. Tina empuja con todas sus fuerzas a Demetrio para quitárselo de encima a Bela, después coge a su hermana de un brazo y tira de ella para meterla en la abacería, abre la puerta, entran y cierra tras de sí. Demetrio continúa con su imitación del sátiro, se arrima a los cristales y apoya la cara en ellos sacando la lengua y haciendo gemidos con la cara deformada. Tina se le queda mirando mientras Bela se aproxima sobrecogida al mostrador. Detrás de él está Herminia, acodada, como siempre, en su sitio. El Tuerto, que buscaba algo entre los sacos, se ha dado cuenta de lo que estaba ocurriendo y permanece atento a la conversación y al número de Demetrio. Bela se toma unos minutos para recuperarse; se apoya en el mostrador y se desabrocha el primer botón para respirar un poco mejor.

Herminia no hace nada por ayudarla, espera en silencio. Tina se pone a su lado y le da la mano con cariño.

—Buenos días. Queríamos una libra de harina de algarroba, por favor, y cien de tocino —le dice a Herminia.

—Aquí ya no fiamos. Díselo a tu madre.

—Tenemos dinero. —Bela le muestra las monedas que le dio Atilana—. Quisiéramos también un saquito de forraje para la vaca.

—Pues justo la algarroba se nos ha terminado. De tocino me queda algo rancio, no es comestible, pero si te lo quieres llevar igual, se lo puedes dar al marrano... Y ¿forraje...? No, no nos queda tampoco... —responde con retintín.

Saturio, que revisaba unas cajas, mira a su mujer con desprecio. Se mete para dentro avergonzado para buscar lo que el Tuerto quiere y de paso no ver lo que su mujer está haciendo.

En la calle, Braulio, harto del espectáculo, se ha acercado a su hermano y le da un puñetazo en la cara. Este cae al suelo de mala manera a la vez que el cacillo salta por los aires y se hace trizas contra el suelo. Braulio lo levanta en vilo.

Bela se guarda las monedas, vuelve a cogerse de la mano de Tina y las dos salen del almacén. Herminia espera unos segundos, para salir de detrás del mostrador, asomarse a la puerta y comprobar que ya se han alejado lo suficiente. Según se está quitando el delantal de atender, grita a su marido:

—¡Saturio, encárgate tú del despacho! —Y sale de la tienda a la carrera para ir a dar el parte a la Garibalda. Tuerto ve cómo se aleja a través de los cristales. Saturio regresa de la parte de atrás de la tienda con un paquete y se acerca al Tuerto para contemplar también el trote cochinero de su mujer. Asqueado, hace un chasquido con la lengua. Después, se gira hacia el Tuerto.

—¿Lo tienes todo? —Pasa detrás del mostrador para hacerle la cuenta—. Te lo apunto, ¿verdad? —Busca en un cajón la libreta de las cuentas adeudadas.

—Me falta... una libra de algarroba, cien de tocino y lo que puedas darme de forraje. Y dame un poco de achicoria. Y sí, apúntame todo.

Saturio levanta la mirada de la libreta. Después de unos

segundos, empieza a ponerle lo que Bela había pedido. Mientras Saturio termina, el Tuerto está mirando los últimos empujones que Braulio le mete a su hermano, obligándole a cruzar la calle a golpes. Al acabar de ponerle las cosas que las chicas habían pedido, Saturio le hace la cuenta en alto. Le acerca una bolsa con el forraje.

—A esto convida la Herminia. —Los hombres se miran cómplices.

Las dos hermanas caminan en sentido opuesto al que venían. Tina observa a Demetrio, que se mete en la bodega de nuevo entre improperios lanzados a Braulio. Este mira por un momento a las chicas antes de seguir a su hermano. Tina, con una inclinación de la cabeza, le agradece la ayuda. Las chicas pasan por delante de la señora Taya, que está al final de la calle principal sentada en un banco de piedra con la mirada como siempre nublada. Cuando la han sobrepasado, la Taya gira la cabeza hacia ellas.

Comienza el atardecer llenando de sombras la calle.

* * *

Bela, Tina, Amparo y Baldo están en la cocina terminando de cenar en silencio. Una sopa, tortas de algarroba y agua es toda la cena que tienen. Atilana está de pie mirando hacia fuera. Bela, más pálida de lo normal, está tomando un pocillo de achicoria. Se frota los dedos enrojecidos.

La ropa de los de arriba está terminada sobre una silla.

—Baldo, mañana les subes la ropa. Y mira a ver si nos pueden vender algo ellos, no será gran cosa, pero tenemos que aguantar. ¡Condenada sea esa Garibalda, juro que se lo haré pagar con creces!

Tina la está mirando pensativa. Bela, viendo su intención, le hace un leve gesto con la cabeza para que se mantenga en silencio, pero la curiosidad de la niña puede más que los consejos de su hermana.

—Madre, ¿nos odia tanto por lo de —mira a Amparo antes de continuar y baja la voz—... lo del hijo mayor? —le pregunta Tina.

Baldo levanta los ojos un momento del plato para recriminar a

Tina por tocar el tema prohibido, pero ella, sin hacerles caso a ninguno de los dos, espera a que su madre responda. Atilana clava la mirada en su hija, ve la determinación y la inocencia en su cara y descarga su rabia dando un puñetazo en la mesa. «Maldito seas entre todos los demonios, Genaro», piensa.

Amparo mastica con la boca abierta observando un trozo de torta caída en el suelo. No da muestra de haberse enterado de nada.

—Eso son cosas de antaño que a ti no te importan. Tú lo que tienes que hacer es no acercarte a ella ni a su ralea —le contesta Atilana a Tina de malas maneras. Permanece en silencio durante unos instantes para recomponerse. Nota una repentina flojera en todo el cuerpo—. Fernando volverá en unos días y podremos sembrar la tierra —continúa—. Baldo, mañana a ver si los del Monte te pueden dar algo de trigo, estoy pensando en plantar. —Coge su cuenco, que ni siquiera ha probado—. Bela llévale las sobras al marrano y de paso acércate a ver si la vaca se ha tragado el remedio. Parece que tiene más ánimo.

—Sí, madre.

Pero cuando Bela se pone de pie, siente que la habitación se mueve alrededor de ella; el cuenco se rompe contra el suelo, está amarillenta y sudando, se agarra a la silla para no caerse y Baldo corre a ayudarla.

—Hermana, ¿estás bien?

Bela solo responde con una sonrisa triste.

Tina empieza recoger los trozos del tazón para que su hermana no se agache. Atilana valora otra vez su estado: el color de su piel, los sudores, los vómitos que Bela se empeña en esconder... Piensa que, si ese es el castigo por sus propios actos, lo aceptará sin protesta, otra cosa es lo que se pueda decir en el pueblo... Apoya por un momento su cabeza en la palma de la mano, se aprieta las sienes con los dedos y vacía su mente de todo tipo de razonamiento.

—Es cansancio. Todos estamos cansados. Ya es tarde, iros a la cama. Bela, tú también ve a acostarte. Ya me encargo yo de los animales.

Bela coge el pocillo del que bebía para llevárselo a la cama y sale de la cocina tras dar las buenas noches a su madre. Baldo y Tina lo hacen justo después. Amparo se ha quedado sentada sin perder de vista a su madre. Puede sentir su preocupación, y eso la intriga.

—Amparo, marcha a la cama.

La hija sale de la cocina sin despedirse, dejando a su madre con la mirada perdida.

Los tres hermanos se encaminan a sus cámaras. Tina aprovecha que están solos para preguntar.

—¿Estás mejor? —Bela afirma con la cabeza—. ¿Le has dicho ya algo a madre de lo de cambiar de alcoba?

—Te lo juro, Tina, mañana se lo digo sin falta. Que descanses.

—Vosotros también.

Y se mete en su alcoba. Bela y Baldo continúan por el pasillo. Baldo se asegura de que Tina ha entrado y no le puede oír.

—¿Tú sabes dónde guarda madre los documentos del nacimiento? —le pregunta a Bela.

—Supongo que en su armario. La he visto buscar alguna vez en una carpeta que guarda en la balda de arriba. ¿Lo vas a llevar al Monte?

—Sí.

—Baldo…

—¿Qué?

Bela quiere contarle a su hermano lo del embarazo, pero, como le ocurre siempre, le apabulla la tristeza con que él la mira. Sabe que, si se lo contara, terminaría de hundirlo; nota cómo se le encoge el alma y la necesidad de huir a su refugio de una vez por todas le sube por la garganta. Le atrae hacia sí y le abraza con fuerza.

—Descansa, hermano.

Baldo le devuelve el abrazo con preocupación.

Amparo está parada en la entrada de su alcoba contemplando el abrazo de los hermanos. Los mira hasta que Bela lo deshace. Con una mueca de desagrado colgada en su cara, se mete en su cuarto.

Baldo, en su alcoba, encuentra dentro del armario la carpeta,

tal y como le dijo Bela. La saca y busca con prisa, atento por si viene su madre, hasta que reconoce su partida de bautismo. Sigue rebuscando por si hubiera algo más que le pudiera interesar, pero no hay nada. Deja todo como estaba y guarda la partida bien doblada en un bolsillo para que no se vea. Después, comienza a desvestirse.

Bela saca la bolsa del torvisco y echa un puñado en el pocillo de la achicoria, lo remueve sin quitar la vista del mejunje, respira con fuerza y cierra los ojos unos instantes. No tiene dudas sobre lo que está haciendo: este suplicio es la manera de limpiar su alma y la de su hijo, y toda la culpa que ella ha tenido en lo que hacía su padre quedará expiada; sin embargo, no puede evitar el miedo. Todavía con los ojos cerrados, se lo lleva a los labios y se lo traga. Cada vez le cuesta más retenerlo dentro, sigue mareada, le preocupa lo que ha ocurrido antes porque su madre puede comenzar a sospechar lo que está haciendo, no quiere ni pensar en lo que sucedería si se da cuenta de que ha tomado su propia decisión. Abre el ventanuco y escucha el sonido del viento.

Cuando era niña era capaz de interpretar los sonidos del campo, nadie le enseñó a hacerlo; al principio, inventaba las charlas con las hojas de los árboles, era su juego preferido: se sentaba debajo de ellos e imaginaba estar en un corrillo de amigas hablando de ese pasado inventado. Poco a poco se sumaron a las conversaciones los zumbidos de los abejorros, los cánticos y silbidos de los pájaros, las llamadas de los animales a los suyos, los crujidos de las ramas o la lluvia golpeando la tierra, así aprendió a interpretar la distancia y la profundidad según de dónde y cómo viniera ese sonido y a entender los mensajes que llevaba. En todo esto los demás vieron un don que hacía que ella se sintiera importante. Después, cuando todo empezó, se convirtió en su refugio; al principio se concentraba en los sonidos que llegaban más allá de su alcoba, más tarde concibió un lugar en su mente sin sonido y descubrió que a ese sitio él no se atrevía a llegar; con el tiempo, perfeccionó este refugio y encontró nuevos sonidos en él: quejidos metálicos parecidos a los del yunque al ser golpeado que flotaban en un pitido constante, un zumbido ronco que le atenazaba la garganta o

los golpes desacompasados en el interior de su pecho, y entendió que eran los sonidos del país de los muertos y que por eso él no se atrevía a seguirla cuando se iba a ese lugar.

Ahora, esa nueva patria la está llamando y ella ruega a su viento de siempre que no tarde en venir a buscarlos para acompañarlos hasta allá.

Una arcada le sube el torvisco a la garganta. Respira hondo y espera a que pase mientras coge su libro de la mesilla y relee las palabras sobre la mártir.

Atilana echa de comer al marrano su cena y las pocas sobras que quedaron en los otros platos. Se muestra cariñosa y tierna con los animales, siempre los ha preferido a las personas, le resultan más de fiar.

—No es mucho. Espero poder traerte algo más, así poco te voy a cebar. ¿Pero qué vamos a poder sacar de provecho contigo?

Se acerca después a la vaca, la acaricia y comprueba que se ha comido casi todo lo que tenía.

—Bien, buena chica —dice sin dejar de darle mimos, pero cada vez su gesto es más mecánico, mentalmente está en otro sitio—. No te puedes morir, te necesito, así que come un poco más... Vamos..., tienes que aguantar —repite una y otra vez; es ya casi un ruego.

Se apoya en la vaca y se deja caer al suelo derrotada. De rodillas, con las manos en el costado de la vaca, siente que a su cuerpo le cuesta respirar, con los ojos cerrados intenta que entre más aire a sus pulmones.

—¡El diablo te lleve, Garibalda! —maldice con la voz entrecortada.

Espera unos minutos hasta que recupera la respiración y el ánimo, se pone en pie de nuevo y sale del corral.

Camina por el pasillo. Amparo y Tina duermen. Oye los quejidos de Bela, pero no se detiene, tiene que descansar, nota cómo su cuerpo se lo pide con urgencia y continúa hasta su cámara. Baldo parece dormido, de costado y tapado hasta arriba, igual que cuando era niño. Le resulta entrañable que tan grande de

aspecto siga durmiendo de la misma forma. Se desviste y se mete en la cama. Baldo abre los ojos, no puede dormir, piensa en el día siguiente.

* * *

En la cocina, Garibalda discute con su hijo Demetrio sobre el numerito del sátiro que ayer organizó en la puerta del almacén y que comenta todo el pueblo.

El chico tiene muy mala cara, las marcas del puñetazo que Braulio le propinó ayer hoy son más evidentes. Su ropa está arrugada y con manchas de sangre, como si apenas hubiera rozado la cama. Sus hermanos se mantienen con la cabeza gacha y en silencio mientras Garibalda grita y despotrica contra su hijo.

Demetrio busca el apoyo de Braulio.

—No era más que una broma, madre, todos nos reíamos... Una broma. —Le grita a Braulio—: ¡Díselo, hermano!

—Deja a tu hermano en paz, más te valdría aprender algo de él. Todo el pueblo lo comenta: «El Demetrio, el pequeño de la Garibalda, borracho de buena mañana». —Se gira a Tránsito—: ¡Repite lo que me has dicho, vamos! —Luego mira a Demetrio—. ¡Dile lo que el pueblo habla mientras duerme la mona! ¡DÍSELO!

Tránsito mira un momento a Demetrio pidiéndole perdón, baja la mirada de nuevo y responde con la voz temblona:

—Que... que... la Garibalda ya no puede... ya no puede sujetar a sus hijos.

Garibalda está desencajada.

—Óyeme bien: de mí no han tenido que decir nunca nada, ni para bien ni para mal. Y ahora el pueblo anda esquinando «que si la Garibalda *pa'rriba*, que si la Garibalda *pa'bajo*». Toda mi vida he trabajado como una mula por vosotros, os he dado todo lo que tenía, ¿y me lo pagáis así? No os ha faltado de nada, habéis vivido a cuerpo de rey, sin mover un dedo.

Demetrio escucha las palabras de su madre con los ojos empañados, mira a sus hermanos y, al no ver ninguna reacción en ninguno de los dos, no aguanta más y salta:

—¡Lo que hemos hecho en todo este tiempo es cuidar de ti, y tú solo nos has dado desprecio! Estás podrida —continúa en un susurro, tragándose las lágrimas.

Garibalda agarra el bastón que tiene cerca y le sacude a su hijo un golpazo en el costado. Tránsito retrocede y Braulio salta para intentar parar a su madre:

—¡MADRE, POR FAVOR!

Garibalda mira apenas unos segundos a su hijo mayor, lo suficiente para que Braulio se retire con la cabeza gacha, ella intenta golpear de nuevo a Demetrio más furiosa todavía, pero este consigue sujetar el garrote. Garibalda forcejea unos segundos con él, se da cuenta de que no puede quitárselo y tiene que aflojar su mano porque le falta el resuello y la fuerza. Demetrio aprovecha este momento y lo arroja lejos. Los hermanos contemplan con terror lo que ocurre. Garibalda parece sorprendida de la resistencia que ha demostrado tener su hijo; sabe que esa demostración de poder sobre ella por parte de Demetrio acabará por traer consecuencias. Se siente expuesta; por culpa del pequeño, los otros han podido ver la debilidad a la que la enfermedad la arroja. La vergüenza que nota se transforma por segundos en más rabia contra su hijo. Las siguientes palabras brotan escupidas desde sus entrañas:

—No te voy a permitir que tires mi nombre por el suelo. Antes te mato, ¿has oído?

Demetrio la mira con dolor y tristeza, después se da la vuelta y sale del cuarto. Los hermanos no se mueven, no quieren llamar la atención de la madre.

Garibalda hace un gesto para que Braulio le recoja la garrota, al tiempo que se dirige a su hija:

—Tránsito, ve a buscar al padre Agustín, necesito confesión —ordena rabiosa a su hija.

* * *

El cielo está cargado. Las nubes comienzan a traer huellas del

agua caída en otras comarcas. Es temprano por la mañana.

En Monte Coto los movimientos son apáticos, todo permanece suspendido en el aire lo mismo que antes de que estalle la tormenta. Se habla en corrillos en voz baja para el disgusto de Ladislao, que considera que eso son cosas de comadres en los ultramarinos. La desconfianza y el resquemor encapotan los pensamientos de los hombres y, de un tiempo a esta parte, todos se muestran más irritables.

Ladis observa estos cambios sin poder hacer nada; el trabajo es ya prácticamente inexistente, y el cansancio que produce el aburrimiento y las carencias a las que están sometidos comienzan a resentir la convivencia y los ánimos. Por otra parte, los rumores que llegan del pueblo de abajo de que el enfrentamiento entre Atilana y Garibalda es mayor desde la muerte del Genaro, junto con el de que la Gorda está cada vez más enferma, corren de una esquina a otra del campamento, y raro es el día en el que Ladislao no escucha alguna conversación sobre la inutilidad de esos contratos a los que se aferran.

Pero a Ladislao no le quitaría el sueño nada de esto si no viera que la Chiri se une a los corrillos con los hombres. Por la noche, solo en su covacha, el sueño se le escapa distraído como está en encontrar las respuestas, y durante el día siente que es la vida la que huye tras la certeza de que ella lo va a abandonar.

En este momento, la observa al lado del Tuerto mientras hacen recuento de lo que les queda.

Pero lo que Ladis no está advirtiendo es que la Chiri también está pendiente de él; lo observa en sus cavilaciones, cada mañana lo ve más demacrado y quiere tener una conversación sobre todo esto que los hombres comentan; quiere saber qué va a hacer y lograr que él entienda que lo que ve como un problema, para ella es una oportunidad.

Baldo entra en el campamento y se acerca a Ladislao. Lleva las ropas remendadas y planchadas en un paquete envuelto con una cuerda.

—Buenos días, Ladislao. Traigo la ropa —saluda Baldo con timidez.

—¿Cómo va todo por casa? —responde Ladislao a modo de saludo.

Baldo se encoge de hombros. Tuerto ha visto llegar a Baldo y se acerca para interesarse por la vaca.

—¿Qué tal la vaca? —pregunta—. ¿Ha empezado ya a comer?

—Sí —contesta Baldo—. Entre madre y Tina están consiguiendo que se tome la botica, pero... —mira a Ladislao— se nos ha terminado el forraje. Tal vez vosotros nos podáis vender algo, para la vaca... y para nosotros —termina avergonzado.

Ladislao mira al Tuerto en silencio, este le devuelve la mirada, luego contesta:

—Forraje no tenemos, el caballo pace lo que puede por el pasto. Y aquí no hay más animales, pero supongo que algo encontraremos.

Hace un gesto al Tuerto para que se encargue y este se aleja hacia las tiendas.

—Gracias, Ladis. —Sonríe con modestia—. ¿Dónde está Teodoro? Me gustaría saludarle —pregunta Baldo.

—Está en la explanada. Lleva la ropa y repartidla a los hombres.

Baldo le agradece a Ladis y se aleja en su busca.

La Chiri, que ha estado pendiente, ve en la llegada de Baldo al campamento una buena señal, así que espera que el Tuerto se retire para acercarse a Ladislao. Comienza a hablarle con afecto. Busca las palabras adecuadas.

—Ladislao, deberíamos hablar. Llevo desde hace unos días escuchando a los hombres, y creo que tendríamos que hacer algo. Mira a tu alrededor. —Señala a los hombres—. Estos hace tiempo que se convirtieron en ánimas... —Como si fuera para ella misma —: A veces me pregunto si no estaremos muertos todos.

A Ladislao no le ha pillado por sorpresa, temía esta conversación, pero también la deseaba. Contesta en voz baja, casi en una disculpa.

—Nos volverán a necesitar.

—¿Quién, Ladis? ¿Quién? La Garibalda no va a liquidaros esos contratos, tiene al pueblo muerto de hambre, y don Alberto cada

vez viene menos por aquí.

Ladislao hunde las manos en los bolsillos del pantalón como si se tratara de un niño pequeño al que su madre le está regañando.

—¿Y qué puedo hacer yo? Dímelo tú, que parece que lo sabes —pregunta indignado.

Chiri calibra su respuesta, lleva tiempo con ello en la cabeza y está convencida de que es la solución.

—Si ayudamos a Atilana, podríamos beneficiarnos —le responde.

Ladislao no acaba de entender lo que quiere decir.

—Ya la estamos ayudando. ¡¿Qué más quieres hacer?! —Sube el tono, enfadado.

Chiri niega con la cabeza. Le habla despacio, explicándole con paciencia para que pueda entender lo que el hombre no quiere ver ni aceptar.

—La Garibalda no va a parar, quiere que Atilana pague por deudas que no son ya de este reino. Si la ayudamos a salir *p'alante* con la tierra, podremos volver.

—¿Adónde? ¿Volver adónde, Chiri? Nosotros nunca hemos estado donde tú quieres volver —responde terco y celoso.

—¡A LA VIDA! —contesta sin poder sujetar su vehemencia. Chiri gira la cabeza hacia fuera, hacia más allá del encinar, más allá de la casona, más allá del campamento, hacia el lugar de donde ella vino aquel día—. Estoy cansada de todo esto. Aquí ya no queda nada —le dice con apatía.

Ladislao la escucha y nota como si le hubieran dado con un garrote en la boca del estómago. No responde, no puede hacerlo porque la prioridad en este momento es que la presión que siente en la cabeza no le tumbe, porque está ocurriendo lo que tanto temía, porque él siempre ha sabido que ella no le amaba, pero tenían un acuerdo, y durante todo este tiempo confiaba en que podría conseguirlo. Porque no podía ser de otra forma...

El día que la mujer apareció por el campamento en busca de su marido, cuando alguien, después de que ella preguntara, le advirtió que tenía que hablar primero con él, y ella se giró en la dirección que le estaban indicando y le miró, Ladis sintió, en ese mismo

instante, que el suelo se abría bajo sus pies.

Ella se acercó decidida y él le dio la noticia de que su esposo había tenido un accidente y estaba muerto. Chiri —después supo que ese era su nombre— no dijo nada, le miraba con esa vehemencia tan suya mientras leía el fondo de sus palabras. Ladis solo fue capaz de decirle que podía quedarse allí el tiempo que quisiera, que era muy tarde, que le prepararían un lugar donde pudiera descansar, y que no se preocupara porque cuidaría de ella, que allí cuidaban los unos de los otros. Chiri aceptó y él dio la orden para que todo estuviera del gusto de ella.

Fueron pasando los días y la mujer no se marchaba, tampoco se volvió a acercar a Ladis. Caminaba por el campamento, hablaba con unos y con otros, se interesaba por el trabajo que hacían allí y, de vez en cuando, observaba pensativa a Ladis desde lejos. Este sentía que le temblaba el cuerpo cada vez que ella se giraba de golpe hacia él y le agarraba mirándola. Ladis no temía a nada en su vida, pero en este poco tiempo, había descubierto que esa mujer era su debilidad.

Aquel día, un mes después de que ella llegara, la vio caminar resuelta hacia donde él estaba para decirle:

—Está bien. No creo que pueda llegar a amarte, pero te respetaré siempre que tú me ames a mí, y por eso algún día te iré a buscar para que me lleves al altar. Si ese día me dices que no, te mataré. —Ella tenía esos ojos verdes en los que Ladislao pudo leer que no mentía.

—¡Sea! —fue lo único que alcanzó a decir. Él tenía casi cincuenta años, un mazo en la mano y la certeza de que la flojera de piernas que estaba sintiendo era el amor.

Y así había sido desde hacía cuatro años; con cada sol, Ladis esperaba que ese fuera el día en que ella se decidiera; a la noche, cuando se volvía a acostar solo en su camastro, se decía que no pasaba nada, solo era que necesitaba más tiempo para dejar atrás todo lo de fuera.

Ahora siente que ella ha roto el acuerdo que tenían, puesto que ya «no queda nadie aquí», piensa enmarañando las palabras de la Chiri. Nota cómo el sudor le baja por la espina dorsal, que el

vientre se le pone patas arriba y que el corazón se le para de golpe. Ladislao responde con sangre cada una de las palabras.

—Nadie te ata aquí, tú lo has dicho —le contesta.

Chiri no esperaba en absoluto esta respuesta por parte del hombre y lo mira asombrada.

—¡Pero ¿quién ha dicho eso?! —pregunta ofendida, pero Ladis se da la vuelta y se aleja de ella. Chiri intenta comprender qué es lo que ha pasado, revisa qué ha podido provocar esa reacción en él y se da cuenta de que Ladis no ha valorado ni por un momento salir de ese erial que es el campamento, y nota cómo su cabeza se llena de una rabia que crece y le atraviesa hasta los pies.

Quien no ha perdido comba de la conversación anterior, ocupado en la tarea de recoger y apilar en el horno ramas de encina, ha sido el Cuervo, que disfruta al ver como «los palomos», como él los llama con el regusto ácido de los celos, pelean entre ellos.

Al poco tiempo de llegar la Chiri al campamento, el Cuervo encendió los ánimos entre los hombres para organizar una apuesta sobre el tiempo que Ladislao tardaría en llevarse el gato al agua. Esto no era más que el fruto de la lujuria que sentía hacia esa mujer desde el momento en que la Chiri apareció en el campamento. Pero de nada servían los detalles que Cuervo le dejaba en la puerta de su chamizo, ella los veía y lo buscaba hasta que daba con él; asomado por detrás del horno o entre las chabolas, lo descubría observándola jadeante, con los ojillos fijos en su pecho, y a ella se le revolvía el estómago, entonces barría con la escoba el ramo de jaras o los primeros racimos de uva de la temporada que le había dejado aquel bicho asqueroso.

Cuervo se frota las manos con una sonrisa; esa discusión es otra oportunidad para él. A pesar del temor que siente hacia Ladislao, empieza a recoger ramas caídas del horno para hacer otro agasajo a la Chiri. En un momento le parece oír algo y gira su cabeza hacia allí, porque la ausencia de un sentido se suple con la abundancia de otro, y Cuervo está capacitado para ver más allá de lo evidente. Ahora percibe una sombra que vigila a lo lejos escondida entre los árboles. Se dirige hacia ella intrigado. Cuando está un poco más

cerca, la figura se deja ver; se trata de Amparo. El Cuervo le sonríe. Amparo le mira unos instantes provocadora, se da la vuelta y se marcha. El hombre se siente afortunado.

En otra parte del campamento, Baldo le ha dado a Teo su partida de bautismo. Después reparten a los hombres la ropa arreglada en casa. Cuando terminan con todo, vuelve para despedirse de Ladis, que en ese momento sale del chamizo de la Chiri con una bolsa hecha.

—Baldo, espera a que te traiga el Tuerto alguna cosa —dice Ladis con el gesto demudado.

—Muchas gracias, Ladislao, apreciamos toda tu ayuda. —Baldo se fija en su cara—. ¿Te encuentras bien?

El Tuerto se acerca con lo que compró para Bela en los ultramarinos. Chiri reconoce de lejos su bolsa en el hombro de Ladis y también se acerca al grupo.

—Tendréis para ir tirando un tiempo —le dice Tuerto al chico—. De forraje solo he encontrado esto. —Le muestra la bolsa que le dio Saturio. Esto no le pasa desapercibido a Ladislao, que sabía que no tenían nada de pienso en el campamento. El Tuerto ni le mira siquiera. Baldo saca las monedas de su bolsillo y se las da a Ladislao. Este las coge.

—Chiri se va contigo —anuncia con la voz rota.

La mujer lo mira sin dar crédito; Ladislao, terco, desvía la mirada hacia otro lado.

—Baldo, Teo, venid un momento... —Tuerto se aleja con los chicos para dejarles hablar.

—¿Por qué haces esto? —le pregunta Chiri enfadada.

—Tú lo has dicho: «Aquí no te queda nada» —le repite Ladis con indignación.

La Chiri abre la boca para responderle que no es así, que eso es lo que él ha querido entender, pero lo piensa mejor y, sin recoger el petate que el hombre ha dejado en el suelo, se da la vuelta y comienza a caminar. Tuerto y los chicos se acercan a Ladis. Baldo se despide con un gesto sin saber qué decir y después sigue a la Chiri. Ladislao la mira marcharse tragándose las lágrimas. El Tuerto se da cuenta y decide dejarle solo. Le indica a Teodoro que

se marche.

—Tuerto, coge lo tuyo. —Y Ladis le da las monedas que le pagó Baldo. Tuerto obedece. Sabe que no tiene que darle ninguna explicación y le devuelve lo que sobra. Ladislao se marcha hacia su tienda para encerrarse en ella.

* * *

Bela y Tina están aireando la ropa de cama para doblarla después. Para Tina es un juego y a Bela le resulta muy difícil conseguir que Tina haga algo a derechas. Tiene mal aspecto, está cansada y le cuesta cada vez más armarse de paciencia con su hermana pequeña.

—No vamos a terminar nunca, Tina. Por favor, no sueltes el pico ese —le pide.

Amparo, mientras tanto, está sola terminando de barrer el porche, no les quita la vista de encima sin hacer el menor gesto que pueda indicar lo que siente. Cuando ha terminado, deja caer la escoba y comienza a salpicar lo barrido para que se asiente el polvo.

Chiri y Baldo entran en la finca y se acercan por el camino a la casa. Al verlos, Tina sale a la carrera para recibirlos. Bela coge el mantón que tiene cerca y se cubre con él. Espera a que lleguen a su altura. Amparo deja de salpicar y los observa sin moverse de donde está.

Todos están en la cocina sentados a la mesa terminando de comer algunas de las cosas que trajeron del campamento. Nadie habla. Atilana está seria y callada, y todos permanecen a la espera de lo que pueda ocurrir. Las dos mujeres conocen lo que se dice en el pueblo sobre que la Chiri viviera en el campamento de los de arriba, y esta sabe que lo último que la otra desearía es que ahora la comidilla fuera que Atilana la ha recibido en su casa, pero Chiri también conoce su historia, por eso está decidida a hablarle y convencerla de lo que hay que hacer.

En la lumbre de paja hay un cacillo con algo de achicoria.

Atilana se levanta y lo cuela.

—Bela, acerca los pocillos.

Bela se levanta con cierta dificultad. Chiri se da cuenta del esfuerzo que hace por aparentar que está bien y le sorprende que Atilana no haga caso de ello. Se fija en la forma en que Bela se toca el vientre al moverse. Tina y Amparo comienzan a recoger la mesa.

—Huele rico, Atilana, aunque no sea más que achicoria —dice la Chiri.

Atilana se acerca con el cazo ya colado y Bela con los pocillos. Atilana les sirve a todos. Se sientan de nuevo. Chiri intenta aliviar la tensión.

—Parece que la tierra está ya casi lista.

Atilana no contesta y sigue bebiendo. Baldo mira apurado a su madre, y al ver que no va a decir nada, es él el que habla.

—Sí. Ha sido un trabajo duro y no teníamos mucho abono de los animales, pero está casi listo para cuando lleguen las lluvias y Fernando con las semillas.

—Pues ahora mismo nos ponemos con ello. Vamos, terminad y enseñadme cómo hacerlo.

Todos comienzan a moverse aliviados de poder huir de esa situación. Bela ve una oportunidad para quedarse sola.

—Es sencillo, ya lo verás. Voy a la cochinera, a ver si los animales nos han dejado algo.

Sale con el pocillo humeante en la mano. Tina se levanta de inmediato y sale detrás de ella.

—Voy contigo.

—Claro, Tina —contesta resignada.

Baldo y Chiri hacen lo mismo después de terminarse la bebida de un trago. Baldo da un beso a su madre, que ella no devuelve ni recibe, y sale de la cocina. Cuando Chiri le va a seguir, Atilana la llama.

—Chiri, quiero hablar contigo. Amparo, vete.

Amparo obedece a su madre. La Chiri se para en la puerta, Baldo también se gira con aprensión. Dejan salir a Amparo.

Chiri asiente con la cabeza sonriendo, cómplice, a Baldo.

—Ándate tú, enseguida te alcanzo.

Y se sienta de nuevo frente a Atilana y espera. Atilana comienza a hablar sin emoción alguna.

—No te quiero aquí.

De momento no está diciendo nada nuevo para la Chiri.

—He venido para ayudarte. No sé todavía cómo, ya lo veremos, pero tú sola no vas a poder hacerlo. —Se queda pensativa—. No lo hago por ti, Atilana, lo hago por todos nosotros. Cuando las tierras vuelvan a los suyos, la vida también regresará al pueblo. —Atilana abre los ojos con asombro, pero la Chiri no hace aprecio de esa sorpresa y continúa—: Bien sabes lo que digo. Este maldito pueblo no necesita a alguien como la Garibalda. Si las cosas estuvieran en tus manos, los derechos que se han perdido con sus tropelías volverían a estar igual que cuando vivía el Indalecio. —Duda si decir lo que piensa—: Y tú eres la única que legítimamente puedes enfrentarte a ella.

Chiri mira a Atilana con intención. Atilana entiende a lo que se refiere. Chiri da la conversación por terminada y se levanta para salir del cuarto.

—Deberías pensar en ello.

—Te persiguen los demonios, Chiri.

Chiri sonríe ante el comentario de Atilana.

—Ya estamos todas condenadas, no te preocupes por ellos.

Y sale de la habitación.

Atilana la ve marcharse en silencio. Después de unos momentos, se levanta y se asoma por la ventana para ver como Chiri se acerca hasta la tierra y se agacha a la altura de Baldo, que comienza a explicarle cómo hacer los agujeros. La Taya está sentada en un mojón al otro lado del camino de la finca. Atilana la mira con curiosidad. Está atardeciendo.

En la alcoba la Chiri duerme en la cama de al lado de la de Bela. De golpe se despierta con una especie de gárgaras que hace la joven mientras duerme. Enciende el candil.

Apoya los pies en el suelo y la mira: Bela está empapada en sudor, sus facciones se pierden entre el blanco de la almohada,

tiene el pelo pegado a la cara, unas ojeras profundas y oscuras resaltan en la piel desvaída, le tiemblan las manos sujetas una con la otra; está destapada, pero agita las piernas como si quisiera quitarse la ropa de encima. El camisón empapado se le pega al cuerpo. Se nota la barriga un poco abultada. Chiri escucha lo que la joven dice en el sueño y se acerca a ella. La observa en silencio; oye los quejidos sordos, las súplicas entrecortadas, las alusiones al padre... Chiri abre los ojos con espanto y suspira negando con la cabeza, sin querer dar crédito a lo que imagina que ha podido ocurrir. Se sienta a su lado, la mira con tristeza y al final opta por despertarla. Empieza a llamarla con cuidado:

—¡Bela... Bela!

Le acaricia el pelo y la cara. Está ardiendo. Bela se despierta sobresaltada y la mira confusa.

—Estabas soñando, mi niña. —Continúa acariciándola mientras la tranquiliza—: Soy yo, Chiri, estoy aquí, estoy contigo.

Bela termina de despertarse. De repente le viene una arcada, se gira con rapidez hacia la mesilla, saca un orinal de debajo de la cama y vomita de forma violenta. Un olor nauseabundo hace que Chiri se tape la boca y la nariz. Poco a poco y con su ayuda, la muchacha se tranquiliza y se vuelve a tumbar. Ella se levanta y se acerca a la mesilla de Bela para servirle un vaso de agua de una jarra, pero el color y el tufo del líquido la echa para atrás de nuevo. Piensa unos momentos, coge la jarra y la vuelca en el orinal. Cuando va a dejarla en la mesilla, nota la pupila azul de Bela clavada en ella, todo su cuerpo está en tensión; las dos se miran en silencio. Chiri abre la boca para decir algo, pero puede leer el ruego de la chica en su rostro; cambia de opinión, se acerca y le acomoda la almohada.

—Gracias —dice Bela.

—Todo esto pasará, te lo aseguro.

Se sienta a su lado y apoyada en el respaldo de la cama, la abraza con cuidado. Le llega otra arcada y se inclina de nuevo hacia el orinal, ella la sujeta, aunque ya no vomita nada, oye el esfuerzo que hace la muchacha para respirar. La vuelve a colocar y apoya la mano con cuidado en el vientre de la joven. Chiri la mira

en silencio, triste.

Bela comienza a llorar por primera vez en mucho tiempo; entre las lágrimas, sus ojos parece que igualaran su color. Aunque sea solo durante unos instantes, se deja ir entre los brazos de Chiri, que la acuna con ternura, sujetando su pesar.

—Se pasará, mi niña, vamos a arreglarlo, te lo prometo.

Bela se gira hacia ella con rapidez y la enfrenta.

—¡No! ¡Júrame que no harás nada! ¡Deja que me vaya! ¡Tienes que ayudarme, Chiri, nadie debe saber nada! —le dice con furor.

Ella está espantada con lo que Bela le está pidiendo.

—No me puedes pedir eso, Bela, no puedes hacerlo. Estás muy enferma, hay que buscar a un médico para que te cure o morirás. Tengo que avisar a tu madre. —Hace el amago de levantarse de la cama, pero la muchacha se echa encima de ella, sujetándola por los brazos con una energía que no parecía tener.

—Escúchame, Chiri, piensa lo que ocurriría en el pueblo si se enteraran de todo esto; la Garibalda haría buen uso de ello para hundir más si cabe a mi madre, entonces nada cambiaría y tú has venido aquí porque a ti también te interesa ese cambio. Necesitas a mi madre limpia de habladurías. Y yo te necesito a ti para que me acompañes hasta que me vaya.

Chiri la mira angustiada. Sabe que Bela tiene razón, pero se plantea cómo podrá seguir viviendo con esa carga sobre los hombros. Observa a esa mujer, mucho más adulta en la hora de su muerte de lo que nadie podría imaginar, piensa en todo lo que habrá tenido que pasar para llegar hasta ahí y se da cuenta de lo equivocados que estaban al creer que Bela caminaba en su propio mundo y no se percataba de nada más.

Como si le pudiera leer sus pensamientos, Bela le dice:

—Lo que está hecho nadie puede cambiarlo ya. Esta maldita cadena que mi madre trajo con ella va a continuar, pero no lo hará conmigo a través de mi hijo, es todo lo que puedo hacer por los míos. —Suelta sus brazos y se tumba de nuevo ya casi sin fuerzas —. Estoy cansada... y ya no tengo miedo. He pagado con culpa sin saber si la deuda era mía o no... —Se gira hacia ella—. Chiri, nadie debe saber nada de lo del bebé. Y cuida de Baldo, es un soñador y

siempre será un niño, otro niño herido.

Cierra los ojos, agotada, su pecho sube y baja con una respiración ruidosa.

Chiri la mira con los ojos empañados en lágrimas. Se toma unos momentos para decidir y después se tiende al lado de Bela y la recoge entre sus brazos, nota su nariz y sus orejas frías, le acaricia las manos ya azuladas y se las besa. Y entonces comienza a susurrarle sobre la tierra donde ella nació, del mar gris y del olor de la arena, del viento que allí sopla y mueve las olas, y así, abrigándola con el amor de sus palabras, la acunará durante horas hasta que por fin Bela se quede dormida.

* * *

Cae una tormenta en el pueblo; en el cielo se mezclan los grises y azules en diferentes tonalidades, los rayos deshilachan el horizonte durante unas milésimas de segundo y luego se pierden en la tierra; el viento mueve el agua como si regara las tierras de labranza en un plan deliberado. Durante el tiempo de las lluvias, los hombres aprovechan para preparar los trillos dentro de las casetas de los avíos de labor a la espera de que la tormenta amaine y poder volver a la tierra.

Demetrio, junto a otros dos hombres, se acerca bajo la lluvia en una carreta y un jamelgo por un camino de tierra a una casa humilde de adobe. La casa está rodeada por una pequeña tierra sembrada. Están saliendo los brotes de cebada, no son gran cosa, pero prometen algo de futuro. Un espantapájaros parece observar inquieto a los recién llegados.

Un hombre de unos cuarenta años está agachado cuidando con mimo los brotes nacientes. No parece importarle la lluvia que está cayendo.

Demetrio se baja de la carreta y se acerca a él sin cuidado alguno de las plantas que aplasta a su paso. Se agacha y arranca uno de los brotes, lo huele.

—¡Rodo! —llama juguetón al hombre.

El hombre se incorpora, los ve y se gira hacia la casa. Una mujer con un par de niños pequeños se asoma al porche; la mira por unos instantes, esperaba que no se hubiera asomado, pero bien sabe Rodo que ella nunca hará caso de lo que le digan. Demetrio tiene muy mal aspecto, lleva varios días fuera de su casa, borracho y durmiendo donde le ha pillado la cogorza.

—Buenos días, Rodo. Veo que han *agarrao*. Me alegro por ti.

Rodo no le contesta. Mira a los otros dos hombres, echa la mano al bolsillo y saca un par de billetes, unas monedas y le da todo a Demetrio sin decir ni pío. Este lo cuenta o hace como que lo cuenta, ve a la mujer y los hijos de Rodo, después se gira y observa la tierra, la casa y el paisaje.

—Siempre me gustó todo esto. Eres afortunado. —Se vuelve hacia Rodo, le da el brote que había arrancado y se dirige a la carreta de nuevo para marcharse por donde han venido.

Rodo se gira hacia su mujer, esta ve alejarse a los hombres, mira a su marido durante unos instantes sin decir nada y se mete dentro de la casa. Rodo suspira y regresa a los brotes, sabe que el malestar de su mujer solo hace que ir en aumento.

* * *

Fernando avanza por el camino bajo la lluvia. Monta el caballo de Ladis. Al pasar por delante de la tierra, ve que ya está totalmente preparada para la siembra. En la casa no hay nadie en el porche ni en los alrededores. Cuando llega a la puerta descabalga. Entra. No se oye nada.

La cocina también está vacía. Sobre la mesa quedan algún plato y restos de la comida sin recoger, el reloj marca que pasan cinco minutos de las seis y media, ve la lumbre apagada; la preocupación le espolea la sangre por el cuerpo, suelta el saco con las semillas encima de la mesa y va a salir para buscar por la casa, cuando se choca con la Chiri en la puerta.

—Chiri, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Ha pasado algo?

Por unos instantes la duda cruza el rostro de Chiri, cierra los ojos y sujeta el deseo de descargar la culpa que le ahoga.

—Es Bela. Murió *antiayer* noche.

Fernando tarda unos instantes en entender lo que dice Chiri.

—Pero ¿qué estás diciendo, mujer? —Chiri afirma con la cabeza, en silencio—. ¿Cómo? —pregunta angustiado.

—Estaba muy enferma. Murió durante la noche. El médico de Fresno solo pudo dar fe de su muerte.

Fernando tiene que sentarse. Después de unos momentos.

—¿Dónde está?

Chiri entiende que se refiere a Atilana.

—En la alcoba de Bela. No se ha separado de ella desde entonces, ni come ni duerme. Tienes que hablar con ella, tenemos que enterrarla.

Fernando asiente. Entra Tina con los ojos rojos por el llanto y se arroja en los brazos de Vacas, que la estrecha contra él.

—Ya está, mi niña, ya está. —Le deja que se desahogue durante unos minutos—. Tengo que ir a ver a tu madre. Quédate con Chiri. Preparad un poco de café, he comprado un poco.

Fernando besa a Tina en el pelo con ternura y deshace el abrazo. Antes de salir se dirige a la Chiri, agradecido.

—Gracias, Chiri. Por estar aquí también.

Cuando va a salir de la cocina, a través de la ventana le parece ver a Baldo en la puerta del corral.

Fernando se acerca a él y se sienta a su lado. Se quita su zamarra y se la echa por los hombros. Baldo le mira unos instantes; Vacas no dice nada, espera a que sea él el que hable.

—A Bela le gustaba el trigo. Decía que eran las manos doradas del viento. —Mira a Fernando, apremiante—. Tenemos que sembrar trigo.

—Lo haremos —responde con tristeza.

Baldo baja la mirada. Se coge la cabeza entre las manos. Está destrozado.

—Decía que la muerte era el único lugar donde padre no podía atraparla y que cuando él entraba, ella se iba a ese lugar de muerte en su cabeza hasta que todo terminaba. —Mira a Vacas con desesperación—. Pero ahora él ya no está, por eso le dije lo de la guerra, Fernando, porque él ya se ha ido y no puede hacerle más

daño, nunca la dejaría sola, volvería a buscarla, por eso se lo dije, por eso lo dije...

Se cubre la cabeza con los antebrazos y se mece adelante y atrás. Fernando le mira horrorizado sin querer entender lo que está contando.

—¿De qué estás hablando, Baldo?

Baldo se rompe. Fernando, después de unos momentos, empieza a comprender todo lo que ocurría en la casa. La duda que se abre paso a golpes en sus pensamientos le hace levantarse con rapidez y entrar en busca de explicaciones. Ninguno de los dos se ha dado cuenta de que, al fondo de la cuadra, en uno de los compartimentos ahora vacíos, Amparo está escuchándolos sentada sobre un tarugo de madera. No muestra ninguna emoción. Tiene una tijera en una mano y en la otra una lagartija con la que está jugando.

Comienza a cortarla en pedazos.

Fernando entra airado en la cámara de Bela. Lo primero que recibe es una bofetada del mal olor que se extiende por toda la alcoba. Se cubre la nariz con el antebrazo. Mira a su alrededor, pero no distingue nada porque alguien ha corrido las cortinas y cerrado el ventanuco. El olor de las hierbas aromáticas que hay repartidas por algún vaso y jarrón no esconde, sino que aumenta, el hedor que proviene del cuerpo muerto de Bela. Abre la ventana para que se ventile la alcoba. Durante unos segundos deja que el aire húmedo le calme la ansiedad que le aplasta el pecho. Ahora ve a Atilana sentada en la cabecera de la cama con aspecto de no haber dormido en varios días y que vigila fijamente el cuerpo de su hija. Se acerca y ve a Bela rodeada de las mismas ramas de hierbas. Se derrumba y se encara con Atilana.

—¿Tú lo sabías? ¡Atilana, ¿lo sabías?!

Ella no contesta a la pregunta de Fernando, continúa con la mirada clavada en el rostro de la hija como si buscara alguna respuesta en ella. Cuando levanta la cabeza lo hace para dirigirse a otra persona, es como si no hubiera reparado en la presencia del

hombre.

—Parece dormida, ¿verdad? —pregunta suspicaz.

—¡¿LO SABÍAS?! ¡CONTÉSTAME, ATILANA! ¡DIME SI TÚ SABÍAS LO QUE ESTABA PASANDO!

Atilana sigue sin contestarle. Comienza a intentar despertar a su hija; le acaricia la cara, los brazos, las manos. Primero lo hace con suavidad, pero, poco a poco, la caricia se transforma en sacudidas, empujada por una rabia que no puede controlar.

—¡Bela, Belaaa! ¡Despierta, vamos! ¡ISABEL!... ¡¡¡ISABEL!!! ¡Obedéceme! ¡Te digo que te levantes! —le grita.

Fernando retira a Atilana del cuerpo de Bela y le sujeta los brazos.

—¡Para! ¡Atilana, por favor, ATILANA! ¡No está aquí, se ha ido! ¡¡¡ATILANA, ESTÁ MUERTA!!!

Atilana detiene el forcejeo y mira hacia el otro lado de la habitación, enfurecida.

—¡Pero yo no le he dado permiso para que se vaya!

Fernando busca a la persona con la que Atilana está hablando, pero no ve a nadie. La mira aprensivo, teme que haya perdido la cabeza.

—¿Qué estás diciendo? Señora, debes dejar que se marche.

Una voz habla desde el otro lado de la cama; sentada en una silla, en un rincón de la alcoba, Vacas distingue ahora la figura enlutada de la señora Taya. Un frío le recorre el cuerpo.

—Él tiene razón. Es hora de que te recompongas, Atilana —dice con calma.

Fernando Vacas piensa en la mujer de la que está enamorado, a la que un día él se prometió cuidar; en esos hijos que quiere como si fueran suyos y que, en el fondo de su alma, ahora lo ve con toda claridad, sabe huérfanos de padre y madre. Suspira, resignado, con fuerza, porque, por fin, ha entendido que ese apego que siente hacia ella será su condena y hace lo único que puede hacer: darle su brazo para que se sostenga en él.

—Lo haremos juntos —le habla con suavidad—. Vamos.

La ayuda a incorporarse y ella se deja hacer.

A través del ventanuco de la alcoba entran las primeras luces

del atardecer.

* * *

Al día siguiente el cielo se ha levantado continuo y gris. La lluvia no ha dejado de caer en toda la noche y los tacos de las madreñas que calzan hombres y mujeres parados en la tierra se hunden en el barro. Todos se cubren con alguna prenda que les protege del agua.

Se han reunido en el terruño donde fue enterrado Genaro. Fernando, Tuerto y Saturio, el de los ultramarinos, terminan de pasar las cuerdas por debajo de la caja para descolgarla dentro de la fosa excavada lejos de la del padre. Teodoro obedece, atento a las demandas de los hombres y a Baldo, que, sujeto de la mano de Tina, llora inconsolable. En un momento el chico se suelta de su hermana y se agacha a acariciar el cajón de madera. Chiri mira a Atilana a la espera de alguna reacción de la mujer, pero esta continúa quieta, vigilante, de espaldas al entierro, en la misma postura que adoptara cuando decidió dónde debían enterrarla. Chiri se arrodilla al lado de Baldo y le susurra algunas palabras al oído que parece que le reconfortaran. El muchacho afirma en silencio y se incorpora para dejar que los hombres continúen moviendo el cajón. Se vuelve hacia la madre y ve en el cementerio, por encima de la tapia, las cruces de los otros dando la espalda a Bela, como si estuvieran castigándola por ser joven y hermosa y haberse muerto antes de tiempo, y mira ahora la cruz de su hermana, tumbada al lado de la fosa, a la espera de que Fernando o Tuerto la claven en el suelo; lee los datos que él mismo grabó en la madera y piensa que a ella no le gustaría, que Bela habría preferido que grabaran su nombre en un árbol, y le promete que en cuanto termine todo esto lo hará, y volverá y arrancará esa maldita cruz a patadas.

Casilda también ha venido a acompañarlos. Observa a esa familia que la vida se ha empeñado en castigar y repara en Amparo, alejada de todos, que mira los cuerpos de los hombres con descaro, y se pregunta con lastima qué desgracias no habrá dejado

de ver esa pobre muchacha.

Atilana se acerca a la Taya, a la que no habíamos visto antes y que está sentada en un pedrusco por detrás de Casilda con la mirada hacia el suelo y los oídos abiertos a todo.

—No ha venido nadie —le dice a la anciana.

La Taya no levanta su mirada para contestarle, no le hace falta, es capaz de leer sus deseos y pensamientos solo con oírla respirar.

—Y no lo harán hasta que no lo merezcas —responde, agria.

A lo lejos, atisbándolo todo, está el cura, que parece que mantiene una conversación consigo mismo.

Atilana no responde a la Taya. Observa pensativa los movimientos del orate. Están a punto de meter la caja y lo van a hacer con la cabeza de Bela frente a las cruces del otro lado de la tapia, cuando Atilana dice:

—No, así no, dadle la vuelta.

Todos miran a Atilana sin acabar de entender. La única que lo hace es la Taya, que sonríe en silencio.

—Ahora será ella quien les dé la espalda —añade como única explicación.

Ellos obedecen, giran la caja ciento ochenta grados y la colocan en el sentido que ordena Atilana.

Cuando el cajón está ya en el fondo, los hombres tiran hacia arriba de las cuerdas. Atilana se acerca, coge un puñado de tierra y lo echa sobre la caja; todos los hermanos de Bela hacen lo mismo. Después, Fernando y Tuerto comienzan a echar paladas sobre el cajón.

Desde lejos, Tránsito también ha asistido al entierro. Nadie ha reparado en ella. Observa todo lo que ocurre sin mostrar ninguna expresión.

* * *

Esa misma tarde se desploma sobre el pueblo una tormenta considerable. Las calles están desiertas. Todo parece quieto, suspendido en el tiempo bajo el telón de agua. Sin embargo, los visillos detrás de los ventanucos se abren y cierran cada poco, y el

movimiento de las cortinas de entrada a las casas evidencia la calma anterior a la otra tormenta que va a sobrevenir sobre el pueblo.

Por el medio de la calle principal, rodeada de lluvia, una figura se acerca a la abacería de Herminia y Saturio.

La tienda está cerrada. Braulio rompe uno de los cristales de la puerta y entra. Con el ruido, Saturio sale del interior. Ve a Braulio y entiende a lo que viene. Se miran en silencio. No hay ninguna amenaza.

—Es mejor que te vayas de aquí, Saturio —dice mientras se limpia la saliva de la boca.

—Braulio, tú eres un buen hombre. No lo hagas —suplica.

Braulio le mira sin mostrar la menor emoción.

—Recoge lo que necesites y márchate.

Saturio mira a su alrededor, han sido quince años de vida entre esas estanterías. Intenta pensar qué fue importante, dónde está aquello en lo que depositó la esperanza de ese futuro compartido con Herminia, piensa en si aún puede quedar algo que rescatar y, después de unos minutos, se echa un mantón por los hombros para no empaparse a la intemperie y sale sin mirar hacia atrás.

En el cuarto de estar de la Garibalda hay reunión de mujeres. Al corifeo habitual se ha añadido esta noche Eulogia, una viuda beata de sesenta años cortada por el mismo patrón que las otras. Murmura rezos amarrada siempre a un rosario que maneja con la misma habilidad que las agujas de tejer sin enterarse muy bien de nada de lo que ocurre. También está Gumersinda, de cincuenta y siete años, y que es la mujer de Cipriano «el de la huerta»; lo llaman así, no porque tenga un gran terreno —en realidad, ayuda a los hombres en los arreglos de los trillos—, sino porque después de unas horas en la taberna y a quien quiera escucharle le habla de la huerta en la que se crio, llena de las hortalizas y verduras más hermosas que el ser humano haya visto jamás.

Como siempre, la Garibalda está en su silla, de espaldas a todas. Contempla la lluvia que rebota en los charcos aparentemente ajena

a lo que dicen. No se encuentra bien. Su respiración se oye mucho más cargada que antes, pero sabe que debe guardarse muy mucho de que la vean debilitada. No está contenta; su hijo Demetrio lleva varios días sin dar la cara. La noche anterior, aprovechando el sueño, entró en la casa como si fuera una comadreja y arrampló con lo que había. Demetrio fue causa de disgustos desde que era niño, y bien sabía ella que el tamaño del niño crece de la mano de los problemas que trae; «Niño pequeño, problema pequeño, y niño grande, problema grande», decía su madre. Ahora tiene que darle el escarmiento acorde con el agravio, y que al mismo tiempo sirva de aviso a las gentes del pueblo: robar a la Garibalda es un ultraje que tiene graves consecuencias.

Puede olfatear en el aire la traición que se está cociendo en algunas de las casas. La presencia de Saturio y Casilda en el entierro de Bela no ha sido más que una pequeña muestra, los primeros brotes de la mala hierba que invade, lenta, pero sin descanso, cada rincón de sus habitantes, y en este pueblo la mala hierba tiene un nombre: Atilana. Ella y ese empeño suyo en quedarse en aquella casa y no marcharse del pueblo estaban alterando el silencio que a ella tanto le había costado imponer.

Garibalda tiene muy presente la envidia que emponzoña a Atilana, había sido de esta forma desde que era niña; conocía bien que, debajo de la soberbia del pudiente entre los pobres, habitaba un profundo resentimiento cuando están obligados a compartir. Y Atilana tuvo que hacerlo; repartir el pecado de su padre, lo que ella creía que era solo de su propiedad, aquello que, aun con sufrimiento, la hacía única. Pero, además, Garibalda sabía que debajo de todo resentimiento también hay temor, y que el miedo arrastra a la rabia y que de esta al odio hay un paseo corto.

Sí, ella lo sabe bien, puede sentir la amenaza sobre su casa, sobre sí misma, así que debe mostrarse fuerte. Se sujeta con una mano el tembleque que siempre le aparece al pensar en ella, y deja salir el aire tratando de bajar un poco el calor que le sube por piernas y brazos.

Tránsito está sentada como siempre al lado de la Garibalda, nota el movimiento de su madre y la mira por si quisiera comentar

algo de lo que Herminia está hablando.

Herminia está dando explicaciones a Garibalda del porqué su marido ha estado en el entierro, está apurada, busca también la aprobación de las otras.

—No me dijo nada, Garibalda. Lo juro por Dios. —Levanta su mano derecha para afirmar el juramento, son solo un par de segundos, después la baja dispuesta a continuar. Tránsito acerca su cabeza a la de su madre segura de que habrá alguna regañina, pero Garibalda no dice nada, así que le llama la atención ella misma.

—No jures en vano. Es una irreverencia.

—¡Es que es cierto! Esta mañana, cuando nos despertamos, sí es verdad que le noté con el morro torcido, pero no le di más importancia. Se conoce que como tiene buenos tratos con el Tuerto, este le diría que se iba a acercar al entierro y habrá ido por eso, supongo yo. —De inmediato desvía la atención a Casilda—. Anda que la Casilda, quién nos iba a decir que se presentaría allí, aunque yo siempre he pensado que no era muy de fiar. A mí es que esa nunca me gustó ni un pelo —afirma con rotundidad.

Se queda en silencio a la espera, no sabe que más decir. Solo se oye la respiración fuerte de Garibalda, que permanece callada de espaldas a todas. Tránsito la mira. Después de un buen silencio en el que se puede mascar la tensión, Baltasara, que va de unas y a otras, salta de repente porque no puede aguantárselo más:

—Pues Aquilino dice que el médico le ha dejado caer que la niña estaba preñada...

Esto rompe por completo la inquietud anterior, se miran entre ellas, asombradas. Garibalda sonríe al oírlo. Edelmira, la sorda, ve que algo pasa, pero no ha entendido lo que ha dicho Baltasara.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Que la niña muerta estaba encinta —contesta Gumersinda.

Eulogia es la única que sigue a lo suyo, sin enterarse del último comentario, ajena al nerviosismo que ha generado la revelación de Baltasara.

—Pobre niña muerta, tan joven —dice con piedad mientras mueve las cuentas del rosario entre los dedos.

Edelmira, como acto reflejo, se santigua y murmura algo para

ella misma.

Herminia ha estado calibrando y barre para su casa.

—¡Por todos los santos! No, si la última vez que pasaron por el almacén, aquella en que no les vendí nada —mira a la Garibalda buscando algún gesto de acercamiento—, entonces la noté yo algo, estaba pálida y andaba cargada de caderas.

Eulogia añade otra de sus impresiones misericordes.

—Ya lo decía Atilana, que Bela andaba con un pie en este mundo y con el otro en el de los espíritus. —Se da cuenta de que eso se puede malinterpretar y aclara—: Cuando antaño cruzábamos dos palabras, claro.

—Pero que yo sepa, los espíritus no dejan preñado a nadie —comenta Gumersinda maliciosa.

—¿Quién está encinta? —pregunta la Eulogia, frenando en seco el tercer avemaría al que llegaba.

De nuevo se hace otro silencio tenso por lo que acaba de decir Gumersinda, todas miran a Garibalda a la espera de una reacción por su parte, pero esta sigue impertérrita, así que Tránsito, totalmente sorprendida por la «no» reacción de su madre, sin quitarle la mirada de encima, replica a Gumersinda:

—Eso que has dicho es una blasfemia.

—¡Es una forma de hablar! ¡Lo siento! Por supuesto que no me refería a Dios Padre que dejó encinta a Nuestra Señora —contesta Gumersinda arrepentida.

Garibalda empieza a separar con los pies la silla de la mesa para incorporarse. Se apoya con una mano en el hombro de su hija y con el otro brazo en la mesa. Se queda allí apuntalada mientras Tránsito ordena a Herminia que retire la silla a un lado para que Garibalda pueda girarse. Tiene la bata pillada entre las carnes; todas observan ese culo avergonzadas del espectáculo, pero ninguna se atreve a estirarle la bata y miran a Tránsito para que haga algo, sin embargo, esta no hace el menor amago de solucionarlo y deja a su madre expuesta ante las otras. Una vez retirada la silla, Herminia se cuela entre el cuerpo de la Garibalda y la mesa, y pasa el brazo gigante de Garibalda por sus hombros. Tránsito se levanta e intenta sujetarla por el otro brazo, pero sin

querer le hace daño. Garibalda se queja, despotrica contra su hija y le pega un tirón de pelo con toda su fuerza. Las demás retiran la vista de la joven, incómodas por la reacción exagerada de la Garibalda. Tránsito se aleja de su madre, que tiene que volver a apoyarse en la mesa y dejar caer todo su peso sobre Herminia, que aguanta como puede.

Garibalda reclama que le acerquen la silla para sentarse de nuevo, pero esta vez de cara a las otras. Eulogia y Baltasara se apresuran a ayudar a Herminia mientras Gumersinda corre a ponerle un vaso de agua que le ofrece de inmediato. Garibalda se deja caer rendida en la silla. Coge el vaso de manos de Gumersinda y da un trago largo. Cuando se recobra un poco, comienza a hablar con dificultad por el esfuerzo hecho. Se dirige a la Baltasara:

—¿Te ha dicho Aquilino de cuánto estaba?

Todas están todavía bastante afectadas al ver el estado físico de Garibalda.

—Comentó que, de unos meses, pocos, según le dijo el médico.

Miran a Garibalda a la espera de que diga o haga algo con esa información. Gumersinda hace como que piensa.

—En las eras, desde luego, no se la ha visto nunca, ni sola ni acompañada.

Herminia está ya más envalentonada por la ayuda prestada.

—¿A Bela? Pero si el Putero no le quitaba la vista de encima, ¡ni asomar el hocico a la puerta desde que era niña!, como para que la pretendiera algún zagal. Hubiera matado a la Atilana si se entera de que su Bela andaba de *novisqueos*. Y ella misma tampoco era de andar saliendo con nadie, la verdad. A los pocos que se acercaron a pretenderla, Atilana los largó con cajas destempladas.

En ese momento se callan todas. Garibalda clava sus ojos en Herminia y comienza a sonreírle. Herminia entiende de pronto, abre la boca y los ojos con asombro. Las otras se dan cuenta del gesto de Herminia y de que las dos saben algo importante. Edelmira se pone nerviosa por no poder oír lo que están diciendo.

—¿Qué? ¿Qué pasa ahora? —pregunta.

Herminia completa el razonamiento en voz alta.

—Pues que fue el Genaro, el padre, el que la dejó preñada en la

última visita a la casa.

Edelmira comienza a hacerse cruces.

—¡Válgame el cielo! Pero ¿no le bastaban los burdeles para aliviarse?

Garibalda la corta en seco:

—¡Cállate, Edelmira!

Sin que ninguna se haya dado cuenta, Braulio entra en la casa y se queda en el pasillo. Se sienta en una silla y espera.

Eulogia continúa con las preguntas:

—¿Y no podría haber sido el hombre ese, Vacas?

Herminia suelta un bufido al escuchar la insinuación.

—¡Qué va! ¡Ese es un calzonazos que solo bebe los vientos por la Atilana!

Las otras asienten convencidas.

—Y Atilana, ¿lo sabría? —sigue indagando Eulogia.

Garibalda contesta sin la menor duda y bastante seria de golpe:

—Las madres siempre lo saben.

Mira hacia Braulio que, sentado fuera, apoya la cabeza en la pared y cierra los ojos sin mostrar la menor emoción.

Esta última sentencia de la Garibalda hace que todas cierren el pico.

Las mujeres desfilan por el pasillo bastante revolucionadas hablando entre ellas. En la calle ha parado de llover y al salir esquivan algún charco. Está atardeciendo. Braulio se levanta y avanza hacia el cuarto de estar. Tránsito sigue donde estaba, en silencio y sin moverse. Mira a su hermano con inquietud. Garibalda continúa sentada de frente. Braulio se para delante de su madre.

—Límpiate la baba. ¿Y tu hermano?

—Nada —contesta mientras se enjuga la boca.

—¿Has preguntado en la bodega desde cuándo no le ven?

—Desde ayer a la noche. Montó jarana porque no le quisieron poner de beber y se fue.

—¿Te has llegado hasta lo de Crescencio?

—Sí. Hubo timba, pero me jura que no apareció por ahí.

—¿Y dice la verdad?

Braulio afirma en silencio. Duda si decir a su madre lo que está pensando. Al final se decide.

—Parece que antes de ir a la bodega se pasó a cobrar los alquileres. Dicen que le acompañaban un par de los de Fresno.

Garibalda mira a su hijo sin creer lo que está diciendo. Respira con dificultad, aprieta los puños clavándose las uñas en las palmas de las manos y se gira hacia su hija escupiendo la pregunta.

—¿Cuánto se ha llevado de aquí?

Tránsito le responde aterrada.

—Lo que había en la caja, madre. Y la libreta de adeudos... y la cartilla.

—¡¿Se lo ha llevado todo?!

Tránsito asiente con la cabeza gacha.

—¡¡¡¡MALDITO SEA SIEMPRE!!!! —grita—, ¡¡¡MALDITO SEA!!!

La respiración de Garibalda es cada vez más fuerte. Los dos hijos permanecen en silencio mientras la madre piensa en alto.

—El dinero se lo beberá pronto...

El puchero sigue hirviendo. El aire lleno de vapor medicinal cae espeso sobre los hijos, que esperan atemorizados la sentencia. Garibalda parece haber entrado en una especie de trance; permanece con los ojos fijos en el suelo, la cabeza reclinada sobre el pecho, una especie de estertor sale de sus pulmones. Después de unos minutos, se dirige a Braulio sin mirarle:

—Búscalo y tráeme de regreso lo que haya quedado. Y, Braulio, no quiero verle nunca más. Nunca.

La voz de Garibalda se ha vuelto cada vez más grave. Abre los puños, las marcas de las uñas están grabadas en sus palmas. Braulio no sabe si la ha entendido bien. Tránsito está espantada.

—Madre... —murmura.

Garibalda se dirige a ella amenazante:

—¿Cómo es que no sentiste cuando entró en casa tu hermano anoche?

Tránsito mira a su hermano buscando ayuda, pero este baja los ojos avergonzado.

La joven contesta con auténtico pavor:

—Madre..., yo... le juró que no oí nada —defendiéndose—. ¿Y Braulio? Él tampoco lo escuchó.

Braulio se queda mirando a su hermana sin decir nada.

Garibalda, después de observarlos a los dos enfrentados, se dirige a Braulio:

—Vete y encuéntralo. No quiero saber nada más.

Y cierra los ojos.

Braulio espera unos instantes tratando de entender lo que está pasando, después se da la vuelta y sale del cuarto.

Tránsito contempla a su madre y se pregunta por el motivo del desprecio que siente hacia ellos; nunca hubo una palabra de cariño, una caricia o una mirada de orgullo hacia ninguno de los tres, solo la culpa por haber nacido y la obediencia inculcada a golpes desde que eran niños. La mira en silencio y solo ve a una mujer que muere de odio y resentimiento.

Y Tránsito teme que los últimos estertores sean los peores.

Sale dejando sola a su madre con la cabeza de nuevo caída hacia el pecho. Tiene que detener a su hermano.

Braulio está en la alcoba que compartía con Demetrio. Mete en un petate todas sus cosas. Entra Tránsito y se acerca a él. Observa el petate.

—Hermano, por favor, no lo hagas. —Braulio continúa vaciando cajones. Tránsito le para—. Te vas a arrepentir toda tu vida. ¡Tú quieres a Demetrio, no puedes hacerlo!

Braulio la separa con cuidado. La mira a los ojos, su rostro no refleja ninguna emoción.

—Nosotros no sabemos querer, nadie nos ha enseñado a hacerlo.

Recoge el petate y se lo echa al hombro. Saca unos billetes, se queda con un par y le pone el resto en la mano a su hermana.

—Con esto podrás marcharte de aquí. Vete. Si te quedas, te arrastrará al infierno con ella, tiene demasiado miedo como para ir sola. No va a parar hasta que acabe con nosotros —dice con amargura.

—Pero ¿adónde voy? —le contesta Tránsito entre lágrimas.

—Todo lo lejos que puedas, y nunca mires hacia atrás —responde tajante.

—¿Y tú qué harás?

Braulio suspira antes de contestar:

—Intentar sobrevivir.

—Procura no odiar, hermano, si no, ella seguirá viviendo en ti y en los tuyos después.

Braulio se ha detenido unos segundos al escucharla, después sale dejando a Tránsito sola.

* * *

Al día siguiente la lluvia ha dado un respiro al pueblo. Es temprano y no hay mucho movimiento en la calle, solo alguna vecina se asoma al ver pasar a la Chiri por delante de la ventana de camino a la abacería de Herminia.

Cuando llega allí, se encuentra que está cerrada. Se asoma hacia dentro por uno de los cristales. Saturio la ve desde dentro del almacén. Abre un poco la puerta y Chiri le pregunta extrañada:

—¿Lo tienes cerrado todavía?

Saturio se gira y le indica a la Chiri que entre. El almacén está totalmente destrozado; los sacos están tirados por el suelo y las estanterías rotas, el mostrador está hecho añicos, la romana está totalmente despiezada; Saturio tiene en la mano la barra de las marcas y está buscando la pesa y el gancho por el suelo. Parece que lo único que le interesara en ese momento es reconstruir la balanza. La contempla apenado.

—Es mi castigo por haber ido al entierro de Bela.

Chiri mira todo a su alrededor, indignada.

—Pero ¿por qué permitís que Garibalda haga todo esto?

La contestación de Saturio está cargada de resignación.

—Por lo mismo que se permite todo en este pueblo, por miedo. —Mira a su alrededor—. Al fin y al cabo, esto también es suyo.

—Ella será la dueña, pero es tu negocio, y le pagas por ello. —Chiri niega con la cabeza sin terminar de dar crédito a lo que ve—. ¿Dónde está Herminia?

—Arriba, imagino. Cuando regresé después de que Braulio se hubiera marchado, estaba parada en el centro de todo este desastre con los brazos cruzados. Se me quedó mirando sin decir nada y después salió de la tienda. Supongo que a dar el parte a la Garibalda. Al caer la noche subió a la casa y ya no ha vuelto a bajar.

La Chiri mira las cosas tiradas por el suelo, y calibra las posibilidades que se están abriendo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunta con intención.

—No lo sé. Supongo que me marcharé, nada me ata ya aquí.

—En casa de Atilana se necesitan brazos.

Saturio lo piensa un rato.

—Ayúdame, tengo unos sacos que podremos llenar. Nos vendrán bien. Busca el peso de la romana, es lo único que quiero guardar de aquí.

—¿Cómo nos lo vamos a llevar? —pregunta la Chiri.

Saturio contesta enseguida mientras busca los sacos.

—Hay algún vecino que ya empieza a estar harto de los desmanes de la Garibalda. Es posible que me quieran echar una mano.

Saturio y Chiri llegan a la finca de Atilana en un carro tirado por un burro. Todos los habitantes de la casa trabajan en la tierra menos la Taya, que está sentada a la entrada mirando hacia otro lado.

Tina se da cuenta de la llegada y avisa a su madre.

—¡MADRE, MADRE!

Al oír a Tina, dejan lo que estaban haciendo y miran hacia los recién llegados. Atilana los observa pensativa, se da la vuelta para tantear alguna reacción de la anciana Taya, pero ya no la encuentra donde estaba antes. Extrañada, se pone en marcha hacia los recién llegados, los demás la siguen.

Mayo de 1896

Crescencio es un hombre de cincuenta y cinco años, grande y coloradote. Es soltero y el dueño del único garito en el que juegan la partida los hombres de Villaveza. La timba es un viejo granero que él mismo arregló colocando un par de mesas y unos quinqués encima. En uno de los laterales hay un mostrador pequeño con unos vasos y botellas de anís y diferentes orujos, sobre el que cuelgan un par de candiles. El suelo está hecho de tablas que Crescencio recubre con paja humedecida para que no suelte polvo. El olor del lugar es una mezcla de esta paja húmeda, el aceite quemado de los candiles y el sudor de los parroquianos. Crescencio no tiene ningún horario determinado; abre cuando hay tres o más jugadores a la puerta, y cierra cuando ya están o bien desplumados, o bien tan ebrios que no son capaces de sujetar las cartas para que los desplumen.

«El dueño no juega; así que ni pierde, ni gana, ni fía», reza el cartel que cuelga a la entrada y que él señala cada vez que alguien se acerca a pedirle un préstamo, porque, por encima de todo, a Crescencio le gusta el dinero; manosea las ganancias que cosecha con las bebidas, el tabaco y la tasa que cada devoto al julepe abona cuando se sienta a sus mesas, como si se tratara de un amante lujurioso. No hay nada que no hiciera por aumentar sus ganancias y la panera es ya un lugar demasiado pequeño para que quepan todos sus sueños, porque él desea salir de este pueblo y montar un gran salón de juego con espejos y pinturas por las paredes, candelabros dorados que iluminen la estancia, sillas de tela y mesas con tapetes en las que las apuestas sean mucho más altas que aquí, y columnas y esculturas para darle elegancia al salón. Tendrá personal para atender a sus clientes en las mismas mesas para que no tengan que separarse de la partida nada más que lo

necesario para el alivio, así él podrá rondar entre ellos y, por supuesto, cobrar absolutamente por todo. Pero para poder cumplir su sueño todavía hay que solucionar lo que pasa en este pueblo. Así que hoy nadie juega en lo de Crescencio. Unos hombres del pueblo y alguno de los de Monte Coto están reunidos allí. La conversación está empezada desde hace un buen rato. Los ánimos están cargados. Hay humo en el ambiente, mala leche y hartazgo.

Está hablando Higinio, uno de los del pueblo, que se dirige en este momento a los del Monte.

—En todos los años que lleváis allí no os habéis preocupado por nada de lo que estaba ocurriendo aquí *bajo*, ¿y ahora queréis que os ayudemos? ¿Nosotros?

Juliano es el cojo de Monte Coto. Es un joven muy atractivo, de ojos color miel, dice las cosas como las piensa y siente. En este momento parece cabreado y sorprendido. El Cuervo lo mira con la sonrisa de medio lado sin decir nada.

—¿QUÉÉÉÉ? ¡Yo más bien diría que sois vosotros los que nos habéis llamado!

Corta la conversación Crescencio apaciguando los ánimos. Se dirige a Higinio:

—Los he llamado yo. Aquí el que más y el que menos tiene los mismos intereses.

Emeterio, nacido y criado en el pueblo, ronda también los cincuenta años. Es un hombre cuadrado, belicoso y malencarado que sacude para todos los lados aparentemente sin orden ni concierto. Ahora arremete contra Crescencio.

—¿A ti qué más te da? No tienes tierras, no tienes familia que sacar *p'alante*. Solo esto. ¿Qué te va en este asunto?

Algunos contestan por él, otros callan y escuchan, y todos miran.

—Tú mismo lo has dicho. —Señala a su alrededor—. ¡Esto es lo que me va! Estoy hasta los corvejones —ahora se sujeta los cojones con ambas manos— de esa enferma. Cualquier día salgo con *to el tinglao* en llamas y, además, si a vosotros os sangra la Garibalda, yo no como —contesta con brío.

Al Tuerto no le ha pasado desapercibido el gesto en el que

Crescencio ha equivocado los cojones con los corvejones, y disimula su sonrisa mirando el suelo.

Interviene ahora Rodo, que ha sido el que en realidad propuso esta reunión a Crescencio empujado por su mujer.

—Tuerto, vosotros seguís sin cobrar ni un real de lo que se os debe, ¿verdad?

Tuerto continúa con la mirada en el suelo y no contesta. Patricio, el otro de los del Monte, contesta por él, aunque en su tono y sus palabras se puede leer cierta recriminación hacia Tuerto.

—Estamos allí sin poder hacer nada del apeadero y por eso tampoco cobramos lo que el señor Indalecio nos prometió en los contratos.

—Ni lo vais a cobrar nunca —contesta Rodo—. No es porque ya no haya tajo allí, es porque la Garibalda no os va a pagar en la vida, con trabajo o sin él. Todos se han olvidado ya de vuestro maldito apeadero. Aquello de hacer llegar el tren hasta el pueblo no era más que el sueño del loco de Indalecio, y la Garibalda os ha enterrado junto con su marido. ¿Por qué seguís allí?

Patricio y el Cuervo también se vuelven a mirar a Tuerto sin saber muy bien cuál es la respuesta, pero este sigue a la escucha sin abrir la boca. Juliano intenta arreglar un poco las cosas:

—Porque los contratos siguen en pie. Algún día alguien nos tendrá que pagar todo lo que se nos debe. Si nos vamos, nunca lo cobraremos.

—Estáis majaras si creéis que vais a recibir algo de esa enferma. Es el momento para que abandonéis esa mierda de una vez —asevera Emeterio.

Patricio se pone de pie increpando a los del pueblo:

—¿Y vosotros, qué? ¿Hasta cuándo vais a permitir que os siga matando de hambre?

Emiliano es otro de los del pueblo. Es un hombre pequeño y apocado. Se mueve en la silla inquieto, no le gustan las disputas y teme que esto llegue a mayores.

—Dime tú. ¿Qué podemos hacer mientras sus hijos sigan aquí?

—¿Una solterona, un borracho y el otro medio lerdo? ¿Eso es lo

que tanto teméis? Decidme, ¿cuándo han hecho algo esos? Todo eso que se dice de las palizas y los saqueos son cuentos de matronas y del maldito orate de la iglesia —ironiza Juliano.

—Las amenazas son reales. Si no, fíjate en la abacería de Saturio... —dice Rodo con severidad mientras mira a Crescencio haciéndole un pequeño asentimiento.

Crescencio contesta a Emiliano, pero va para todos:

—Pero parece que los hijos se han marchado. Las mujeres dicen que en la casa solo está la hija, que la Garibalda está encerrada en su alcoba y que nadie ha podido verla.

Esta intervención les hace callar a todos durante unos segundos. Se remueven en sus sillas, Emiliano los mira, se miran entre ellos, no hay nadie que pueda asegurar nada...

Rodo, después de dejarles que asimilen la información, continúa:

—¿Alguno de vosotros está cercano a cumplir su arriendo?

Todos niegan con la cabeza, pero responde Emiliano:

—Ninguno, porque Garibalda nunca va a dejar que ocurra.

—Eso es, y todos lo sabemos. —Asienten y comentan entre ellos. Rodo se dirige a Patricio y Juliano—: Tenéis razón, en todo. Nos está matando de hambre —ahora incluye a los del pueblo también—, a todos: a nosotros aquí abajo y a vosotros allí arriba, y ha llegado el momento de que hagamos algo. Cada día está más enferma y, por lo que parece, ahora está sola. Además, está la Atilana... —lo deja caer para que los otros recalen en ello.

Crescencio interviene ahora dirigiéndose al Tuerto directamente:

—Tuerto, ahí es donde vosotros tenéis que hacer. —Le señala con el dedo.

Tuerto mira a Crescencio y a Rodo. Se hace un silencio en el que todos valoran las posibilidades, se miran unos a otros, piensan...

Tuerto habla por fin:

—No veo la manera.

—Convenciendo a Ladislao de los beneficios que puede traer que todos apoyemos a Atilana contra la Garibalda —aventura

Crescencio.

—Si los hijos ya no están, como decís, no tenéis más que dejar de pagar —razona el Tuerto.

Los hombres se miran entre ellos porque lo que dice Tuerto es una posibilidad que ni siquiera se habían planteado.

Emiliano justifica a todos los del pueblo.

—Firmamos unos contratos de arrendamiento. No queremos dejar de pagar, solo pagar lo justo.

Cuervo interviene por primera vez.

—Y nosotros los tenemos de trabajo... Podríamos llevarla a la justicia —dice pensativo.

Todos le miran, unos con miedo, otros con sorna, pero todos con incredulidad.

—Y nos atendería algún familiar del Indalecio, o conocido del Indalecio, o amigo del Indalecio. La justicia no es de los pobres... —responde Emeterio con rabia.

Tuerto le escucha reflexivo. Ahora se dirige directamente a Rodo y Crescencio.

—¿Qué queréis?

—¡Queremos comer —contesta Emeterio muy alterado—, queremos vivir dignamente de nuestras tierras y no tener que pagar para poder trabajarlas!

—¿Y por qué necesitáis a la Atilana? —le pregunta el Tuerto.

Emeterio se calla y agacha la cabeza. Ninguno se atreve a verbalizar lo que están pensando. Rodo, después de mirarlos, se arranca:

—Porque la Atilana es la única pariente de la Garibalda, y a su muerte, sin los hijos por aquí, ella podría heredar esos contratos. Los vuestros y los nuestros. La cosa cambiaría.

De nuevo se hace el silencio entre todos.

Hay un hombre, el más mayor del pueblo, que, apoyado con ambas manos en un garrote, ha permanecido escuchando todo el tiempo en silencio. Se trata de Avelino, que siempre sabe mucho más de lo que dice, por eso sus palabras son escuchadas con atención. Ahora se decide a intervenir.

—A la Garibalda la han movido dos cosas en toda su vida: el

hambre que pasó de chica en su pueblo, y el odio hacia Atilana y su madre por ser las culpables de aquella hambre. Cuando la Atilana se había casado, buscó al Genaro hasta que lo encontró en un silo y la puso contra la pared. Casó con el Indalecio de aquí porque era rico, vivía en este pueblo y porque quiso creer que aquel hijo fuera suyo; de esta manera mató dos pájaros de un tiro: que se dejara de hablar del bastardo y conseguir más poder del que nunca hubiera imaginado. Pero aquel odio que le creció de niña lo trajo *agarrao* a las tripas, y aunque la esté matando, también es lo que la mantiene en pie. —Ninguno de los hombres hace el menor comentario, intentan seguir la historia de estas dos mujeres—. La Atilana aquí no pasó necesidades de chica, pero a su padre, aunque más *desahogao* que los demás, nunca le interesó el mando de nada. Al contrario que la Garibalda, creyó que se casaba por amores, pero el Putero le sacó esa idea de la cabeza de la misma manera que le vació la bolsa: a palos y a cornadas. El odio contra todo se estiraba en ella a la contra que menguaba su herencia, mientras que la Garibalda, sentada en el trono, gozaba viendo y comentando las penurias de la Atilana. —Se calla durante unos instantes. Piensa y sentencia—: No tengáis tan seguro que las cosas vayan a cambiar cuando muera la Garibalda...

Avelino calla. Todos le miran tratando de sacar sus propias conclusiones. Tuerto y él cruzan la mirada entendiéndose. Tuerto asiente con la cabeza.

Después de unos minutos, se dirige a Rodo:

—Como tú bien has dicho, nosotros ya poco hacemos en el Coto. Los contratos no cambian nada, menos para uno mismo, por lo menos ese papel te recuerda quién eres, y es verdad que el trabajo de unos siempre es ganancia para los otros.

—Así es, y por eso deberíamos arriesgarnos. Atilana ahora está sufriendo lo mismo que nosotros. Si la ayudamos a levantar la cabeza, nos podríamos beneficiar todos —añade Rodo con vehemencia.

—¿Y cómo se supone que la vamos a ayudar? —le pregunta Juliano.

—Por lo pronto, echándole una mano con la tierra —contesta

Rodo.

Para el Cuervo todas estas discusiones no sirven de nada. «Tiene razón Avelino, distintos collares para iguales perros». Por eso es buen momento para rendir pleitesía a Atilana, y como de tanto hablar de ella le ha dado el barrunto de pasar por su finca, se levanta con discreción y sale del granero.

El Cuervo recorre el camino que lleva hasta la casa de Atilana. A lo lejos se distingue el pozo. Puede ver que hay alguien recogiendo agua. A medida que se acerca reconoce a Amparo. Cuervo duda, Amparo es imprevisible, y hay algo en ella que a Cuervo le atemoriza, aunque, por supuesto, jamás se lo confesaría a nadie. Sin embargo, es posible que Atilana no lo vea con malos ojos si se presenta como único pretendiente de Amparito, puesto que, se apuesta consigo mismo, la pobre tarada no va a tener muchas más oportunidades de casamiento. Mira hacia uno y otro lado comprobando que no hay nadie y, armado de valor, se dirige hacia el pozo. A medida que se acerca se fija con más detalle en el cuerpo de Amparo y sonríe; tampoco la muchacha está tan mal, un poco flacucha para su gusto, pero eso es seguro que tiene buen arreglo y, por otra parte, si ahora es ya fácil de contentar, como se comenta en la bodega, en unos años seguro que lo será mucho más. Estos pensamientos le dan valor y fuerza para acercarse.

Amparo está tirando de la cuerda para sacar el cubo lleno de agua. Antes de que Cuervo llegue hasta ella, la muchacha detiene lo que está haciendo y, como si lo presintiera, se gira despacio hacia él. El hombre, muy cerca ya de ella, se para y mira a Amparo sonriendo.

—Buenos días, Amparito. ¿Necesitas que te eche una mano?

Amparo no hace ni dice nada. Su cuerpo se tensa y clava una mirada aviesa en él. Cuervo no sabe muy bien cómo interpretar esto, se le congela la sonrisa. En ese momento, ella hace un movimiento repentino, como espantándole, que hace que Cuervo pegue un brinco hacia atrás, parece que se achicara y ahora es Amparo la que sonríe. La joven repite el movimiento y le añade un

sonido gutural que al Cuervo no le parece de este mundo. Avanza hacia él cada vez más rápido repitiendo los gestos. El Cuervo se detiene en el camino.

—Ya veo que estás ocupada. Marcho entonces. Solo quería saludar a tu madre.

Se da la vuelta y comienza a alejarse aparentando tranquilidad. Amparo va detrás de él. Se agacha y coge un puñado de piedrecitas que comienza a lanzar hacia los pies del hombre. Cuervo camina más rápido mirando de vez en cuando por encima del hombro. Amparo le sigue lanzando piedras y graznando hasta que este comienza a correr ya sin el menor pudor. Amparo se da la vuelta y regresa de nuevo al pozo.

* * *

Braulio, con aspecto cansado, pasa a caballo por el puente sobre el arroyo del pueblo de La Alberca. Es un pueblo grande y lleno de vida gracias a los peregrinos que llegan de todas partes a visitar la imagen de la Virgen de Francia. No pensó en herrar al animal y ahora resbala por el suelo empedrado de la calle que llega hasta la plaza Mayor. Delante de él se levantan las casas de dos y tres plantas con sus armazones de madera de viga vista y las balconadas características de la comarca. Avanza por la calle principal hasta la plaza. Un hombre conduce con una vara a sus cerdos para que entren en la cuadra que ocupa la planta baja de la casa. Un grupo de mujeres charlan alegres mientras los niños saltan a la pata coja jugando a la rayuela. A nadie le extraña la llegada de un forastero, acostumbrados como están a los peregrinos. Braulio pasa por delante de la bodega que se encuentra en los soportales, donde un grupo de hombres sentados en cajones de mimbre y de madera están jugando una partida. En la puerta, tres o cuatro parroquianos están de tertulia. Braulio, sin pararse, echa una ojeada, pero necesita comer algo y descansar, ya volverá cuando caiga la noche.

La bodega de antes ahora está llena. Braulio entra en la taberna, buscando a su hermano. El bodeguero parece conocerle. Hay mucho ruido, risas y voces altas. Después de saludarle, Braulio le pregunta algo, y el hombre le indica una dirección con la cabeza mientras continúa llenando un par de vasos con orujo de castañas.

Braulio se acerca por la parte de atrás de la bodega a un callejón en el que hay varios hombres sentados, solos o en grupos, en diferentes estados de borrachera. Al final del callejón, guarecido entre las sombras, un chino vende botellas de licor de sorgo. Es un hombre pequeño y tranquilo, de mediana edad, con ojos inteligentes, que percibe todo y traduce más. Observa a Braulio desde lejos que busca entre los hombres a su hermano; no lo ve, pero reconoce a uno de los de Fresno que andaba con él cobrando los alquileres. Por unos segundos cruza su mirada con el chino, después se acopla en un rincón donde puede ver a todo el que entra y sale sin ser visto. Él no bebe. Se dispone a esperar. Una figura enlutada pasa sin mirar por la embocadura del callejón y desaparece.

En este tiempo distintos hombres entran a comprar alguna botella de sorgo. Algunos se quedan allí apurando el licor, otros salen de inmediato, se forman nuevos grupos en lo que dura la botella y que luego se deshacen sin más. Todo se mueve mientras que el chino y Braulio permanecen en la misma posición: Braulio pendiente de las llegadas, el chino pendiente de Braulio.

Por fin aparece Demetrio con otro mozo. Se acercan al único grupo que queda en el callejón donde continúa el de Fresno. Los dos hombres aplauden su llegada con regocijo. Viene muy borracho, bebiendo de una botella de cristal. Tiene los ojos rojos, está nervioso, suda, habla consigo mismo, parece alterado, el temblor de sus manos hinchadas hace que se le caiga por el camino la botella que trae. Demetrio, entre tumbos, termina de acercarse al grupo, saca un puñado de billetes de la faltriquera y se lo da a uno de sus compadres para que se acerque al chino. Braulio, sin quitar los ojos de su hermano, desenfunda un cuchillo. El chino mira todo esto sin cambiar de gesto. Demetrio continúa con sus delirios. Braulio se acerca despacio a su hermano por la espalda.

Los colegas de Demetrio lo ven llegar hasta su altura y, aunque ninguno dice nada, Demetrio se gira notando los ojos de los demás sobre él. La mirada acuosa de Demetrio se centra al ver a su hermano. Braulio lo observa durante unos momentos más en los que casi puede ver a la muerte abrazándolo ya. Toma una decisión:

—Me ha ordenado que te mate. No vuelvas nunca por casa o lo hará ella.

Y se da la vuelta mientras guarda el cuchillo. Demetrio sonríe con amargura.

—¡ESPERA! ¿Y POR QUÉ NO LO HACES? ¡¡HAZLO, VAMOS, HAZLO!!

Braulio camina despacio, parece harto de todo. Demetrio ahora comienza a suplicar:

—¡NO TE VAYAS, BRAULIO! ¡TERMÍNAME DE UNA VEZ! ¡POR DIOS, HERMANO!

—¡No merece la pena! ¡Ya no te queda nada, y lo has hecho tú solo! —le responde Braulio, sin llegar a girarse del todo.

Demetrio se arranca hacia su hermano para golpearle. Braulio cruza su mirada con el chino por unos instantes en los que parece que lo avisara, se gira rápido y se quita de la trayectoria de la embestida de su hermano. Demetrio, dando tumbos, cae de bruces al suelo sobre los cristales de la botella rota. No se mueve. Todos permanecen expectantes. Braulio se acerca a él, le da la vuelta. Se ha clavado varios de los cristales, uno de ellos en el centro del vientre, en la aorta. Su ropa se está empapando de sangre con rapidez. Demetrio le mira aterrado, se aferra a sus ojos. Ninguno dice nada. Braulio lo sostiene en sus brazos sin retirar la mirada hasta que su hermano cierra los ojos.

Todos los hombres salen del callejón con rapidez sin volver la vista atrás. Braulio busca en la bolsa de Demetrio y saca el dinero que le quedaba, se incorpora, mira de nuevo al chino y se acerca a él.

—¿Puedes ocuparte de esto?

El chino extiende la mano y recoge el dinero que se le ofrece. Braulio se da la vuelta, echa una última mirada a su hermano y se pierde por el callejón.

Junio de 1896

El sol ha empezado a caer sobre la tierra en la que Crescencio, Juliano y Teo trabajan cerca de Chiri y de Tina. Tina ha cambiado bastante, ya no es la niña de hace unos meses; está más alta y desarrollada. En sus rasgos despunta la belleza que tenía su hermana Bela. En este momento escucha lo que Chiri le dice, aunque sin perder de vista a Juliano, que tampoco deja de mirarla a ella.

Higinio el del pueblo está con Saturio y Casilda; ayuda a descargar algo que ha traído en la carreta de Rodo.

Las plantas de sorgo ya han empezado a brotar en la tierra, y Fernando valora los brotes para ver si ya no son tóxicos para el ganado. Parece satisfecho. Mira a su alrededor todo el trabajo hecho ya; la finca empieza a funcionar como debe, la tierra está hermosa salpicada de verde y todo apunta a que en unos meses tendrán cosecha. Pero al mirar hacia Atilana, nada de esto le libera del peso oscuro que se ha instalado en sus tripas.

En la huerta, Teo se acerca a Baldo y se asegura de que nadie le oye:

—*Antiayer* estuve con un par de mozos de Barcial y me dijeron que el hombre ese ya se había llegado hasta allí. Dicen que está visitando los pueblos de los alrededores, así que supongo que no tardará en ir al campamento.

Baldo le mira en silencio, después se fija en su madre en la puerta de la cocina con Amparo pelando patatas.

—¿Saben cuándo nos tendríamos que presentar?

Teo niega con la cabeza.

—Se conoce que será pronto, porque dice que todo aquel que quiera tiene que estar preparado para salir de inmediato.

Baldo se queda pensativo unos momentos.

—Si va por arriba, entrégale lo mío también, y a ver si te puedes informar de cuándo nos tendríamos que ir.

Después observa a su madre, que los mira como si los hubiera escuchado.

En la cocina de Atilana han terminado de comer. Están recogiendo la mesa mientras le cuentan a Chiri y Juliano anécdotas ocurridas en un San Isidro de hace unos años.

Saturio sonríe con malicia al recordar:

—Aquel pobre muchacho estará todavía buscando sus calzones...

Tina se empieza a reír y les explica a qué se refiere Saturio.

—El año pasado, cuando los encierros, se abrieron los carros y un par de mozos cayeron en los cuernos de los animales; al verse donde estaban sentados, echaron los brazos hacia arriba y, por suerte, los amigos los sacaron en vilo sin un solo rasguño, pero al subirlos vimos que uno de ellos se había dejado los calzones enganchados en los cuernos del novillo, que daba cabezazos para arrancárselos, parecía que saludara con el trapo al pobre muchacho.

Todos, menos Atilana y Baldo, se ríen con la historia.

—Me acuerdo de que en esas fechas comíamos siempre las rosquillas que hacía Bela, eran tan ricas... —continúa Tina con nostalgia—. Chiri, podríamos intentar hacerlas. Seguro que no nos quedan igual de bien, pero será bonito porque parecerá que Bela está con nosotros.

Chiri no contesta y baja la mirada. Fernando sonríe a Tina con tristeza y observa a Atilana, que no parece atenta a la conversación. Ella solo está pendiente de Baldo, que ha estado callado durante toda la cena evitándola. Atilana siente que la aprensión le revuelve el cuerpo.

—Claro que sí, las vamos a hacer, y unas tortas de leche —responde Chiri.

Después se miran entre ellos en silencio, conscientes de la tensión que hay entre madre e hijo. Finalmente, Saturio se levanta.

—Bueno, hay que continuar.

—Ya termino yo —dice con firmeza Atilana sin dejar de mirar a Baldo.

Los que estaban sentados siguen el ejemplo de Saturio, aliviados, y los otros dejan de recoger las cosas al instante. Chiri da la mano a Tina, que mira a su hermano con preocupación, y tira de ella. Todos salen de la habitación menos Baldo, que se ha quedado de pie delante de la silla. Fernando nota la inquietud del muchacho y se demora en salir. Atilana espera en tensión.

Cuando se oye la puerta que se cierra, Baldo, con el semblante serio, se dirige a Atilana:

—Madre, tengo que hablar con usted. Fernando, no te vayas.

—¿Qué ha pasado? ¿Amparo? —Después de unos segundos, Atilana se dirige a Fernando—: Te dije que no era bueno que anduvieran tantos hombres por la finca.

—No, madre, no es Amparo.

No sabe cómo continuar, teme la reacción de su madre. Baldo mira a Fernando buscando ayuda como si este supiera algo, Fernando espera intrigado.

—¿Quién ha sido y el qué? ¿Qué es lo que te decía ese muchacho? —pregunta Atilana, imaginando respuestas en su cabeza.

—Señora, por favor, déjale que hable. Seguro que no es nada de lo que piensas —tercia Fernando, sereno.

Atilana le mira cada vez más preocupada, pero calla; al ver que su hijo no es capaz de mantener su mirada, espera alerta. Baldo, a través de la ventana de la cocina, ve a su hermana, que, junto a los demás, se dirige a la huerta. Empieza a hablar con dificultad.

—Madre, las cosas ahora empiezan a ir algo mejor; la tierra está dando buen sorgo, ¿verdad, Fernando? —este asiente expectante—, y, cuando se venda, podrá comprar otra vaca. Todos le están ayudando, así que ya no está usted sola.

Atilana sigue todos sus razonamientos sin entender.

Fernando se da cuenta de que el chico tiene problemas para decir lo que quiere y le echa un cable.

—Sí, es cierto que las cosas parece que se ponen un poco a

favor de tu madre.

Baldo, después de un largo silencio en el que valora qué decir y cómo hacerlo, arranca sin parar.

—Ha llegado un hombre al Monte Coto que busca jóvenes para que se alisten.

Atilana se pone en pie como si la hubiera activado un resorte. Fernando se pasa la mano por la cabeza, tiene los ojos cerrados y suspira profundamente, sabe que el problema es grande.

Atilana responde con sequedad:

—No. —E inicia la salida de la cocina.

Baldo la sujeta por el brazo con fuerza, pero con cuidado de no hacerle daño y la mira directamente a los ojos por primera vez en toda la conversación, esto hace que Atilana pare en seco, enfrentándole.

—Madre, no le estoy preguntando. Ya soy un hombre, debo tomar mis propias decisiones.

Atilana, al principio, se queda paralizada, después le sacude con toda su rabia. Baldo aguanta los golpes parándole la mano cuando puede, pero sin soltarla. Fernando se levanta de inmediato y sujeta a Atilana.

—¡Señora, por favor! ¡Atilana, no, para! ¡ATILANA, BASTA YA!

Fernando la separa del chico. Baldo ha estado sin bajar la guardia recibiendo los golpes de su madre sin hacer nada. Atilana se separa de Baldo y de Fernando. Es rabia pura.

—¡NO, NUNCA, ¿ENTIENDES?, NUNCA! ¡Tú no me dejas! Sois unos desagradecidos, unos malnacidos, tu hermana y tú. Mala hora el día en que os parí.

Baldo y Fernando están asombrados con la reacción de Atilana. Ella, ya sin freno, deja salir todo el rencor y la culpa que siente y que se ha tragado durante años.

—Toda mi vida me he partido el lomo por ti, soportando todo «porque es lo que una mujer tiene que hacer»; aguantando las necesidades de tu maldito padre «porque es lo que tenía que hacer»; dejándome los ojos para que a ti no te tocara y dando la espalda a lo de tu hermana, «porque es lo que tenía que hacer». ¡¿Y así me lo agradeces?!

Baldo siente que la culpa le nubla la cabeza.

—Madre, por favor, no siga, no diga esas cosas —ruega con los ojos cerrados.

Fernando está horrorizado con lo que escucha de Atilana.

—¿No dices que ya eres un hombre? Pues bien, puedes escucharlo porque esa es la puta verdad. ¿Habría sido mejor que le hubiera dejado? ¿Quién ha sido? ¡¿Quién?! ¿Tú, Fernando? ¿Eres tú quien le ha metido esa mierda en la cabeza? Maldito seas tú también, malditos seáis los dos.

Vacas no es capaz de reaccionar a los ataques de Atilana, que parece haber perdido el juicio. La observa y escucha sus palabras, que le muerden como dentelladas. Está desbocada.

—¡¡Madre, Fernando no tiene nada que ver, no sabía nada!! ¡¡Teodoro y yo llevamos hablándolo desde hace tiempo!! —Respira hondo e intenta calmarse—. Madre, aquí no hay nada, necesitamos dinero para recuperar las tierras, y soy yo quien debe hacerlo.

Atilana se queda en silencio, recobrando la respiración. Baldo y Fernando la observan expectantes. Después de unos momentos, continúa:

—Mírame bien, Baldo; si quieres que te maten, no hace falta que te vayas, yo me encargo. ¿Lo has entendido? —aclara con voz rasgada.

Atilana sale de la cocina y se dirige a su alcoba por el pasillo. Siente que este es cada vez más largo, ve la entrada de su cuarto, pero parece alejarse de ella, las paredes se mueven hacia dentro y hacia fuera, no consigue detener el temblor de las manos, suda, tiene que apoyarse en la pared para no caer. Por fin consigue llegar. Entra en su cuarto, se tumba en su cama de espaldas a la de Baldo y se muerde la mano con rabia.

Fernando y Baldo, en la cocina, miran hacia la puerta por la que se acaba de marchar Atilana. Están en silencio, intentando recomponerse. Baldo se acerca a la silla y todo su cuerpo cae desmadejado sobre ella. Fernando saca una botella, coge un par de pocillos y sirve. Se sienta a su lado.

—Bebe —dice, ofreciéndole uno de los pocillos.

Baldo pega un trago del pocillo, es fuerte y le desagrada, pero

aun así da otro.

—¿Cuándo tienes pensado marcharte? —pregunta Fernando.

—En cuanto nos lo digan.

Los dos beben en silencio, Fernando no le quita ojo, está intentando ver hasta dónde llegan las intenciones de Baldo. Parece que toma una decisión. Sirve otros dos pocillos.

—Si tienes decidido irte, es mejor que lo hagas cuanto antes.

El muchacho baja la mirada. Está preocupado por su madre, se acaricia los golpes. Fernando se da cuenta.

—Yo intentaré hacerla entrar en razón.

Se hace un silencio entre los dos.

—Fernando, ¿tú crees que hago bien?

—Entiendo tus motivos... —Suspira y niega con la cabeza—. Lo que vas a hacer es peligroso, pero es cierto, ya eres un hombre, aunque nos duela verlo, y si estás decidido, nadie podrá impedirlo.

Baldo oye algo. Se asoma por la puerta y descubre a Tina sentada en el suelo de la entrada llorando. La levanta del suelo, la abraza y la consuela.

—Todo irá bien, Tina, no te preocupes, volveré con vosotras y ese dinero ayudará a que salgamos adelante. Se lo prometí a Bela, le prometí que volvería y lo haré. No llores.

—¿Y si te matan? —pregunta la joven.

—La muerte ya está bien surtida de esta casa, pasará por delante sin echar cuentas en mí.

Baldo mira a Fernando sin decir nada más mientras besa la cabeza de Tina.

Atilana se despierta sobresaltada. Se ha quedado dormida mientras lloraba y siente un dolor en la mano, donde distingue las marcas de sus dientes. Se gira hacia la cama de Baldo, que está intacta, mira el reloj: las siete de la tarde, ha dormido más de dos horas, se levanta y sale de la alcoba apresurada..., recorre todo el pasillo hasta llegar a la cocina..., dentro está Casilda con Chiri y Tina, que se levantan al verla. Atilana se detiene unos instantes para comprobar que Baldo no está ahí y, sin atender a la llamada de su

hija, sale con rapidez de la casa, atraviesa el patio, rodea el pozo y corre entre los brotes de sorgo para llegar hasta la casa de Fernando. Las mujeres han salido al patio detrás de ella. En la puerta del corral se juntan con Saturio y Juliano, que hacían tiempo mientras recogían las herramientas para el día siguiente. Todos observan desde lejos lo que ocurre en lo de Fernando.

En el pequeño porche de su casa, Fernando Vacas está sentado en una silla desvencijada. Parece agotado. Al escuchar los pasos de Atilana levanta la cabeza, la esperaba desde hace rato. Atilana hace ademán de entrar.

—¿Dónde está?

—No está aquí, Atilana. Anda, siéntate, que tenemos que hablar.

—¡Maldito seas si le has dejado marcharse!

—Escúchame un momento, y luego haces lo que tú consideres.

Atilana le mira con ojos endemoniados, piensa un momento, pero no se sienta. Fernando suspira resignado, está decidido a decirle todo lo que en estos tiempos ha callado; se incorpora en la silla, descansa sus manos en los muslos y se echa hacia delante para coger impulso.

—Señora, aunque creas lo contrario, no sabes nada de tu propio hijo.

Atilana se indigna con lo que está diciendo Fernando.

—Estás hablando mierda y no tengo tiempo para perder contigo.

Se da la vuelta para marcharse, pero Fernando la frena con dureza en la voz, aunque sin gritarle. No va a dejar que se escape.

—¡Para y escucha por una vez en tu vida! —Atilana le mira atónita, nunca le había hablado así; sin embargo, ese tono le obliga a pararse y escuchar. Fernando respira antes de seguir—: Llevo ya unos años aquí, Atilana y de sobra sabes el motivo por el que nunca me marché. —Ella no dice nada—. Hace tiempo que supe que jamás encontraría más que desdén por tu parte. Aun así, me quedé porque mi sitio era el tuyo y poco me importaba que para ti no fuera de la misma manera. Tus hijos han sido como si fueran míos.

—Pero no lo son —aclara Atilana con intención.

Fernando lo recibe como un puñetazo en el pecho. Se la queda mirando, la está viendo como no lo había hecho nunca. Se queda en silencio unos segundos. Nota el dolor que le agarra con fuerza.

—Lo que hiciste con Bela... —Niega con la cabeza—. No creo que puedas perdonarte nunca. —Atilana aprieta los dientes. Va a responderle, pero Fernando la corta con firmeza—: Pero a él déjale en paz. Él no es culpable de nada, Atilana. —En ese momento siente cómo las cosas concuerdan en su pensamiento. La contempla pasmado ante su propia revelación. Coge aire y se llena de voluntad para decir lo siguiente—: Tienes que dejar de castigarle por tus pecados, porque te estás sirviendo de él para justificar lo que hiciste con Bela, y lo estás matando.

Atilana está espantada con lo que Fernando le está diciendo. Se acerca unos pasos, clava sus ojos en él; tiene la boca llena de saliva cuando escupe las siguientes palabras:

—Todo lo que he hecho lo hice por él; ¡me debe la vida! ¡¿Entiendes?! ¡La vida! Soy su madre y me debe respeto y obediencia... No puede pensar si yo no quiero que piense; si yo no quiero que respire, no respira; y morirá cuándo y cómo yo diga que muera. —Atilana se da la vuelta y comienza a marcharse de allí—. Vete a buscarle, lo quiero de regreso de donde esté esta misma noche —le grita. Se gira y le enfrenta—. Y, Fernando, si no lo encuentras, no te molestes en volver por aquí.

Fernando le contesta con tristeza.

—Más tarde o más temprano, todos rendimos cuentas de nuestros actos, Atilana. No lo olvides.

Atilana le mira altiva y regresa a la casa. Ninguno dice nada cuando pasa por delante de ellos y entra cerrando de un portazo.

Fernando se levanta, ve a Atilana desaparecer dentro de la casa, cruza su mirada resignada con el grupo que está en la puerta y se mete dentro de su chamizo.

* * *

A la mañana siguiente, Fernando, cargado con su petate, sale de su

casa y cierra la puerta tras de sí. Al pasar por delante de la huerta, ve a los dos hombres que ya están trabajando en ella. No se ve a Atilana por ningún lado. Se despide de ellos con un gesto y sale de la finca.

Cuando llega a Monte Coto, Baldo y Teo están sentados en un madero con un libro en las manos. Baldo le está enseñando a leer. Al ver entrar a Fernando en el campamento, se pone en pie.

Fernando saluda a Ladis y al Tuerto, descarga su petate y mira hacia los chicos. Se acerca a ellos. Ladis y Tuerto dejan lo que estaban haciendo y observan la escena: Baldo se acerca a Fernando y después de saludarle escucha lo que viene a decirle. El joven agacha la cabeza y hunde las manos en los bolsillos del pantalón, mientras remueve la tierra con la punta de la bota, pensativo. Vacas pide a Teo que se acerque, les muestra un papel en el que ha anotado la dirección en la que él se encontrará y les da unas indicaciones, los chicos asienten, y Baldo se lo guarda en un bolsillo. Fernando y Baldo se abrazan con cariño durante un tiempo largo, la escena tiene algo de despedida, después regresa a la altura de los dos hombres, no es necesario darles ninguna explicación, lo saben todo.

—Necesito un tiempo para pensar. ¿Puedo quedarme unos días por aquí?

—Puedes quedarte todo lo que quieras. Aquí ya sabes lo que hay, pero estás entre conocidos —dice Ladis.

—Lo sé, y te lo agradezco. Llevo años por estas tierras, quizás sea tiempo de alejarme.

—Malditas mujeres —comenta Ladis mientras se aleja de ellos encogido.

Tuerto y él le ven marcharse en silencio. Después de unos segundos, el Tuerto guarda la libreta en la que escribía cuando llegó Fernando.

—Pareces cansado. Quédate en el chamizo de la Chiri. Te ayudo a acomodarte.

Fernando se carga el petate. Mientras van hacia lo de la Chiri, mira hacia donde está Baldo con Teodoro.

—Tuerto, no pierdas de vista a las mujeres, échales una mano

en lo que puedas. Y sería bueno que convencieras a Ladis de que su sitio está abajo. Ahora más que nunca os puede venir bien que esté allí.

Tuerto asiente, de acuerdo con él.

Julio de 1896

Agustín sale de la bodega limpiándose la boca con la manga del hábito. Entre dudas se dirige en dirección a la iglesia; se para, da la vuelta y se encamina a la casa de la Garibalda; se detiene de nuevo, niega con la cabeza, se da la vuelta y vuelve hacia la iglesia; otra vez cambia de opinión, rezonga, duda si meterse en la bodega y finalmente pone rumbo, por fin, hacia la casa de la Garibalda hablando solo.

Garibalda está en su alcoba sentada en un sillón que chirría bajo el peso de la mujer. Su aspecto ha empeorado desde que Braulio se marchó: respira con más dificultad, cada movimiento le resulta un trabajo doloroso y, sin embargo, conserva la fuerza de la mala leche. Tiene un tazón en la mesilla del que sale un humo, se supone que con hierbas medicinales, que aumenta la sensación de un calor que no deja respirar. A pesar de vestir una bata ligera, tiene la cara brillante de sudor. De vez en cuando, utiliza un abanico para refrescarse, aunque la ventana está cerrada y con los visillos corridos.

El orate Agustín está con ella. Suda como un cerdo. No coordina bien los movimientos y hace continuos esfuerzos por enfocar a la Garibalda. Tiene la Biblia abierta sujeta con una mano mientras que con la otra intenta igualar la estola, que le cuelga mucho más de un lado que del otro. Cada vez que habla casi podemos ver su halitosis. Al pobre Agustín cuando está delante de la «doña», como él tiende a llamarla en el momento en que no recuerda su dichoso nombre, le pueden el miedo y los nervios.

Y en este instante la Garibalda tiene los ojos clavados en él...

Agustín se intenta recomponer y recobrar su papel de confesor,

pero las malditas letras se empeñan en patinarle entre los dientes.

—Dígame..., doña Garibalda, ¿en qué puede ayudarle hoy *ezte*, este, pobre siervo de Dios? —dice como puede.

—¿Qué se dice de mí en el pueblo?

El orate reconoce la trampa de la pregunta e intenta ganar tiempo y evitar la respuesta. Traga saliva y empuja con un movimiento de cabeza las palabras.

—¿Por qué pregunta eso..., doña?

Garibalda condena todos los vicios, pero el pecado de la fornicación y el del alcohol son para ella las dos pezuñas sobre las que se sostiene el mismísimo Tentador; esa criatura que aparece en sus pesadillas más viejas con el vientre hinchado, brazos fuertes y largos que la sujetan con la fuerza de mil hombres, que tiene una boca ancha que apesta a vino y lujuria, y un ojo que la encuentra donde se esconda, pero que para acercarse a ella llega «travestido como ángel de luz» —el muy fullero—.

Mira a Agustín con enormes deseos de agarrarle del gañote y sacarlo de su casa, pero coge aire y se concentra en conseguir lo que necesita de ese desgraciado.

—Agustín, estoy enferma y no tengo ganas de soportar idioteces. Si no me ayudas, hablo con el obispo, que, como bien sabes, era amigo de mi pobre Indalecio, y le comento sobre tus obras con los niños de la parroquia de Toro.

Agustín se pone a temblar como una hoja ante esa posibilidad, y niega con la cabeza de forma descontrolada. Hace un auténtico esfuerzo para que no se le escape ni una sola letra más.

—No, no, no, no es necesario, doña..., aquí me tiene a mí para confesar..., faltaría más... —Pone en marcha su cabeza y ahí mismo hace voto de abstinencia para los restos—. Y me pregunta usted que qué es lo que se está diciendo de usted y esta bendita casa, ¿no es así?

Garibalda deja salir una especie de gruñido que el párroco interpreta a la perfección con un respingo. Agustín se da cuenta de que no le queda más remedio que contestar; suelta la estola a la que estaba aferrado y se santigua encomendándose a todos los santos.

—Que... que... sus hijos se han marchado... y que ya no le queda nada..., pero son solo las habladurías que me dicen que se hablan en la bodega de las que no hay que hacer caso, ¡válgame Dios!

Garibalda da un puñetazo en la mesa y Agustín un brinco.

—¿Ha visto alguien a mi hijo?

—¿Al pequeño? —El orate pregunta solícito.

La mirada que Garibalda le echa al cura es de lo más explícita. Agustín dentro de los vapores etílicos parece que lo entiende y rectifica de inmediato dándose golpecitos con los dedos en la frente.

—A Braulio, Braulio... Pues, no, no, nadie me ha dicho nada de él.

—¿Y de la Línea de Francia? ¿Alguien ha traído alguna noticia?

De nuevo el cura niega con la cabeza sin saber muy bien qué quiere decir todo esto.

—¡TRÁNSITO! —Garibalda da un bastonazo en el suelo llamando a su hija.

Tránsito, que estaba en el pasillo sin perder comba de la charla, entra en la alcoba de inmediato. La madre la mira con intención.

—Acércate a la bodega. Don Agustín parece que tiene sed y no tenemos nada que ofrecerle.

Tránsito sale sin mediar palabra.

Agustín agradece el gesto con golpes de pecho, Garibalda está clavada en el hombre... Por fin se decide a continuar, entrecierra los ojos con falsa piedad:

—Padre, tengo que liberar este peso que me ahoga el alma.

El cura se pone firme sujetándose con fuerza a la estola, se toma unos momentos para recobrar el equilibrio que ha perdido al cuadrarse y se acerca a la mujer para imponer la mano libre sobre su cabeza.

—¡Ave María Purísima! —clama con devoción. La Garibalda resopla mosqueada y arranca sin contemplaciones.

—Me dicen que, en su casa, la Atilana deja que vivan hombres con hombres, y mujeres con mujeres en pecado gravísimo. ¡Y suélteme ya de una vez, demonios! —le ordena mientras retira la

cabeza con un gesto brusco. Agustín da un brinco hacia atrás y recobra su posición inicial. Garibalda suspira resignada y mastica las palabras al decir lo siguiente—: Cuentan que invitó a su marido a encamarse con su propia hija, que él mismo la dejó preñada y que luego Atilana se deshizo de las pruebas, usted ya me entiende. —La cara del orate da muestras de todo lo contrario. Garibalda piensa unos instantes y prueba con otro argumento—: Dicen que baila, ¡desnuda!, para que la tierra sea fértil. —Agustín ha acercado la oreja al escuchar esto último, asiente al tiempo que sigue sin comprender nada. Garibalda va a continuar con fingida aflicción, pero se da cuenta de que el idiota no se entera de adónde quiere llegar y con cierta irritación le traduce—: ¡Que aquello es Sodoma y Gomorra, leches!

Agustín, ahora sí, entiende y se agarra con fuerza al crucifijo de madera que le cuelga entre los pliegues del hábito. Garibalda prosigue sin perder de vista las reacciones del cura, que se hinca de rodillas, y abraza la Biblia. Intenta mirar hacia el cielo en un gesto piadoso, pero la alcoba le da vueltas y...

—Señor Padre celestial, baja ¡Tú! tus ojos hasta mí y perdóname si he permitido en mi parroquia actos impíos en contra de tus sagradas enseñanzas —suplica con los ojos cerrados.

Garibalda se sorprende con esta última reacción del párroco y sonríe levemente; los papeles se han cambiado, y ahora es Garibalda la que parece que estuviera confesando al cura.

—Perdónalo, Padre, pues en su alma hay arrepentimiento sincero, y olvida sus pecados, pues es un hombre nuevo.

Agustín, en total recogimiento mental y corporal, llora al Altísimo.

—¡Amén! —remata Garibalda.

—¡¡¡AMÉÉÉÉNNN!!! —clama el cura al cielo.

Garibalda decide terminar con todo esto de una vez:

—¡Levántese ya, hombre! —El orate se incorpora de inmediato —. Quiero que vaya usted a lo de la Atilana y compruebe lo que digo. Y que nuestros paisanos se enteren de una vez de todas esas... ¡perversiones! Atilana debe ser desterrada de este pueblo para que las cosas vuelvan a ser como Dios manda.

Espera a ver si Agustín dice o hace algo que demuestre alguna luz, pero no lo parece, así que se lo aclara.

—Limpio y puro a los ojos de nuestro Señor.

Agustín nota la admiración que le embarga hacia esa mujer enferma y piadosa que cuida del bienestar del rebaño, y asiente en silencio. Garibalda espera alguna respuesta, y al no encontrarla:

—¡Pues, hala, marche, marche usted, que ya Tránsito le acerca el vino y un donativo a la parroquia!

Agustín sale de la habitación sin darle la espalda y haciendo una especie de genuflexión. Al llegar al pasillo, se recoge los hábitos e inicia la carrera.

Tránsito llega hasta la plaza. En la bodega alguna mujer entra a comprar y a través de la puerta abierta podemos ver que hay gente dentro; se escuchan alguna risa y comentarios, todo con buen ánimo, muy distinto al que había en el almacén de Saturio, que ahora tiene su puerta cerrada. Tránsito ve en su interior a Herminia a través de los visillos. Está sentada en una mecedora desvencijada mirando hacia la plaza. La joven cambia de idea y se dirige hacia allí. La puerta no está trancada, empuja y entra. Herminia parece que se hubiera instalado definitivamente en ese espacio; hay una pequeña cocinita con algún cacharro sucio, un catre deshecho y al lado una mesita con una palangana. Tránsito mira todo asombrada. Herminia está sentada con los codos apoyados en la mesa observando la plaza. A su alrededor hay una almohada y una manta que utiliza alguna noche que se ha quedado a dormir en esa silla. El aspecto de Herminia poco tiene que ver con el que tenía antes: el pelo descuidado le cae a mechones por los hombros, la bata sucia y arrugada que le cubre la camisola se le descuelga bailona, está descalza, y Tránsito alcanza a ver la roña en la planta de sus pies. El aire está cargado y huele a mezcla de guiso viejo, sudor y otros olores corporales.

Tránsito se acerca. Herminia continúa en la misma postura.

—Buenas tardes, Herminia.

Herminia sigue mirando por la ventana en silencio.

—Me manda mi madre para ver cómo te encuentras.

La mujer se ríe y contesta con ironía:

—Pues vete a decirle que muy bien, ¿no me ves? —Tránsito no se mueve. Ambas miran ahora hacia el trajín de la bodega, que es lo que Herminia vigilaba. La mujer, sin volverse todavía hacia Tránsito, comenta con cierta satisfacción refiriéndose a Garibalda —: No le quedará mucho, ¿no? Algunos dicen que ya está con un pie en el agujero... También cuentan que mandó al mayor a que matara al pequeño...

Ahora sí mira a Tránsito con intención, que se queda en silencio un momento antes de preguntar:

—¿Y cuentan si lo hizo?

Herminia se percata de que la chica no sabe nada. Vuelve a la vigilancia de la bodega.

—Lárgate y dile que aquí estoy, a la espera de verla pasar metida en el cajón por delante de esta ventana, si es que puedes pagar a alguien para que lo carguen, claro...

Tránsito da unos pasos hacia atrás para separarse de la inquina que despiden las palabras de Herminia. Por unos momentos se queda parada, con la mirada en la espalda de la mujer, y de golpe la imagen de sí misma sentada detrás de otros visillos se le aparece en la cabeza.

—Adiós, Herminia, cuídate.

Sale de la casa con rapidez perseguida por esa mala revelación.

Tránsito entra en casa, se dirige por el pasillo hasta la alcoba donde está su madre. Cuando pasa la ve en la silla, caída sobre la mesa en una posición extraña. En un principio, piensa que puede estar muerta, se acerca con cuidado y la toca suavemente en el brazo; Garibalda no se mueve, la sacude más fuerte y Garibalda se despierta quejándose; Tránsito se retira por detrás de ella con precaución.

—¡AY, AY...! ¡Braulio, Braulio!

—Soy yo, madre.

—¿Dónde estabas? Tengo que ir al retrete, ¡ayúdame, vamos!

Tránsito se acerca y con mucho trabajo levanta a su madre del sillón. El esfuerzo de las dos es enorme; la hija le alcanza la cachaba y, aun así, Garibalda tiene muchas dificultades para moverse.

El retrete que está en el corral es una estrecha caseta con paredes de adobe que tiene una puerta por delante y una trampilla por la parte de atrás para sacar a paladas los excrementos. En el interior, un murete va de pared a pared. En el medio del muro hay un agujero cubierto por una tapa de metal por el que se realiza la evacuación.

Garibalda tiene que ponerse de perfil para poder entrar en el habitáculo; una vez dentro se gira y, guiada por su hija, da varios pasos hacia atrás hasta llegar al agujero. Tránsito le baja las bragas a su madre y la ayuda a sentarse. Garibalda queda prácticamente encajonada. La hija le sujeta del brazo con sus dos manos mientras Garibalda se apoya con el otro en la cachaba. Evacúa. Tránsito procura no mirar.

—¿Qué te han dicho? ¿Se sabe algo de Braulio?

Tránsito tiene el hablar cargado por el esfuerzo que está haciendo:

—No, madre, en la bodega nadie me ha sabido decir nada.

En cuanto ella afloja un poco la tensión sobre su madre, esta respira como una ballena varada en la arena a la que se le aplastan los pulmones por el propio peso.

—... ¡SUJÉTAME... MÁS... FUERTE! —Tránsito vuelve a tirar de ella y Garibalda se recobra un poco.

—¿Te han preguntado por mí?

—Claro que sí, madre, todos. Quieren verte pronto y te mandan recuerdos.

Garibalda continúa entre nuevos retortijones:

—¿Qué dicen de Atilana?

Tránsito responde harta ya de la situación:

—Madre, nadie habla de Atilana. No creo que sea importante para nadie.

Pero Garibalda sigue con lo suyo:

—Quiero que te pases por su casa, necesito saber qué hacen y

quién está con ella.

A Tránsito le tiemblan los brazos por el esfuerzo que está haciendo y entre el olor y el asco que le produce la situación, le responde sin pensar en las consecuencias.

—Pero ¿qué necesidad tenemos? Ella hará su vida y nosotras deberíamos hacer lo mismo. Las cosas han cambiado, Braulio y Demetrio se han ido, ahora estamos usted y yo solas, y ya no pintamos nada.

En ese momento, es consciente de que se ha descubierto con lo que acaba de decir, se calla, y espera en silencio sin atreverse a mirar a su madre a la cara, parece que se achicara ante ella.

El rostro de Garibalda se transforma. Sin saber muy bien de dónde saca la fuerza, agarra fuerte el brazo de Tránsito y de un tirón hace que la hija caiga de rodillas a sus pies. Cuando está en el suelo, Garibalda, sentada en el retrete, empieza a golpearla brutalmente con el bastón en la cara y cuerpo. Tránsito intenta zafarse, defenderse como puede de los golpes de su madre, pero la tiene sujeta con toda su fuerza. Sin embargo, Garibalda no aguanta el enorme esfuerzo; los golpes cesan y suelta a su hija e intenta incorporar su cuerpo. Tránsito, arrastrando el culo, llega hasta la pared más alejada de la madre y la mira con espanto. Garibalda intenta recuperar la respiración perdida.

—Levántame, levántame...

La joven tarda unos momentos, observa a su madre pensativa y luego se incorpora para ayudarla. Coge el bastón del suelo.

* * *

La estación de Valladolid está llena. En el andén hay soldados montados en un tren, familias despidiéndose, llantos y militares de reserva. El propio arzobispo de la diócesis de Valladolid, junto con algunos estudiantes universitarios procedentes de familias adineradas, recaba lo que hipócritamente se llama «socorros para ayudar a los soldados». Se da el contrasentido de que estos mismos estudiantes son los que se han librado de ir al frente gracias a los mozos para los que ahora piden las ayudas. Había dos maneras

perfectamente legales de lograrlo: «la redención» a través del pago en metálico y «la sustitución» del quinto por otro joven que realizase el servicio en su lugar, y al que abonarían una cantidad estipulada por cumplir esta prestación. En ambos casos, las familias de los mozos pagaban para que sus hijos no fueran alistados. Aquellas que no poseían el capital suficiente para acogerse a estas dos soluciones tenían la posibilidad de contratar el «seguro de quintas», que les permitiría conseguir el dinero necesario para el pago de una de las dos opciones anteriores aunque se convirtieran en pasto de los usureros al tener que abonar de por vida un préstamo con intereses cada vez mayores para lograr salvar a sus hijos. Así pues, la estación está llena de mozos que, obligados por edad para el servicio, aceptan su destino con forzosa resignación y por esos pobres sin el menor conocimiento de la guerra que vieron en la sustitución una salida al hambre. Las madres que despiden a sus hijos miran con recelo a los estudiantes y comentan entre ellas lo injusto de esa situación.

Por la otra vía un tren acaba de hacer su entrada. En el distintivo se lee «Zamora». Se abre la puerta de uno de los vagones y empiezan a descender, entre algún paisano, un grupo de soldados que, con el petate al hombro, se reúne en el andén. Baldo y Teo bajan con el grupo. Se les ve desorientados por todo el jaleo que hay. Están a la espera de órdenes. Un mando se acerca hasta ellos. Viene junto con un hombre trajeado y con cartera que es el notario que levantará acta, un quinto que lleva lo que parece una mesa y una silla de tijera, y un cura.

El mando, un hombre de unos cincuenta años, se dirige hacia todo el grupo:

—¡Formen una fila! ¿Sois los de Zamora?

Le responde un voluntario, un joven moreno y fuerte que parece ser el portavoz de todo el grupo.

—Sí, mi teniente.

El teniente, a partir de ese momento, se va a dirigir siempre a él.

—¿Tú de dónde eres natural?

—De Avezames, mi teniente.

—Muy bien, Avezames, quiero que cuentes si estáis todos. —Lo mira un momento—. ¿Sabes contar?

—No, mi teniente, pero tengo buena memoria. —Se gira mirando a los suyos—. Estamos todos los que salimos de Zamora.

El mando asiente satisfecho.

—Los «sustitutos», un paso adelante.

Baldo, Teodoro y otro chico que parece algo más mayor dan un paso al frente. Los demás permanecen inmóviles.

—Quiero que escuchéis lo que aquí el señor os va a comunicar, los demás quintos, conmigo. —El mando, antes de alejarse, mira a todo el grupo—: ¿Alguno de vosotros sabe escribir?

Hay algún movimiento de cabezas que se agachan. Baldo, aunque sí sabe, no dice nada; las tripas le aconsejan que es mejor no descollarse por el momento. Teo le mira intrigado. El teniente mueve la cabeza con determinación.

—No hay nada de qué avergonzarse. En la guerra no hacen falta libros, solo valor, y eso a vosotros os sobra. Avezames, ¿sabes leer?

Avezames responde con orgullo:

—¡No, mi teniente!

—¿Algún voluntario que sepa leer y escribir?

Otro de los jóvenes levanta la mano con timidez.

—Yo, mi teniente.

El mando se vuelve hacia el que acaba de hablar:

—¿De dónde?

—De Toro, mi teniente.

—Toro os ayudará a todos los que lo necesitéis —explica, dirigiéndose hacia el grupo de los sustitutos.

El teniente cede la palabra al notario y hace un gesto al raso para que instale la mesa y la silla, después con la mano indica al resto del grupo que le acompañen.

Baldo, Teo y el otro chico de Zamora se acercan al notario, que ya está instalado en la silla frente a la mesa con el párroco a su lado. El cura los mira con suspicacia. Toro se acerca al notario, que le indica que se coloque por detrás de él.

—Necesito que me deis vuestro certificado de permiso para

entrar como sustituto, el certificado de buena conducta, el de soltería y vuestra partida de bautismo. Si os falta alguno de estos documentos, os lo damos nosotros.

Los tres sacan los papeles que guardan en sus petates. Baldo y Teodoro solo tienen las partidas de bautismo. Se las entregan al notario. El otro chico sí tiene todo lo que piden. El notario les hace adelantarse y abriendo su cartera les va entregando toda la documentación que les falta. Se dirige a Toro:

—Rellena todos los datos por ellos, y les escribes el nombre al final del documento. —Ahora dirigiéndose a los tres—: Al lado de lo escrito por Toro ponéis una cruz. Le tendréis que decir, para que lo deje escrito, el punto donde queréis que vuestras familias cobren lo estipulado, que será ahora de trescientos reales por vuestro alistamiento como sustituto y a vuestro regreso lo que se os adeuda. En caso de que os ocurra algo, Dios no lo quiera, cada familia recibirá «sus alcances». Toro, recoges los certificados una vez firmados y esperas a que yo vuelva.

Los pensamientos de Baldo regresan por unos momentos a la finca, a su madre; la dureza de sus palabras en la última discusión le encoge de nuevo el alma. Piensa en Tina y se pregunta si la madre estará pagando con ella el que él se haya ido... en Bela... Y por unos instantes tiene la impresión de que ella está a su lado, acariciándole con ese olor suyo al trigo, a lluvia y tierra mojada. Cierra los ojos y le da las gracias por estar ahí. Ahora es capaz de entender que Bela no se marchó por su culpa; ahora entiende que fue por la misma necesidad que la suya de huir de los malditos recuerdos que te asaltan, te ahogan y paralizan cuando crees que puedes llegar a ser feliz, para que no los olvides, para que comprendas que eres y serás siempre esos recuerdos. La voz del notario le saca de sus pesadumbres.

—Padre, revise usted las partidas de bautismo —le pide al cura, que ha permanecido callado observando a los muchachos.

Una vez dicho esto, el hombre se aleja hacia el otro grupo para hablar con el mando. El sacerdote, un hombre de unos sesenta años, lee la partida de bautismo de Baldo. Cuando llega a la fecha se le queda mirando fijamente, valora la edad que puede tener.

—Esta partida de bautismo está mal. Tú tienes diecinueve años, ¿no es así?

Baldo mira al hombre en silencio por unos instantes y al final asiente. Al cura se le cuelga una sonrisa cargada de ironía.

—Gracias a Dios, nos hemos dado cuenta del error. Corrige el año de tu nacimiento.

Le pasa la partida de bautismo y Baldo, sin retirar la mirada, recoge la partida, lee la fecha, le coge el lápiz y lo corrige. Después se lo vuelve a pasar al cura. A este no le pasa desapercibido que el joven sí sabe leer, contar y escribir. El cura le mira con malicia. Coge ahora la de Teo y ve que él sí tiene los diecinueve.

—Por los pelos —comenta con sorna.

Luego revisa la del otro chaval que, en su caso, está bien.

El grupo de universitarios, con el obispo, pasa por su lado pidiendo «una ayuda para este grupo de soldados valerosos» mientras el prelado les reparte su bendición. Se les nota niños bien: buena ropa y calzado, suficientemente nutridos. Varios de los del grupo de Baldo se santiguan agradeciendo la bendición.

—Mira, alguno de estos se ha librado de la guerra gracias a que su padre nos está pagando —le dice Teo a Baldo en voz baja.

—Bueno, nadie nos ha obligado a aceptar, ¿no? —responde Baldo sin intención.

Teo les sigue mirando.

—¿Tú estás seguro de eso?

Baldo lo piensa mientras los contempla un momento. Luego se gira y sigue con los papeles mientras se pregunta si habrá alguna vuelta escrita para ellos.

El teniente regresa a por ellos.

—Vosotros, conmigo; Toro, tú también. El tren a Santander va a entrar de un momento a otro.

Baldo, Teodoro, Toro y el otro chico recogen sus petates. El teniente les grita:

—¡*Darse* prisa, leche!

Todos salen a la carrera mientras otro tren entra en la estación.

* * *

En la cocina, Atilana se está tomando un pocillo mañanero de café. No tiene buena cara, se ha pasado toda la noche sin pegar ojo. Mira por la ventana a la tierra que pertenece a la Garibalda y ve a la Taya que ha vuelto y que está en cuclillas en ese terruño, aparentemente ajena a todo lo que ocurre. Toma una decisión, deja el pocillo y sale de la cocina.

Rodo está en el pozo bebiendo un poco de agua. En la tierra sembrada vemos que hay trajín. Las plantas de sorgo están altas, con los tallos fuertes y llenos de hojas verdes. Tuerto, Patricio y Juliano están repartiendo el abono arrojado por los animales; Crescencio e Higinio transportan el agua que sacan del pozo a la tierra con la que Chiri, Saturio, Amparo y Tina riegan las plantas. Trabajan con esmero para que el suelo tenga los nutrientes y el agua necesaria, ya que es en este momento del crecimiento cuando se determinará el tamaño de las panochas que crecerán más tarde. El trabajo transcurre de forma tranquila y ordenada bajo la guía del Tuerto. Juliano y Tina se buscan con frecuencia; Tina, consciente de que Juliano no le quita ojo, se siente mayor y deseada.

También Amparo ha cambiado: el vestido le queda más corto y estrecho, está más seria si cabe y un gesto de soberbia nuevo se escapa entre las miradas a los otros cuando sabe que nadie la observa.

Ocupados cada uno en lo suyo, ninguno repara en que el orate Agustín, escondido tras un arbusto, los vigila desde lejos, tan solo la Taya mantiene clavados sus ojos ciegos en la figura del cura. Él, al darse cuenta de que la Taya «se ha fijado en él», da un respingo, se santigua y escapa al trote con los hábitos remangados.

Atilana sale del corral cargada con las herramientas necesarias para empezar a preparar la tierra que al principio había pasado a ser de Garibalda. Se dirige hacia allí. Cuando Rodo desde el pozo entiende lo que está dispuesta a hacer corre a decírselo a los otros. Después, Tuerto, Crescencio y él, seguidos de la Chiri y de Tina, se dirigen hacia Atilana.

—Señora, ¿qué está haciendo? —le pregunta el Tuerto.

—Organizar mi tierra para el trabajo. Y hay mucho que hacer, quiero sembrar en septiembre.

Se cruzan una mirada de entendimiento. Tuerto se gira hacia los otros que están un poco más alejados.

—Avisad a los demás. Hay que empezar con esto —les dice.

Rodo sonríe abiertamente y se va a llamarlos. Todos se agrupan para repartir las tareas. Tina se da cuenta de que alguien se acerca por el camino. Se trata de Tránsito. Anda renqueante.

—Madre...

Tina le indica. Atilana mira a Tránsito, las marcas en la cara de una paliza reciente son visibles incluso desde esa distancia. Al ver que la observan, Tránsito se detiene y espera.

—Que vaya si quiere con el cuento, aunque tal y como tiene la cara no creo que sea una buena idea. Seguid a lo vuestro —ordena Atilana.

Y regresa al corral a por más herramientas.

Unas horas después todos han parado de trabajar y están sentados en el patio debajo de un toldillo que han instalado para protegerse del calor. Comen en silencio mientras observan a Tránsito que sigue en el mismo sitio en el que estaba, pero sentada en el suelo con las rodillas abrazadas y la cabeza reclinada sobre ellas, parece que se hubiera quedado dormida. Atilana es la única que no ha dejado de trabajar, arrancando malas hierbas, aunque sin perder de vista a Tránsito. De golpe deja lo que está haciendo y se dirige con rapidez hacia ella.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿Te ha pedido tu madre que hagas esto? —le grita mientras se acerca.

Tránsito, con el bocinazo, se ha puesto en pie. Sigue en silencio, pero no baja la mirada. Los demás no pierden comba de lo que está pasando.

—¡CONTESTA!

Llega hasta ella, están cara a cara. Tránsito, ahora sí, le quita la mirada a Atilana. Y, desde la humillación más absoluta, le dice:

—Tienes que ayudarme, tía.

Atilana se queda atónita. Después de unos momentos en los que no sabe cómo reaccionar, sujeta sin violencia a Tránsito por un brazo y comienzan a alejarse de la casa.

* * *

En el puerto de Santander un regimiento embarca en un vapor de la Compañía Trasatlántica de las Indias. Mil trescientos hombres forman el pasaje de tercera, que al no tener literas para todos y al comprobar que las bodegas que han habilitado para camarotes son impracticables por el calor y por el fuerte tufo que desprenden, tienen que buscar un lugar en cubierta donde poder acomodarse. El griterío y la agitación de los soldados suben de intensidad cuando la sirena del barco comienza a atronar como si se tratara de las trompetas del Apocalipsis. Baldo, Teodoro y el otro sustituto al que llaman el Corta saltan entre los petates y los hombres buscando con avidez un trozo de suelo donde poder sentarse. Salen rápidos hacia un rincón suficientemente alejado de la bajada a las bodegas, pero un par de hombres mal encarados se les adelantan; uno de ellos le levanta el puño a Baldo amenazando con pegarle, de forma instintiva el muchacho se cubre la cabeza con las manos, lo que provoca las risas de los dos mozos. Teodoro va a responderles, pero Baldo le detiene asustado y le aleja de ellos. Al otro lado de la cubierta, encuentran un pequeño hueco, se acercan y sueltan el petate. Miran todo ese revuelo a su alrededor; el Corta se sienta abrazándose a su bolsa mientras Baldo y Teodoro permanecen en pie, apoyados uno en el otro. A su lado, un chaval comenta, sin dejar de observar todo aquello, que le han dicho que la comida será un infierno y que el agua seguro que estará racionada.

* * *

Vacas y Ladislao están sentados a la puerta del antiguo chamizo de la Chiri. Beben un cacillo y fuman en silencio. Están solos en el campamento. A su alrededor, restos de lo que era antes; el horno,

aunque se mantiene en pie, está apagado, queda alguna prenda reseca colgada en un tendedero, hay sillas y diversos objetos desvencijados apilados contra las paredes de las cabañas vacías que los hombres no pudieron llevarse cuando dejaron el campamento. El bidón en el que se calentaban está abandonado en la esquina de una de las callejas.

La ausencia de la Chiri fue el detonante para que los pocos hombres que quedaban allí se marcharan, y aunque Ladis trató de convencerlos de que todavía podían aguantar y que el tiempo le daría la razón, la lógica terminó por empujarles fuera. Juliano y el Tuerto intentaron que él entendiera que la pelea por los contratos se podía resolver de igual forma desde la casa de Atilana; sin embargo, aunque comprendía su razonamiento, ese «no» disparatado estaba instalado en Ladis y a él se aferraba como única respuesta. Tuerto, convencido de que no era más que un tema de orgullo, volvía cada poco tiempo al campamento para contarle las nuevas de la finca; omitía toda información sobre la mujer, a la espera de que la ignorancia le hiciera bajar hasta lo de Atilana, pero en cada ocasión Tuerto salía de nuevo del campamento con la negación de Ladis y el propósito de dejar que su amigo se diera de bruces con la realidad.

Vacas observaba todo esto desde la empatía hacia el hombre; Ladis no actuaba así por orgullo, lo hacía porque era un preso de ese lugar, había proyectado su propia vida allí, el futuro con la Chiri, una casa como Dios manda, hijos corriendo por entre las encinas y los enebros y él, único encargado de la finca de don Alberto, sería el que contratara por temporadas con jornales justos. Era su futuro, y no se podía concebir a sí mismo de otra manera, porque él era ese lugar, ese sueño, pero también era el temor a que, lejos de allí, no fuera nada; su razón de ser era ese campamento, incluso su corporeidad era ese espacio, como esos personajes de los cuentos que solo pueden existir dentro de esa historia y que, cuando cierras sus páginas, ya no son nada más que recuerdo.

Vacas lo entendía bien porque eso era Atilana para él. El tiempo pasado en Monte Coto había sido la prueba para ver si podía

respirar fuera de ella.

Él ya había tomado una decisión, pero veía que Ladislao se ahogaba en aquel lugar mientras esperaba que la Chiri regresara a ese futuro imaginado.

Fernando se levanta y se estira mirando a su alrededor.

—Bueno, ha llegado el momento de que me vaya —dice sin demasiado énfasis. Ladis se queda mirando la espalda del hombre en silencio. Vacas continúa—: Por Cañizo y Belber empiezan con las almendras y los higos, y quiero estar allí antes para acoplarme con tiempo. Necesito recuperar un poco mi renta. —Fernando se da la vuelta y le enfrenta—: Pero hay algo que tienes que hacer por mí.

Ladislao da una calada profunda al cigarro y le mira con atención. Nunca habían vuelto a hablar de aquella noche, ahora parece que ha llegado el momento.

* * *

Hace siete años Vacas y Ladislao coincidieron en Almansa, en la reconstrucción de los diques para la contención de barros en la presa. El azar hizo que compartieran cuarto en la venta en la que se alojaban. No se hicieron ninguna pregunta del pasado, y gracias a ese respeto, al carácter reservado que ambos tenían y al tiempo que pasaban juntos en el tajo, el trato entre ellos se hizo más cercano.

A primeros de mayo y durante siete días se celebraba en el pueblo la fiesta mayor en honor a la Señora de Belén.

Era la noche del quinto día y la acumulación de alcohol y la falta de descanso ya hacían mella en algunos forasteros. En una plazoleta a las afueras del pueblo, los juegos practicados durante el día y a la vista de niños y mujeres se convertían por la noche en motivo de apuestas y de disputas en casi todas las ocasiones. Esa noche el juego era el «estira-garrote»; Ladis estaba sentado en el suelo con las piernas estiradas y las plantas de los pies apoyadas en las del otro jugador: un bracero agrícola grande y fanfarrón llegado de otro pueblo con el cuerpo y la cara llenos de cicatrices. Los

hombres, con los brazos extendidos, agarraban horizontalmente un palo entre los dos. El juego consistía en tirar del palo hacia sí mismo hasta que uno de los dos lograra poner en pie al otro. Las apuestas eran altas y los padrinos, alrededor de los contrincantes, animaban entre gritos a su favorito. Los hombres empezaron a tirar del garrote; en un principio, las fuerzas parecían igualadas, pero pronto se vio que el bracero tenía las de ganar. Ladis se resistió lo que pudo hasta que el hombre de un tirón seco lo levantó del suelo y se lo echó encima con garrote incluido. Carcajadas, vítores, gritos de decepción y cánticos de timo, timo, rodeaban a Ladis y al bracero, que era felicitado por los suyos. Las chanzas del hombre sobre la poca hombría de Ladis subían de tono por momentos, así que este salió del grupo y se alejó de allí en busca de Vacas, que se había quedado en la última taberna. En la madrugada, cuando regresaban juntos a la venta donde se alojaban, Vacas se alejó del camino para hacer de vientre en un arbusto. En ese momento el bracero se acercó a Ladis dando tumbos y garrote en mano le propuso continuar con el juego. Ladis se negó con buenas maneras, pero el bracero, cada vez más obstinado, comenzó a lanzarle garrotazos a las piernas entre insultos de mariquita y cobarde.

—¿Qué te pasa, grandullón? ¿Te gustan otro tipo de garrotes? —le gritaba mientras se echaba mano a la entrepierna.

Ladis paraba y saltaba los envites en silencio, pero sin la menor intención de eludir lo que tuviera que venir. El bracero tiró el garrote a Ladis a la cabeza y se lanzó contra él; Ladis se fue al suelo con el hombre encima, el bracero le buscaba la boca mientras le aplastaba el cuello con su antebrazo, Ladis intentaba respirar al mismo tiempo que quitárselo de encima, pero el hombre le retenía con todo su peso bloqueándole las piernas con las suyas; Ladis, a la desesperada, consiguió estirar el brazo y alcanzar una piedra con su mano derecha; con toda su alma comenzó a golpear al bracero en la cabeza, una y otra vez, hasta que este fue aflojando la presión. Ladis se lo quitó de encima y con rapidez se colocó sobre el hombre mientras seguía golpeando su cara con la piedra fuera de sí. Cuando Vacas llegó a su lado, el bracero ya no respiraba, su cara se había convertido en un amasijo de carne y su cuerpo se

agitaba con pequeñas convulsiones. Fernando levantó a Ladis y se lo llevó de allí. Nadie los vio entrar en la venta, Vacas quemó la ropa manchada de sangre y se echaron, a la espera de que amaneciera. A la mañana siguiente, un par de agentes del cuartelillo se presentaron en la taberna preguntando por Ladis. Fernando Vacas afirmó que no se había separado de él en ningún momento después del «estira-garrote», que se habían recogido temprano porque esa mañana tenían que estar antes en el tajo y que no se habían cruzado con nadie por el camino. Los agentes se marcharon sin dar muchas más vueltas, porque el bracero era conocido de los cuartelillos por trifulcas provocadas por él mismo, así que concluyeron que ese malnacido al final había encontrado lo que tanto tiempo andaba buscando. «Asuntos de la justicia divina», se dijeron al salir de la venta.

Un par de días después, en la presa se les acercó uno para advertirles de que los compadres del bracero les andaban buscando. Vacas y Ladis se marcharon de Almansa esa misma tarde.

* * *

Con el recuerdo de aquella noche agarrado todavía a la garganta, Ladis asiente, dando a entender que los favores se pagan; hará lo que Vacas le pida.

—Atilana ha empezado con la otra tierra. Necesita allí a alguien que organice el trabajo y Tuerto tiene que estar a otras cosas —le demanda Vacas.

Fernando espera la reacción de Ladis, pero este mantiene la mirada en el suelo sin decir nada.

—No te lo pediría si no fuera de urgencia. Me lo debes —remata Vacas.

Ladis tira el cigarrillo y da un trago, levanta la cabeza y mira a su alrededor. Fernando le tiende la mano y Ladis la acepta cerrando el trato. Se levanta y dice:

—Habrá que comer algo antes de irnos, ¿no?

Y se dirige a su chamizo con la cabeza gacha.

Agosto de 1896

El calor cae como un peso muerto sobre el pueblo. Los hombres en la plaza se ponen a cubierto en los soportales o en el interior de la bodega.

Agustín sale cargado con alguna botella. Comprueba asustado a cada rato si la figura de la Taya anda detrás de él. No ha dejado de comentarse en los corrillos que el orate bebe cada vez más, y no son pocos los que ya le han visto correr al grito de que la parca le anda buscando, otras veces lo encuentran en franca discusión consigo mismo, llegando incluso a pegarse de cachetadas en alguna ocasión. Esta es la tercera vez en esta semana que Benigno, el dueño de la taberna, se cruza con él en la puerta, y al ver el estado en el que se encuentra el cura, sonríe con malicia. Agustín se disculpa con los ojos desorbitados.

—Para consagrar...

—Pues claro, orate, claro, para consagrar —le responde con sorna.

Benigno se mete dentro de la bodega entre risitas y Agustín se pierde por alguna bocacalle.

Por el camino que conduce hasta la casa de Atilana se acerca Ladislao con un petate a su espalda. Al verlo, Crescencio avisa a los demás, que paran de trabajar y se acercan a saludar al recién llegado. Tuerto sonríe incrédulo, al tiempo que devuelve el saludo a Ladis antes de acercarse; el vocerío y los abrazos, los apretones de manos y las sonrisas demuestran que era esperado desde hace tiempo y es bienvenido a la finca y al tajo. Ladis corresponde a todos, pero sin dejar de buscar a su alrededor. Por la puerta del corral se asoma la Chiri junto con Atilana. Ladislao, por fin, la

localiza y ambos se miran en silencio.

—Que se instale con el Tuerto en lo de Vacas, no quiero ningún desatino en mi casa —comenta Atilana a la Chiri, sin quitarle el ojo de encima al hombre.

Después se mete de nuevo para dentro a seguir dando de comer a los animales. La Chiri sonríe a Tina, que se acerca contenta hacia ella.

Fuera de la finca de Atilana, en un caminillo que se adentra en el campo, Amparo recoge algunas hierbas aromáticas. Las selecciona con cuidado y aquellas que ella considera que son las mejores las corta en rama con un cuchillo. Parece distinta, se muestra relajada tarareando entre dientes. Tiene el escote del vestido abierto y se ha remangado por el calor, todo hace que esté más guapa. En un momento levanta la cabeza porque le ha parecido oír algo. Mira hacia los lados y forzando un poco la vista descubre al orate, que está medio escondido entre unos arbustos observándola. Amparo se incorpora del todo con la expresión cambiada; vuelve a ser la de siempre. El cura se acerca a ella nervioso y ebrio.

—Buenos días, Amparito.

Mira hacia uno y otro lado con temor, la presencia de la niña le altera enormemente. Tentado, mira de soslayo las manos en las que Amparo tiene todavía el cuchillo, el vestido recogido que deja al aire algo de los muslos de la joven, sus brazos blancos e inmaculados pegados al cuerpo, se fija sin querer en el escote brillante de sudor, en sus labios entreabiertos, en la punta de la lengua que se asoma entre sus dientes... Baja la cabeza, cierra los ojos con fuerza y se da golpecitos en la frente con la mano derecha para intentar borrar las imágenes que le vienen a la cabeza.

—Hace calor —comenta Agustín.

Es el espíritu de la contradicción, el ángel y el demonio que pelean sobre su conciencia: no quiere que le ocurra nada de esto, pero no lo puede evitar.

Amparo lo observa sin mover un músculo. El orate se gira un poco para esconderse y a Amparo no se le escapa el bulto en el hábito.

Agustín, cada vez más apurado, no sabe ya ni lo que está diciendo.

—Tu madre... tu madre... trabaja las tierras con ayuda de los hombres...

Amparo comienza a acercarse despacio. El cura ve de reojo que ella se mueve hacia él y sigue con el sinsentido cada vez un poco más acelerado.

—Y baila... con ellos, y la Virgen lo ve todo, todo...

Según termina esta frase, comienza a agitar la cabeza con los ojos cerrados de nuevo, como si quisiera desdecirse o se negara de antemano a lo que puede ocurrir. Comienza a rezar.

—Dios te salve, reina y madre. —Y continúa en latín—: *Mater misericordiae; vita dulcendo, et spes nostra, salve. Ad te clamamus, exsules, filii Hevae.* —El cura cada vez reza más rápido.

Amparo llega a su lado mientras sigue con sus rezos. La joven levanta la mano y le toca el pene, Agustín da un alarido de susto y de placer.

—Es cierto, ¡ooohh, clemencia, OHHH, pía...! Utiliza a sus hijas como siervas del Maligno.

Amparo sigue tocando el miembro del cura.

—Señor apiádate de esta pobre niña y ayúdame a sacar el mal de ese cuerpo inocente. —Se abre el hábito, para que Amparo pueda agarrarlo mejor, debajo está desnudo y unos cilicios le oprimen los muslos—. Porque solo ha seguido los dictados de su madre, porque en su alma pura no hay maldad.

El cura aprieta y separa los muslos, lo que hace que las heridas que tiene ya hechas sangren de nuevo. Amparo parece impresionada con lo que ve, Agustín se inclina hacia ella lanzando alguna oración al cielo, y mete la mano en el escote para acariciarle el pecho, al tiempo que la ayuda a arrodillarse.

—Arrodíllate ante el Señor, hija, que pueda verte humilde y sierva.

Cuando Amparo está de rodillas le coloca la otra mano en cogote y la empuja para que se meta la polla en la boca. El cura reza a Dios y acelera los movimientos. Cuando llega al orgasmo abre los ojos como platos; una mezcla de calor y frío le recorre el

cuerpo mientras se doblega ante la joven sin entender cada cuchillada que Amparo le está dando en el costado.

El cura se separa y camina a trompicones hasta llegar a apoyarse en un árbol. Cae. Amparo, sin cambiar siquiera de gesto, se incorpora y se limpia la boca con el dorso de la mano. En la otra tiene el cuchillo ensangrentado. Se gira y busca algo con lo que limpiar la hoja del cuchillo. Al hacerlo distingue entre los arbustos a la Taya, que se aleja. Amparo la ve marcharse sin cambiar el gesto. Se acerca al cura; este yace con los ojos desorbitados y cara de espanto, todavía respira, pero se está desangrando. Amparo, sin inmutarse, limpia con cuidado el cuchillo en el hábito del cura y sin echarle más cuentas se marcha. Comienza a caer la noche.

* * *

Al día siguiente en la bodega, hombres y mujeres comentan el asesinato del cura. Entre ellos están Casilda y Tina que habían ido a comprar alguna cosa. Avelino relata todo lo que sabe. Juliano, también en el grupo, acaba de descubrir a la joven.

Tina, que se incorpora a este corrillo, le pregunta a Benigno:

—¿Y dónde dicen que estaba?

—En el camino, cerca de lo vuestro.

Avelino continúa con la narración:

—... pero, según los del cuartelillo, la cosa está más que clara, porque se conoce que llevaba las manos y los pantalones llenos de sangre. Dicen que de la perpetua no le libra nadie.

Higinio comenta en alto lo que piensa:

—Emeterio puede ser un animal, pero ¿un asesino? No, yo no lo creo.

Benigno lo vuelve a contar todo.

—Pues eso mismo fue lo que yo pensé en *cuantico* entró aquí, y eso que venía, como bien ha relatado Avelino, lleno de sangre, pero, claro, es el Emeterio, que todo lo que tiene de sanguino lo tiene de buen corazón. Según dijo, regresaba de la tierra y al pasar se dio cuenta de ver a un hombre que se desangraba en el suelo. Al acercarse ya reconoció al padre Agustín. Le socorrió, pero no pudo

hacer nada para salvarle la vida, así que, de vuelta al pueblo y nada más entrar aquí, nos relató lo que había pasado y dónde se encontraba el fallecido. Y yo le dije que se tranquilizara, que todos sabíamos que él solo había querido ayudar. ¿Fue así o no, Crispi? El Crispi estaba aquí mismo conmigo.

Crispi es el mozo que ayuda a Benigno en la bodega, un muchacho con cara de caballo nervioso y avispado que cambia el peso de una pierna a otra mientras habla.

—Así mismo fue. Benigno le había puesto un aguardiente *pa* que estuviera tranquilo, y mandamos al rapaz a llamar al cuartelillo, y en cuanto llegaron y Emeterio les contó todo esto, con las mismas lo trincaron y le hicieron que los llevara al camino. Les seguimos unos cuantos y, mira, el Emeterio trataba de aclarar los hechos, pero todo fue en vano, se lo llevaron *maniatao pal* cuartelillo. Pero ni pío pudo decir del arma, y ahí fue donde la cosa se puso más fea.

Tina tira de Casilda y comienzan a salir mientras los presentes comentan el asesinato. Antes de marcharse, la joven se gira y mira a Juliano, que le lanza una sonrisa de despedida. Ella le responde de igual manera.

* * *

En la huerta han parado de trabajar y terminan de comer sentados a la mesa en el patio. Escuchan lo que cuentan Tina y Casilda. Amparo muestra, como siempre, el gesto ausente, sin la menor reacción a lo que oye decir a Casilda.

—Porque se conoce que anduvieron buscando y, al no hallarlo, el pobre hombre no dejaba de repetir que él no sabía nada del cuchillo, y los guardas cada vez más seguros de que el Emeterio les mentía.

Todos reflexionan sobre lo que acaban de contar Tina y Casilda, y sobre la suerte de Emeterio. Amparo sigue como si nada fuera con ella, más pendiente de los hombres que hay a la mesa que de lo que se dice. Atilana le va a recriminar con la mirada cuando, tan

solo por un segundo, le parece ver en la boca de su hija la sombra de una sonrisa. Es algo tan rápido que duda de haberlo visto.

—Pues espero que no traiga problemas —comenta Atilana después de unos minutos.

Ladis la mira intrigado.

—¿Por qué habría de ser así?

—Ha sido muy cerca de aquí, y bien podría ser obra de la Garibalda. No ha tenido nunca fondo.

Tuerto niega con la cabeza.

—La Garibalda ya no tiene la menor fuerza en el pueblo. Parece que está muy enferma, se dice que apenas puede respirar.

Tina continúa con el asesinato:

—Pues dicen que el juicio al Emeterio será en breve y que parece que está todo muy claro; bueno, no para él.

Ahora es Saturio el que interviene:

—La muerte de un cura nunca es un asunto fácil, aunque sea la de un maldito loco como Agustín. No es de extrañar que le echen tierra rápido para poder darle a la Iglesia el culpable ya entre rejas.

Casilda le mira asintiendo, de acuerdo con él. Tina piensa en lo que acaba de decir Saturio.

—Pero si él no ha sido..., el resto de su vida estará encerrado por algo que ha hecho otro.

Chiri responde seria a Tina:

—No es lo que parece y el orate, loco o no loco, era un hombre de Dios. Los pecados deberían pagarse.

Ladislao la mira extrañado por ese comentario. Ella desvía la mirada. Atilana decide zanjar la cuestión.

—Bueno, de momento, es todo lo que sabemos, así que a todos los efectos esto está terminado. Hay que seguir trabajando.

Los demás se miran entre ellos no muy convencidos. Amparo sigue a lo suyo.

* * *

La Garibalda está sentada en su dormitorio mientras su hija le peina los cuatro pelos que le quedan. Está atenta a todo lo que le

está contando Tránsito.

—Nunca lo diría del Emeterio, pero parece que así fue, aunque no se saben los motivos.

Garibalda coge aire para decir:

—¡¡¡Atilana!!!

—¿Atilana? No, no lo creo. ¿Qué ganaría ella con la muerte de Agustín?

La Garibalda le agarra la mano con fuerza mientras retira la cabeza.

—¡¡¡Que deje de hablar... de ella!!!

Tránsito se ha sorprendido por la reacción de su madre; para por un momento de peinarla, la mira y ve que esta la está examinando con auténtico desdén. Despacio, le suelta la mano de su brazo y vuelve al pelo. Se recompone de nuevo, su rostro se ha vuelto más duro y su voz también.

—¿Y lo hace al lado de su casa? Atilana no es tan tonta.

Una media sonrisa aparece poco a poco en la cara de la Garibalda. El pecho se le agita como si se estuviera riendo. Comienza a afirmar nerviosa. Se detiene, atrapa todo el aire que puede y dice en voz baja:

—¡Fue Atilana! —Inspira con fuerza—. Herminia, que lo diga al pueblo. —Vuelve a llenar sus pulmones de aire—. Tiene que ir al calabozo. —Y la empuja para que salga de la habitación.

Tránsito deja el peine y sale de la alcoba de su madre. Va hasta la cocina y se sienta allí pensativa. Después de unos momentos, se pone a encender la lumbre de paja para calentar el puchero.

Septiembre de 1896

El caño que está junto al abrevadero es el sitio donde se reúnen los jóvenes para ver y ser vistos con la disculpa de recoger agua y llevar a los animales a beber. Anochece y algunas mozas charlan entre risas y gritos para llamar la atención de los mozos. Tina habla con Águeda, Leuvidices y Juanita, sus amigas, al tiempo que están pendientes de quién llega. Por la calle que separa el abrevadero del caño aparece Juliano a lomos de un caballo. Se baja del animal y le deja que vaya a beber. Tina no le quita ojo, Juliano le sonríe y ella le devuelve la sonrisa, después saluda a un par de hombres que están con las vacas. Hay mucho tonteo entre unos y otras.

En lo alto del palomar Tina está subida para sacar los pichones que están más arriba, desde ahí se le ven las piernas. Las amigas más abajo le indican entre risas. Juliano se acerca por el camino con un saco a la espalda. Cuando llega hasta ellas y las saluda, todas miran a Tina y se echan a reír. Tina le mira ruborizada mientras se sujeta la falda del vestido y Juliano le guiña un ojo y le sonríe sin detenerse.

En la era de Águeda las chicas juegan subidas en un trillo que da vueltas tirado por un mulo. Ceferino, uno de los hermanos de Águeda, maneja las riendas del animal y le espolea para que tire más rápido. Las chicas gritan y ríen con ganas, mientras Juliano y Santiago, otro de los amigos, intentan subirse al trillo entre carcajadas. Amparo parece contenta también con el juego. Juanita corre detrás del trillo con los chicos. Tina tiende la mano a Juliano,

que la toma y se sube al trillo junto a ella.

Es la última tarde de vendimia en la tierra de la finca de Juanita, cuya familia tiene una posición algo más acomodada. Las vides ya están recogidas. Algunos hombres vuelcan las últimas uvas en los cuévanos y otros los llevan hasta un par de mulos. Hay excitación entre los mozos y las mozas porque saben que esta tarde una de las chicas será elegida la más guapa de este año y le darán la «lagarada». Los chicos hacen corrillos para decidir quién será mientras miran a las chicas. Juliano está pendiente al tiempo que carga con el cuévano. Por fin, un grupo de chicos cogen cada uno varios racimos de uvas negras y comienzan a manchar el suelo con ellos, las chicas saben que esa es la señal y esperan excitadas a ver a quién le toca. De repente, el grupo de chicos arranca a correr hacia las mozas, que salen en estampida en varias direcciones; los chicos van ahora todos hacia Tina; a la carrera llega hasta Juliano, que ya ha soltado el cuévano y la protege entre sus brazos. Los chicos le gritan entre risas que la suelte, pero Juliano se niega, los otros chicos protestan y corren a por las otras mozas armados con los racimos. Ellas intentan esconderse entre chillidos y risas. Tina está feliz.

—No te vas a librar —le dice Juliano, y coge un racimo de uvas y le embadurna la cara. Ella se resiste, coge otro racimo del cuévano y hace lo mismo con él. Comienzan entre risas a frotarse con las uvas. El juego de miradas y caricias es cada vez más erótico.

Al fondo, los mozos han agarrado a una chica; ellas tiran de su amiga en una dirección mientras los chicos tiran en la otra.

* * *

El 11 de septiembre el vapor *Isla de Paney* se mueve de un lado al otro con violencia. Los hombres se aferran a lo que pueden para no caer por la borda a cada embestida del mar, las olas barren la cubierta arrastrando a su paso todo aquello que no está sujeto.

El agua se cuela y anega la bodega, que está atestada de soldados moribundos. Resisten sin saber cómo a los envites del mar y de la enfermedad sentados o tumbados en las literas con rostros amarillos y secos. Es «la fiebre amarilla». Son enfermos repatriados para morir en casa; algún licenciado de la campaña intenta echar una mano; otros, los más, se mantienen todo lo alejados que pueden de los desahuciados.

Baldo está demacrado y con los ojos hundidos. Ha perdido el brazo izquierdo a la altura del codo y un vendaje sucio y maloliente le cubre el muñón. Su cara y sus ojos tienen la tonalidad amarilla de los infectados. A pesar de todo, saca fuerzas para socorrer en lo que puede y ahora ayuda a un hombre que se descompone en vómito.

Por un momento se para entre los quejidos de los hombres; le sacude un escalofrío, se sujeta el brazo fantasma que le duele como si no se lo hubiera arrancado aquel cartucho, nota una nueva hemorragia y se limpia la nariz con la manga, que queda manchada de sangre. Contempla impotente la muerte a su alrededor.

Querida hermana,

No, la guerra no es lo que creía. No te lleva a tierras lejanas y gentes distintas, la guerra es un país ella sola que huele a muerte, a sangre y vómito ácido. Es obscena porque no tiene vergüenza de dejar a los hombres desnudos por dentro y, Tina, dentro no hay nada.

¿Recuerdas cuando eras niña y jugábamos a «¿Qué derrama el agua del tonel?». Siempre encontrabas aquello que era capaz de colmar el borde: la piedra justa o la bota lo suficientemente pesada. Pues la muerte es eso, y como tú, siempre acierta; entra y derrama todo lo tuyo para instalarse ella, te desaloja y te pierdes entre el barro y las maderas. Y no hay nada glorioso en ello.

Hermana querida, perdóname porque no voy a poder cumplir la promesa que te hice; hace días que siento la muerte a mi lado, sé que está aquí, jugando conmigo; me vuelvo rápido

para intentar atraparla, pero apenas me da tiempo a ver su figura negra escondiéndose dentro de otros, y esta vez, igual que contigo, sé que también voy a perder.

Lamento no haber aprendido a tener fe, porque el tiempo se me cierra aquí y ya no regresaré a casa...

* * *

Juliano y Tina caen uno encima de otro besándose con pasión. Tienen la ropa y el cuerpo manchado del zumo de las uvas. Con rapidez se quitan la ropa de encima. Juliano la mira con un amor infinito y se calma un poco. Tina también para.

—No me importa que me duela. Quiero estar contigo.

—Te quiero. No voy a dejarte. Nunca.

—Lo sé. Yo también te quiero.

Y con mucho cuidado retoman las caricias, Juliano la penetra despacio.

* * *

... Siempre soñaba con el futuro, Tina, ahora, cuando consigo adormecer el dolor y el miedo, sueño con la casa, con Bela, con madre, contigo. Y con Amparo. Últimamente entra en mis pensamientos sin que yo la llame, entonces el sueño deriva en pesadilla y me despierto entre sudores con el corazón y el alma agitados. Ahora entiendo que nunca nos volvimos a mirar lo que crecía dentro de ella y debimos haberlo hecho, debimos haberle dado el cuidado que no parecía necesitar. Ahora ya es tarde. Cuídate de ella, Tina, aléjate de Amparo.

Querida mía, dentro de poco yo también formaré parte de ese pasado al que siempre quise dar la espalda.

Juventina, sé en el presente, intenta ser feliz y recuérdame, hermana. Si puedo, allá donde me lleve la muerte, pensaré en ti con amor.

Octubre de 1896

Tina, Águeda y Juanita pasean por el camino que conduce a la casa de Atilana, por detrás va Amparo. Tina, de vez en cuando, se gira hacia Juliano, que camina hablando al lado de Santiago. Juliano la mira embobado mientras su amigo no para de hablar. Tina está radiante, cada día más hermosa.

De pronto, oyen el sonido de una carreta. Un hombre se acerca a la finca a toda velocidad. Con las manos de visera intentan ver de quién se trata. Es Tina la primera que lo reconoce.

—¡Es Fernando! ¡Amparo, es Fernando!

Tina sale a la carrera hacia él. Amparo se queda donde estaba. Los otros chicos esperan. Cuando Tina llega a su altura, Fernando se baja del carro.

—¡Qué alegría verte! Vienes para quedarte, ¿verdad? ¿Dónde has estado?

Fernando no contesta a ninguna de las preguntas, solo la mira. Tina entonces se da cuenta de que pasa algo. Observa su cara, hay preocupación y tristeza.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta, cada vez más alarmada—. ¿Ha pasado algo malo? —Se queda en silencio tratando de leer en sus ojos. Le empieza a cambiar la cara—. ¿Es Baldo? ¿Es Baldo, verdad? —grita con terror.

Fernando le da una carta. Tina la abre rápidamente y mira angustiada a Fernando. Cuando termina de leerla, Fernando la abraza en silencio. Tina se aferra a él con fuerza.

En el interior de la casa de Atilana se escucha un grito, golpes contra los muebles y cosas estrellándose contra el suelo. Se oyen más voces: la de la Chiri, la de Fernando, Ladis, la de Tina...

—¡Atilana!

—¡Madre!

—¡Señora, por favor!...

La puerta de la cocina se abre de golpe y Atilana sale corriendo por el patio, está lívida, los labios amoratados, tiene un poco de sangre en la boca de haberse mordido; perdida, respira con agitación, mira a su alrededor como si buscara a alguien, se mete en la tierra recién sembrada, recorre unos cuantos metros hacia el pozo y cae de rodillas como en un trance. Al final se derrumba desmayada.

Detrás de ella salen todos de dentro de la casa: Fernando, Ladis, la Chiri y Tina. Saturio y Casilda estaban en la otra tierra y, al oír los gritos, han corrido hacia la casa. Juliano y los amigos de Tina, que estaban sentados en el patio, se han puesto en pie al ver salir a Atilana; la última es Amparo, que observa todo lo que ocurre sin afectación.

Cuando Atilana cae al suelo, Fernando y Ladis son los primeros que corren a su lado. Todos los demás comienzan a reaccionar. Tina se apresura hacia su madre.

Chiri grita a los chicos:

—¡CORRED A BUSCAR AL TUERTO! ¡Y QUE ALGUIEN VAYA A FRESNO A POR EL MÉDICO!

Juliano desengancha el caballo y sale al galope. Águeda y su hermano corren hacia el pueblo en busca del Tuerto. Los demás van a auxiliar a Atilana.

Casilda le grita a Saturio mientras corre al lado de Atilana. Cerca del pozo distinguimos a la Taya sentada sobre un madero. Traza garabatos en la tierra con un palo, concentrada en sus pensamientos. De repente, parece que toma una decisión. Se incorpora y sin prisa se encamina hacia Atilana.

Amparo se queda sola en la puerta de la cocina. Observa a la vieja, que se agacha sobre la madre mientras todos los demás se apartan y la dejan hacer. No conseguimos averiguar qué es lo que puede pensar.

* * *

Por la cuesta de la calle principal del pueblo aparece Atilana. Un poco por detrás de ella, Tina, Amparo y la Taya, todas vestidas de negro. El rostro de Atilana, aunque algo demacrado, no deja traslucir ninguna emoción. Está hermosa, pálida, con los ojos ardientes. Parece una imagen mariana. Camina erguida, con la cabeza alta, despacio, sin mirar a ningún lado en concreto, pero siendo consciente de lo que pasa a su alrededor. Unos segundos después, asoma la carreta guiada por Fernando Vacas. A su lado está sentado el Tuerto. A pie, por detrás, van Casilda y la Chiri con Ladis, Juliano y Saturio. Les siguen los amigos de Tina. De detrás de las cortinas que cubren las puertas van saliendo mujeres y hombres al paso de la carreta que se unen en silencio a la procesión; se arrima alguna vecina con lloros o gritos, y las otras mujeres la hacen callar de inmediato. Por las bocacalles vienen Rodo con su mujer; Crescencio, Aquilino con la Baltasara... La procesión transcurre en silencio y sin el menor escándalo.

En un momento una de las ruedas coge un bache en el suelo y la carreta da un fuerte bote; el ataúd que va dentro y que ya se zarandeaba de forma ligera por el propio movimiento de la carreta, salta igualmente y medio cajón asoma por el borde. La Chiri y Ladis extienden los brazos y sujetan la caja sin premura, Rodo e Higinio van rápido a ayudarles. Al ver que solo con empujarlo lo colocan de nuevo en su sitio, se miran sorprendidos. Ladis niega con la cabeza. Rodo pregunta en voz baja:

—Pero ¿dónde...?

—En el mar. No pudo aguantar el viaje —le responde Ladislao.

—¿Y Teodoro? —pregunta Higinio.

—No sabemos nada. Le llegó a Vacas una carta de Baldo, después él fue a averiguar a Villalpando y allí vio la lista de los caídos. Teodoro no estaba en ella.

La procesión continúa por la calle principal. La gente se suma a Atilana en señal de respeto. Ella mantiene el gesto altivo. Tina sí se remueve conmovida por lo que ocurre, Amparo la sigue impertérrita, de vez en cuando observa la reacción de su madre. Al pasar por delante de la casa de Herminia, notamos cómo se cierran

los visillos de golpe. Cuando llegan a la embocadura de la calle de la casa de Garibalda, Atilana se detiene y se gira hacia allí. Tránsito está a la puerta; las dos se miran por unos instantes, todos se paran expectantes en silencio, la Taya sonríe satisfecha. Atilana retoma su paso hacia el camino del cementerio. La comitiva se pone en marcha de nuevo. Se alejan mientras otros se santiguan a su paso.

Noviembre de 1896

Las hojas ocres y marrones revolotean persiguiéndose de un lado al otro de la plaza con el viento de otoño. La vida en el pueblo continúa. Hombres y mujeres entran y salen de la bodega, sujetándose las gorras y los pañuelos que amenazan con salir volando, los jóvenes están en el caño, pasa algún burro tirado por un paisano...

Llega Pepe el Conejo cargado con una silla de madera. Es el alguacil, un hombre delgado con los ojos y las pestañas muy grandes, y cuya dentadura hace honor a su apodo, toca la trompeta y echa el bando:

—¡Tararíííí! ¡SE HACE SABER A TODO VECINO DE ESTE PUEBLO QUE HAN LLEGADO LOS TITIRITEROS Y QUE MAÑANA ACTUARÁN EN LA PANERA DE LA BALTASARA, COMO YA ES COSTUMBRE! ¡NO SE OLVIDEN DE LLEVAR LA SILLA! ¡¡¡Tararíííí!!!

La noticia es acogida con alegría por todos los presentes.

Al anochecer, en una nave medio techada que sirve para guardar cosas, algunos hombres terminan de barrer todo el suelo, mientras que otros ponen una bombilla para poder ver el espectáculo y aseguran un alambre que cruza todo el techo de la panera. Los que están ya dentro colocan a los niños en primera fila y charlan entre ellos. En el exterior se empieza a oír música; la gente del pueblo termina de entrar en la panera con sus sillas. Tina, vestida de negro, aparece con Juliano. Amparo, igualmente de luto, hace las funciones de carabina; va algo más rezagada.

Con ropas llamativas entra el padre de los titiriteros soplando una gaita; detrás de él, la madre aporrea el tambor y uno de los chicos los platillos.

—Date prisa, ve a coger sitio allí delante, para que lo veas bien

—le dice Tina a Amparo—. Yo prefiero quedarme de pie por aquí.

Amparo obedece a su hermana. Parece que disfruta con el ambiente. Tina se acerca a Juliano y, cuando Amparo se ha acomodado, se retiran un poco más atrás a un sitio algo más discreto.

Y empieza la función.

La primera es la actuación de la cabra Generosa, que se sube en unos tacos encima de un velador mientras el padre canta unos fandangos; otro número es el hijo mayor que atraviesa la panera de un lado al otro sobre el alambre acompañado por el redoble que toca la madre para aumentar el suspense.

Al fondo de la panera, en la oscuridad, se encuentra la Taya. Cuando empieza el redoble, se levanta y sale. Fuera ya es de noche. En la puerta está Tránsito esperando. La Taya se acerca a ella. Tránsito, sin decir una palabra, y sin atreverse a mirarla, le da un cartapacio lleno de papeles. Después se da la vuelta y se aleja de la panera con rapidez. La Taya se guarda la carpeta entre la ropa y se va en dirección contraria a Tránsito.

En la calle se escucha la algarabía y las risas de la gente joven que salen de la panera. En su cuarto, la Garibalda está sentada en una silla en camisón. Su deterioro es grande; parece mucho más mayor, el cuerpo más desmadejado, gordo y fláccido. Tiene la piel de las piernas pigmentada de color oscuro, como si llevara puestas unas medias marrones con alguna úlcera y alguna erosión superficial. Está dormida en la silla. La respiración es muy pesada y sonora; de golpe deja de respirar, se mantiene así unos instantes y retoma con un ronquido fuerte. Los brazos están muy inflamados, el pelo es ralo y con canas. En la cara se aprecian venitas rojas en las mejillas, las aletas y el mentón. Es evidente que desde que Braulio se marchó ha empeorado su situación física. A su lado, apoyado en la silla, hay un madero grande y grueso que le sirve de cayado. En la alcoba hay dos camas, una en la que duerme Tránsito y otra en la que duerme Garibalda. La hija se trasladó a esa cámara por petición de la madre, porque uno de sus mayores miedos era que

nadie la oyera si necesitaba algo. Tránsito está vestida y sentada en su cama, observa a su madre. Piensa en qué es lo que sucederá después. De repente le parece oír unos golpecitos que vienen de fuera de la habitación. Se levanta, sale de la alcoba, se dirige a la cocina y entra en ella con cuidado sin encender la luz; intenta ver algo a través del visillo, parece que no hay nada, se acerca un poco más a la puerta de la cocina y descorre el visillo del todo. Por unos momentos se enfrenta a una figura que no distinguimos bien. Después se da la vuelta y regresa a la alcoba. Garibalda sigue en la misma posición, con la cabeza doblada hacia el pecho, roncando a ratos, tranquila. Tránsito la sacude con fuerza para despertarla.

—¡Madre, madre, despierte! ¡MADREEE! —La agita con más fuerza. Garibalda comienza a despertarse, está desorientada y somnolienta—. Madre, se quejaba mucho. ¿Está usted bien? ¿Le duele el vientre? —pregunta solícita.

Garibalda abre los ojos del todo, ahora parece despierta, mira a Tránsito y con mucho esfuerzo consigue hablar.

—¿Braulio?

—No, madre, no ha vuelto. ¿Necesita ir usted al corral? —le responde asqueada.

Garibalda con lo de Braulio parece hundirse más.

—Vamos, madre, se sentirá mejor —le aconseja.

Tránsito la coge del brazo para empezar a levantarla. Garibalda se agarra a su hija y la aprieta fuerte para incorporarse. Tránsito le alcanza el cayado, la sujeta por el hombro y entre las dos, la madre consigue ponerse en pie. Salen.

Una vez que han logrado pasar el escollo de la entrada al retrete, Tránsito ayuda a su madre a colocarse encima del agujero. Garibalda con una mano se aferra al brazo de su hija para mantenerse erguida, y con la otra se apoya en el cayado en una posición no muy estable.

En plena deposición, la misma figura de la cocina aparece por detrás de Tránsito.

—Hola, Garibalda. —Garibalda levanta la cabeza incrédula y mira a Atilana de pie en la entrada del corral. Intenta decir algo, pero no puede más que respirar. Atilana continúa—: He venido a

despedirme. No quería que te fueras sin que nos viéramos una última vez.

Atilana da un par de pasos hacia ellas. Garibalda suda y aprieta con fuerza el brazo de Tránsito. Esta comienza a tirar de la mano de su madre para que la suelte. Garibalda la mira con terror. A Tránsito le atraviesan por la cabeza los años pasados y el miedo que siempre la ha atenazado y que de niña la hacía temblar hasta el dolor... Tiene que quitarse esa mano de encima como sea; la golpea, muerde, tira de cada uno de los dedos al tiempo que un alarido sale de sus entrañas, un alarido que no calla hasta que por fin consigue arrancarla de su brazo. Por unos segundos parece que Garibalda suplicara a su hija antes de hundirse en sí misma, pero Atilana avanza con rapidez y la coge del brazo evitando que caiga del todo. Cuando la tiene sujeta tira de una patada el cayado fuera de su alcance. Tránsito lo recoge; suda y tiembla por efecto de la rabia, solo es capaz de preguntarse obsesivamente si de verdad ese es el final, y si no era más que eso... y descubre que habría deseado más ensañamiento, que quiere verla sufrir, seguir, golpe tras golpe, hasta el final... Abre los ojos con espanto ante esa revelación y, sin querer entender más, huye del retrete dando tumbos.

Ahora es Atilana quien sujeta a la Garibalda. Esta se aferra a su brazo con todas sus fuerzas.

—Querida mía, pareces sorprendida, ¿qué esperabas?, ¿amor y ternura? Cómo era aquello que decía nuestro padre... —Simula que piensa—. Ah, sí: «Lo que se da se toma», pues eso... —Espera alguna reacción de Garibalda, pero esta no parece prestarle atención, sus ojos barren el cubículo con ansiedad buscando alguna manera de defenderse—. Vaya, vaya... —continúa Atilana, comprueba ella también que no hay nada que la otra pueda hacer —. He pensado mucho en este momento: ¿cómo sería? ¿Qué diríamos?... Y ya ves, resulta que no puedes ni hablar. ¡Lástima!

Garibalda boquea para decir algo, pero apenas le sale la voz. Atilana hace como si se esforzara en entenderla, niega con la cabeza.

—No te entiendo... ¿Quieres que llamemos a Tránsito? Igual ella puede hablar por ti, como siempre... —Muy cantarina y

juguetona—: ¡TRÁNSITO…! —Pone la oreja, a ver si escucha algo —. ¡TRÁNSITO…! —Vuelve a hacer como que escucha—. No, parece que se ha marchado. —La mira con desprecio, solo se oye la respiración entrecortada de la Garibalda—. Dime una cosa, ¿por qué le hiciste eso a ese cura loco?

Garibalda está asustada y no quiere que se le note. Se miran en silencio durante unos instantes como si pudieran leerse una a la otra. Garibalda se da cuenta de que no fue su hermana quien mato al cura, pero poco le importa ya. Atilana deja salir una leve carcajada y comienza a soltar la mano de Garibalda igual que hiciera Tránsito antes, pero ella disfruta con el gesto.

—¿Pensabas cargarme con el muerto? ¿Por eso lo hiciste cerca de mi casa? ¡Qué feo, Garibalda! —Se ríe—. Pero suelta de una vez, mujer…

Termina de retirarle la mano y Garibalda cae como un saco en el agujero del retrete, se queda encajonada entre las dos paredes con las bragas en los tobillos, boquea y respira como una ballena varada. Intenta hacer algún movimiento, pero no puede. Atilana se da la vuelta hacia la puerta.

—Lo que has hecho no te ha valido de nada. ¡Ah! Y te lleva directamente al infierno.

Atilana se apoya en la puerta de retrete y se cruza de brazos mirando a la Garibalda. Esta ha apoyado las manos en las paredes y hace fuerza para incorporarse, pero no lo consigue. Se para y la mira intentando decir algo.

—¡Zo-rra! —consigue articular.

No puede seguir, su propio peso la está aplastando. Atilana sonríe en la puerta con los brazos cruzados, dispuesta a esperar. Ve los esfuerzos inútiles que Garibalda hace para salir de ahí.

—¡No te preocupes, que yo no voy con prisa! Y tranquila, mujer, que me quedo aquí acompañándote hasta el final. —Continúa sin dejar de sonreír—: ¿De qué podemos charlar? ¿De nuestro padre? No. No merece la pena, era un canalla. ¿De tu madre?… ¿De la mía? Tampoco, no creo que merezcan ser recordadas. —Se alisa la falda con un gesto de desdén en su cara mientras dice lo siguiente—: Las dos sabían lo que pasaba y

ninguna hizo nada. —Se queda en silencio un momento y luego continúa clavando sus ojos en Garibalda—. ¿O de tus celos porque él me prefería a mí? La pobre niña gorda que hace lo que sea para que su papá la quiera, y ni por esas...

Contempla a Garibalda por unos instantes en silencio; su gesto es serio. Cuando habla, el tono de su voz ha perdido todo el sarcasmo anterior.

—¿Tú crees que todo esto nuestro se hereda? A veces me ha dado por pensarlo. —Garibalda la mira fijamente, su boca y su nariz se agrandan para buscar más aire, pero sus pupilas rezuman de odio acumulado. Atilana se da cuenta y vuelve a la sorna—: ¡Bah, tonterías de vieja! Mejor podemos charlar de cómo has querido matarme de hambre, o de cómo te follaste a mi marido. Por cierto, siempre te he querido preguntar. —Hace una pausa mientras mira a su hermana con asco—: ¿El Indalecio supo que lo engañaste para que se casara contigo o era tan pelele que creyó que esa barriga era suya? —Observa con atención cada uno de los gestos de su hermana, pero la otra parece que ya no la escucha—. ¿Qué? ¿No quieres decir nada? Te noto poco parlanchina, con todo lo que tú has *largao* siempre.

Garibalda se queda quieta respirando con mucha dificultad, la cabeza se le cae sobre el pecho, un sonido como de una gárgara entrecortada sale de detrás de su garganta, y aun así continúa haciendo fuerza contra las paredes para poder sujetarse en pie.

—Ay, que no puedes claro, te estás ahogando. Aguanta un poco más, mujer, hay algo importante que tienes que saber, para que te vayas tranquila, digo. —Atilana se acerca hacia ella, le levanta la cabeza y le dice, buscándole los ojos—: Tengo los títulos de propiedad de todas las tierras. ¡Ahora son míos! Así que no te preocupes por nada. Tránsito lo ha dejado todo en mis manos. Supongo que ha pensado que darme todos tus papeles era la mayor traición con la que te podía recompensar todos estos años de «cariño maternal», porque, si no me los hubiera dado, igual yo no habría venido a visitarte. —Y escupe la siguiente palabra—: ¡¡¡Hermana!!!

Garibalda distingue la inquina en el aliento de Atilana;

comprende que va a morir, separa las manos de las paredes, las deja en el regazo y mira a su hermana unos instantes. Una sonrisa aparece en su cara.

Atilana le dice mosqueada:

—¿De qué te ríes? Eh, ¿te hace gracia? Me alegro de que lo estemos pasando tan bien.

Ambas mujeres se miran sonriéndose con todo el odio acumulado.

Al amanecer, Tránsito pasa por la puerta del corral, carga con una vieja bolsa que parece de viaje. Se ha echado por encima de la ropa de ayer un abrigo desteñido.

Un rato después de que ella huyera del corral vio salir a Atilana. Se cruzaron las miradas, pero no había nada que decirse. Tránsito estuvo tentada toda la noche de acercarse al retrete, pero una mezcla de repulsión y culpa la retuvo en la sala mientras pasaban las horas. Cuando se empezó a retirar la noche, cogió su ropa y sus cosas. Hizo un recorrido por toda la vivienda recogiendo los pocos buenos recuerdos de toda su existencia, salió de aquella casa y cerró la puerta tras de sí.

Al pasar por delante del corral, se para un momento y mira hacia el interior del retrete. Después de unos segundos, cierra la puerta con rapidez. Un golpe de viento la vuelve a abrir; la figura de Tránsito se aleja de la casa.

Un gallo y unas gallinas aprovechan que la puerta está abierta, se cuelan en el interior del retrete y se acercan al cuerpo de Garibalda. Comienzan a lanzar picotazos.

* * *

Fernando y Ladis están en la tierra del sorgo comprobando que los granos ya están a punto para ser recolectados y almacenados,

mientras Juliano, Casilda y Saturio preparan la del trigo para sembrar cuanto antes. Chiri y Tina vienen con un tentempié. Todos se acercan. El tema de conversación, mientras comen y beben, es el mismo que atraviesa las puertas y visillos de todo el pueblo desde que hace tres días la Baltasara se acercara a dar el parte de la noche de los titiriteros a la Garibalda. Se dice que el poder de los alaridos que traía cuando entró en la plaza era tal que todos acudieron al lugar sin necesidad de que las campanas tocaran a rebato. Del quién, el cómo y el motivo se han hecho tantas conjeturas como caminos ha corrido la historia. Lo cierto, siempre según la versión de uno a quien otro le contó lo que en el cuartelillo se había concluido, es que alguien ayudó a la señora Garibalda a llegar al retrete porque ella sola ya no podía sostenerse y ese alguien la dejaría sola, por lo que se ahogó con su propio peso, y de esto solo la propia Garibalda es la culpable. El resto de la historia se continúa elaborando según quién la cuente.

—No se sabe —dice Casilda—, llegaron unos hombres de Fresno y la metieron en el agujero.

—¿La Garibalda tenía familia en Fresno? —pregunta Juliano con extrañeza.

—No, que se sepa. Los hijos y nadie más —contesta Tina.

—Entonces, ¿por qué la enterraron allí?

—No, está enterrada aquí, los de Fresno vinieron solo para transportar el cajón —le aclara Casilda.

Ahora es Tuerto el que habla como para sí mismo:

—Alguien les debió de pagar para que lo hicieran…

Fernando, Ladis y la Chiri se miran entre ellos y luego miran al Tuerto, que pierde la vista en la tierra en la que a lo lejos está Atilana quieta, observándolos. Casilda afirma sin intención lo que acaba de decir el Tuerto mientras da un bocado al queso:

—Eso decía La Herminia. Contó en la bodega que esos hombres estaban bien pagados para enterrarla fuera.

Tina se alarma con lo que acaba de oír.

—¿Cómo fuera? ¿No está en el cementerio?

—¡Qué va! —responde Casilda—. En el terruño de enfrente, al lado de aquellos a los que ella había condenado. —Mira unos

segundos a Saturio—. Parece que en el entierro solo estaba ella —Saturio niega con la cabeza—, «para comprobar que no se levantara», dicen que fue su comentario.

—Pero La Garibalda tenía un panteón en el cementerio, ¿no estaba enterrado allí el marido? —duda Tina.

—Así es —contesta Saturio mientras coge la bota de vino de manos de Juliano y le pega un trago.

Tuerto suspira; Fernando mira a Atilana con tristeza y niega con la cabeza la conclusión a la que le lleva todo lo que está escuchando, y que es la misma a la que han llegado Tuerto, la Chiri y Ladis. Chiri vuelve a hablar con rapidez rompiendo el silencio que pesa tras la pregunta de Tina:

—¿Y de Tránsito se sabe algo?

—Andan diciendo que se marchó aquella noche con el hijo mayor de los titiriteros —responde Casilda.

—Yo no lo creo, Tránsito no es de hacer esas cosas —concluye Tina.

Chiri niega con la cabeza. Comen y beben cada uno enfrascados en lo suyo. Después de un rato, Tina comenta:

—Menuda manera de morir. —Se sacude un escalofrío—. ¡Qué horror! No me lo quito de la cabeza.

Juliano la mira con cariño.

—Justicia divina.

—No digas eso, Juliano —le recrimina Tina.

Él le guiña un ojo.

Atilana lo mira todo desde lejos. Parece haberse desentendido de la tierra y del sorgo. Está cambiada: tiene más ojeras, como si no hubiera dormido en varios días, sus movimientos son más lentos y se mantiene alejada de los demás, siempre ensimismada. En ocasiones la Taya se une a sus cavilaciones; caminan una al lado de la otra mientras Atilana escucha en silencio las pláticas que la vieja le vierte al oído.

Amparo, por detrás de ellas, vigila lo que hace su madre. Seguramente es ella la que mejor la conoce, la que ha pasado más

tiempo siguiéndola y traduciendo sus silencios, la que interpreta cada gesto y manía, y ella, más que ningún otro, la que ha tenido que aprender a predecir sus reacciones para protegerse de la furia y de sus golpes. Sin embargo, ahora hay algo diferente que Amparo no es capaz de reconocer, y eso la hace estar más alerta, ahora es ella la que va detrás de la madre sin que sea una orden dada.

Por el camino se acercan algunos hombres del pueblo. Son Rodo, Higinio y Emiliano. Atilana los ve y se da la vuelta hacia la casa. Pasa por delante de Amparo y de la Taya sin decirles nada. Los hombres saludan a los de las tierras y se paran a hablar un momento con ellos. Cuando Atilana entra, la Taya, que estaba sentada en el patio, la sigue.

Atilana se sienta a la mesa del salón, se estira la falda en ese gesto que la caracteriza y espera. La Taya entra y se sienta en un rincón de la habitación, apenas se la ve. Amparo también ha pasado dentro de la casa, pero se queda en la cocina. Cuando los hombres cruzan en dirección al salón, Amparo se asoma al pasillo para escuchar la conversación.

Los hombres se acercan a la puerta. Rodo es el primero en asomarse.

—¿Se puede?

—Claro, entra, Rodo, y la compañía.

Los tres hombres pasan con respeto al salón.

Después de unos instantes de silencio en los que Atilana se dedica a observarlos, Rodo toma la palabra.

—Señora, venimos a hablar contigo porque... Ahora que la Garibalda ya no está, hemos oído que la propiedad de nuestras tierras ha pasado a tus manos...

—Así es.

Atilana no parece estar dispuesta a ponérselo fácil. Rodo mira a los otros dos, que le animan en silencio a continuar.

—Es un alivio, la verdad. Los contratos que, como bien sabrás, teníamos firmados con el marido de la Garibalda, que en paz descanse, si es que puede... —Rodo intenta hacer una broma para relajar, pero no encuentra la menor respuesta en Atilana, que lo mira en silencio. Él se pone serio y continúa—: Aquellos contratos

eran justos. Pero cuando el señor Indalecio murió y todo pasó a manos de la Garibalda, lo cambió todo; nosotros ya no teníamos ningún derecho sobre nuestras propias tierras; solo la obligación de trabajarlas. Ella se llevaba toda nuestra cosecha y la vendía en la Peña diez veces más cara que lo que nos pagaba a nosotros, y, aun así, teníamos que abonarle el alquiler de la tierra. Con todo, apenas nos quedaba para malvivir.

Atilana se alisa la falda.

—¿Y por qué aceptasteis? Ese cambio, digo.

Rodo se gira hacia Emiliano e Higinio, totalmente desconcertado. Es Emiliano quien le responde:

—No teníamos más remedio, señora. Tenemos hijos que alimentar.

—Ya.

Todos se vuelven a quedar en silencio. Atilana mira a uno y a otro.

—Entonces, ¿qué queréis?

Rodo se anima a seguir:

—Lo que quisiéramos es saber si usted seguirá con esas condiciones, o si nos va a devolver nuestras tierras.

Atilana contempla a Rodo sin mostrar la menor emoción y vuelve a plancharse la falda con las manos.

—Si yo os devuelvo las tierras, ¿qué me quedaría a mí? —Mira a Emiliano—. Yo también tengo hijos que alimentar. —Atilana se para, afectada—. El sorgo no da para gran cosa, y ha habido un par de heladas fuertes que han podido malograr el trigo, tú lo sabes bien.

Rodo no da crédito a la actitud de Atilana y contesta asombrado:

—Pero, señora, nosotros te ayudamos cuando la Garibalda se cebaba contigo. Ahora es tiempo de que...

—En ningún momento yo te lo pedí, Rodo —le corta en seco Atilana—. Y por lo que decís, entiendo que lo hacíais para deshaceros de esos contratos de arrendamiento, ¿no?, para vuestro beneficio. Entonces comprenderás bien que ahora me ocupe yo del mío. Si no recuerdo mal, todavía hay por delante varios años para

que se termine el arriendo. De momento, como están firmados por un juez, seguiremos con ellos, y cuando lleguemos a esa fecha los volvemos a mirar. Si entonces me podéis pagar la tierra, yo la venderé al precio que en ese momento tenga. Hasta entonces, el arrendamiento me lo seguiréis pagando en la misma fecha, yo también tengo cuentas que pagar. En cuanto a la cosecha, es justo que sea para quien la trabaja. Me daréis la mitad y el resto quedará para vosotros. Vendedla a quien consideréis que la paga a mejor precio.

Rodo mira a los otros, que no se creen lo que está pasando.

—La mitad es mucho.

—Es más de lo que teníais con el Indalecio. Y tú mismo has dicho que aquello os parecía justo. Yo te doy más.

Atilana se levanta dando por terminada la visita. Los hombres no saben muy bien qué hacer. Rodo duda si insistir o no, pero Atilana sale de la habitación sin mirarlos, los otros dos hombres salen detrás de la señora. Antes de salir, Rodo se da cuenta de la presencia de la Taya, la observa unos momentos con aprensión y después les sigue. Atilana ha entrado en la cocina y se dirige a la puerta que da al patio. Amparo se ha retirado hasta un rincón.

—Buenas tardes a todos.

Y les abre la puerta. Cuando han pasado por delante de ella:

—Rodo, yo no tengo hijos que vayan a quemar tus tierras, no me hacen falta —dice en relación a las artes de la Garibalda.

Atilana cierra la puerta y se dirige a la ventana, desde allí los ve alejarse por el camino a través de los visillos. La Taya entra en la cocina y se acerca a ella. Después de unos momentos en que las dos se mantienen en silencio, Atilana se dirige a la anciana:

—¿No vas a decir nada?

—Era como imaginábamos: te utilizaban. Ahora ya saben que no eres ningún pasmarote —contesta la Taya.

—Temo lo que pueda venir.

—Les has dado lo que querían.

Atilana niega con la cabeza.

—Lo querían todo.

Las dos mujeres se quedan pensando en silencio. La Taya,

después de unos minutos, vuelve a hablar:

—Hay que traer a las mujeres contigo.

Atilana se pierde por el pasillo hacia su alcoba. Amparo y la Taya se quedan solas en la cocina. La anciana continúa detrás de los visillos.

—Vete a hacer algo de provecho, Amparo, ya se ha terminado la lección por hoy.

Amparo mira a la vieja, cierra la mandíbula, se limpia la saliva que le cae con la mano y sonríe.

* * *

Los amigos y las amigas de Tina van caminando hacia la Fuencisla.

La Fuencisla es el nombre que dan en el pueblo a un caño de manantial que sale entre las rocas. Un riachuelo transcurre por debajo de un puente hecho con listones de madera. Alrededor, algunos árboles, matas y arbustos. Es uno de los sitios preferidos por los jóvenes para alejarse un poco de las miradas de los mayores.

Tina charla con Juliano y los demás bromean entre ellos. Amparo camina sola por detrás, con mala cara, ridiculiza los gestos de amor de su hermana y responde entre dientes a las chanzas de los otros.

Entre los matorrales se fija en un desconocido. Va cargado con una garrafa y lleva en la mano la brida y la manta de un mulo que come unas bayas un poco más alejado. Amparo mira hacia el grupo y ve que avanzan sin reparar en ella. Sin pensarlo mucho, se desvía por un sendero que llega hasta el mulo. Se acerca al mismo tiempo que el hombre. Amparo le mira sonriendo y se comienza a desabrochar un botón del vestido que lleva. El hombre lo entiende, rápido, mira hacia un lado y hacia el otro, deja la garrafa y la brida en el suelo y se acerca más a ella. Comienza a besarla y a acariciarla sin muchos miramientos. Amparo se agacha hasta ponerse de rodillas. Empieza a desabrocharle el pantalón. Las voces de los chicos se alejan.

El grupo de amigos se ha parado en un descampado cerca del

caño. Disfrutan de algo de comida y bebida que sacaron de sus casas. Santiago, con una pajita entre los labios y sin querer mirar a Juanita directamente, dice con intención:

—Supongo que tendré que encargarme de la tierra y de los animales. Nuestros padres ya son mayores y es lo que estamos haciendo: cuidar de las tierras y de ellos. Encontraré una buena chica, me casaré y tendré mis hijos.

—Pues a mí no me mires, no pienso casarme con alguien al que le vayan a crecer raíces en las albarcas, y pasarme el día entero quitando los mocos a tus chiquillos —le responde Juanita, haciéndose la mayor.

Mateo le pega una colleja a Santiago, y todos se ríen porque parecen ya un matrimonio.

—Mira que eres lerdo, Tiago. ¿No te ha enseñado tu madre eso de que tu mano derecha no sepa...?

Todos, menos Juliano, corean la sentencia:

—¿... lo que hace la izquierda?

Siguen riéndose. Mateo pregunta a Juliano:

—¿Y tú, Juliano? ¿Qué va a pasar con el campamento?

—Allí ya no queda nada. Aguantábamos en Monte Coto por si algún día llegábamos a cobrar lo que se nos debía, pero ahora que todos se han marchado del campamento ya no hay nada que hacer. Y yo, bueno, de momento, estoy bien aquí. —Mira a Tina con intención—. ¿Y tú, Tina? ¿Qué vas a hacer?

Tina le sonríe.

—Yo siempre he querido estudiar algo de corte y poder coser ropas bonitas, pero nosotras... —Busca a su hermana antes de continuar, pero se da cuenta de que Amparo no está con el grupo —. ¿Dónde está Amparo? —Se levanta alarmada y empieza a llamarla. Los otros hacen lo mismo. Se separan un poco. Amparo se asoma entre unos matorrales. Tina alcanza a ver al hombre que se termina de colocar la ropa y se acerca al mulo.

—¿Qué quieres? —pregunta Amparo.

—Ha dicho madre que no te alejes —responde Tina, entre asombrada y mosqueada.

Amparo sale de los matorrales y se acerca a ella. Pasa por

delante de Tina, que le echa una mirada recriminadora, y después observa al hombre que ya se aleja.

Diciembre de 1896

Atilana está sola en el establo. La vaca ya está mucho más hermosa y el marrano que tenían también luce más gordo. Ahora tienen las dos mulas, el gallo y las gallinas que estaban en lo de la Garibalda. Atilana está ordeñando a la vaca sin prestar demasiada atención y el animal se revuelve incómodo porque lo hace con demasiada fuerza. La vaca muge y sacude la cabeza para intentar soltarse del cabestro que la mantiene atada, al final termina por alejar el cuerpo de Atilana. Esta se queda sentada, perdida en sus pensamientos. Fernando pasa por delante de la puerta, camino a sus labores. Se para al ver a Atilana sentada y ensimismada con la cubeta en las manos; la mira preocupado y decide entrar. Se acerca un poco.

—¿Atilana?

La voz de Fernando la saca de sí misma, se levanta y, sin mirarlo, inicia la marcha en silencio. Fernando se rinde.

Las mujeres se cierran los chales sobre el pecho para abrigarse. En el salón de Atilana hay una lumbre encendida que no caldea lo suficiente. A las que antes le hacían los coros a la Garibalda se han añadido Celedonia, que es la mujer de Rodo, de unos treinta años, con cara de amargura y mirada desconfiada, y Raimunda, la mujer de Higinio, que está sentada junto a ella. Aparenta unos cuarenta años, aunque es bastante más joven; tiene un gesto de perpetua preocupación y se gira inquieta a cada voz o sonido que se escucha en la sala y fuera de ella. Las dos están aquí por consejo de las otras para amigarse con Atilana y así conseguir algún resultado en la demanda de sus maridos. Miran de reojo con recelo a la Taya, que hoy se mantiene sentada cerca de Atilana. En un rincón del

salón también está Amparo. Ninguna encuentra ni la postura adecuada ni la manera de comportarse. Toman unos pocillos de achicoria pendientes de Atilana, que permanece con gesto ausente mirando la lumbre.

La conversación está empezada. Baltasara le cuenta a Eulogia, que no oye bien, lo que en este momento dice Edelmira.

—Deberíamos avisar para que nos trajeran a un cura. Desde que de Toro se llevaron el cuerpo del pobre Agustín, no hemos vuelto a tener noticias, y un pueblo como este, aunque pequeño, necesita de su párroco. —Mira a Atilana—. Vamos, digo yo.

—Ya ves, cuando lo de la Gari... —salta Baltasara.

Se interrumpe porque Edelmira le da un codazo. Se crea un momento de tensión al que Atilana no reacciona y es Gumersinda la que cambia de tema.

—Pues no sería mala cosa que ya estuviera aquí para la misa del gallo. Atilana, ¿cree usted que si se escribe a Zamora nos enviarían a alguien?

Atilana no contesta, todas se miran extrañadas. Continúa Baltasara locuaz:

—¡Pobre Agustín! Estaba loco, pero era buena persona. De lo que no se supo más fue del arma con la que lo mataron, ¿verdad?

—Nada. La enterraría, ¡vaya usted a saber! —responde Gumersinda.

—El Aquilino relata que no dejaron madriguera sin revolver ni agujero sin levantar, y que por ahí no está. Dice que el Emeterio se la llevó él mismo —concluye Baltasara.

—Pero entonces la tendrían que haber encontrado —interviene Raimunda por primera vez.

Atilana se levanta y se echa un buchito más de achicoria. Vuelve a sentarse en silencio. Nadie habla. La Taya se revuelve en su silla y decide llevar ella las riendas.

—¿A alguna le apetece otro pocillo? No hay nada más que ofrecerles, no son buenos tiempos para nadie, ya lo saben.

Todas agradecen con fingida simpatía, pero ninguna acepta. La Taya continúa con su labor.

—Cele, tu marido y el Higinio estuvieron por aquí. Pasaron a

saludar y a dar el pésame de nuevo. Atilana está muy agradecida por todo lo que han hecho por ella y sus hijos.

Cele y Raimunda no saben qué decir. Se miran entre ellas a ver si la otra tiene alguna respuesta y después deciden mirarse los pies. Eulogia piensa que con algo más de halago puede sacar a Atilana de ese mutismo que, por otra parte, solo puede ser obra de alguna enfermedad que esté padeciendo —piensa—. Aplica un tono empalagoso y servil.

—Atilana, eres un ejemplo de sacrificio y renuncia para todos. El Señor nos da, y también nos quita, y nosotras sabemos mejor que nadie que cuando se pierde a un hijo te arrancan las entrañas. Tú lo aceptas con resignación cristiana. —Cabecea, afirmando.

Atilana continúa bebiendo, bebe abstraída de todo. A Amparo se le escapa una pequeña carcajada que disimula de inmediato con otros sonidos guturales. La Taya contesta a lo anterior:

—Atilana sabe que mucho de todo eso fue gracias a vosotras. —Ellas hacen un pequeño gesto de agradecimiento. Después se dirige directamente a Raimunda y a Celedonia—: Ya dijo a vuestros hombres que la próxima cosecha será de ellos, apenas tendrán que darle un tanto, Atilana no quiere nada que no sea suyo, y en cuanto pueda les devolverá las tierras. Y lo mismo para todos a los que la Garibalda esquilmó, igual que hizo con la propia Atilana todo este tiempo.

Edelmira, Baltasara y Gumersinda se miran entre ellas aprobando con la cabeza. Las otras no lo tienen tan claro. Edelmira de inmediato toma la voz cantante.

—Es un gesto muy generoso por tu parte, Atilana. Las cosas tampoco pintan bien este año. Se agradece lo que estás haciendo por el pueblo.

Beben de los pocillos y vuelven a quedarse en silencio. Unas se miran los pies, otras entre ellas o a la habitación, Raimunda tiene media nalga ya fuera de la silla y Celedonia se muerde los labios para callar lo que piensa. Gumersinda, que parece que ha decidido que ya está todo solucionado, cambia de tema fijándose en Amparo.

—Amparito, ¡qué mayor estás ya, hija mía! Cómo pasa el

tiempo, ya eres toda una mujer. Atilana, en breve se te casa.

Atilana, ahora sí, responde sin quitar la mirada del fuego:

—Amparo se quedará conmigo.

A Amparo se le disuelve la sonrisa de inmediato y mira a su madre sin decir nada. Edelmira ha encontrado la ocasión perfecta para contar sus miserias y así cosechar más puntos sobre las otras en la escala del sacrificio materno. Eleva los ojos al cielo y se balancea de atrás adelante con sobrecogimiento.

—¡Ay! Yo no tuve hijas, Dios no lo quiso... Mis chicos tienen sus familias, y las nueras, que son un par de... *«filimincias»* las dos, parece que están aliadas *contra mía,* así que tengo que darles la razón como si yo fuera una pobre bobalicona para que no me separen de mis hijos. —Se dirige a Amparo—: Tú di que sí, hija, con tu madre, que con nadie vas a estar mejor.

Amparo no deja de mirar a su madre. La Baltasara y Edelmira asienten dando la razón a lo dicho. Baltasara, con sonrisa piadosa, observa esa boca de Amparo caída y tan desagradable a la vista.

—Siempre lo dije: un ángel inocente, eso es la pobre. Suerte tiene de que estés a su lado, Atilana. —A Amparo—: Tu madre es una santa, Amparito.

Atilana se levanta, deja el pocillo sobre la mesa y sale de la habitación sin mediar palabra. Todas ellas se quedan quietas y calladas, sorprendidas por la espantada.

Saturio, Ladislao, Tuerto, Casilda y Chiri comen en una mesa improvisada en la casa de Vacas, que se volvió a instalar allí junto con Ladislao y el Tuerto. Aprovechan unos días de sol que ha traído este mes para comer fuera. Fernando tiene la cara más demacrada, sus ojos están hundidos y ya no tienen la brillantez de antes, cruza lo que le sobra de la pelliza sobre el pecho como si estuviera destemplado. Tiene la mirada puesta en la tierra vacía donde antes estaba el sorgo.

—El sorgo ya se ha terminado de secar. Es tiempo de venderlo —reflexiona en alto.

Ladislao habla sin quitar ojo a la Chiri. Ella le sonríe de vez en

cuando, parece que se hubieran reconciliado.

—Seguro que el chino de la Peña te compra la cosecha entera. Y si no, él sabrá quién lo puede hacer.

Fernando saca un pellizco de tabaco de una lata, ofrece a los demás y se lía un cigarrillo.

—Me siento cansado para ir hasta allá, pero supongo que es lo mejor que se puede hacer.

Ladis, después de unos minutos en los que consulta a la Chiri en silencio, le contesta:

—Puedo hacerlo yo.

—¿Seguro? —duda Fernando.

—Claro. Al chino le alegrará verme… —responde Ladis con ironía.

Chiri mira por unos momentos a Ladis, pensativa.

—Yo te acompaño. Hace tiempo que no me dejo caer por allí y todavía quedan algunos asuntos que debo arreglar de mi marido. Cuando se vino, dejó todo aquello manga por hombro, y ya es tiempo de que lo cierre.

—¿Estás casada? —pregunta Casilda extrañada.

—Lo estuve. Murió aquí poco antes de que viniera a buscarle —mira a Ladis—, y me quedé.

Fernando busca a su amigo, este le devuelve la mirada y Fernando lo entiende. Sonríe.

—Bueno, pues está hecho.

En ese momento Atilana sale de la casa y empieza a caminar distraída y seria. Las mujeres salen poco después detrás de la Taya, que las despide en la puerta. Ellas se alejan por el camino entre murmullos sin dejar de observar a Atilana, parada frente al pozo. Después de despacharlas, la Taya se acerca a ella.

En la casa de Fernando todos las observan. La Taya le dice cosas a Atilana, molesta. Atilana no contesta.

Tuerto hace una interpretación de lo que puede estar ocurriendo.

—Agarrando el poder con fuerza.

—Sin embargo, no parece ella, es raro no oírla. Desde que murió la Garibalda, es como si una parte hubiera muerto con ella;

camina sin entender dónde pone el pie y no le interesa nada de lo de antes. Se limita a vigilar de cerca a la Amparito, rumia que te rumia, vaya usted a saber el qué, sobre la pobre muchacha —comenta Saturio.

Todos observan la escena perdidos en sus propias reflexiones. Fernando baja la cabeza y deja salir un suspiro. Saturio ha puesto voz a su preocupación.

La Taya se da la vuelta y comienza a alejarse de la finca. Atilana no se vuelve siquiera, Taya desaparece campo a través. Amparo, desde la puerta, ve cómo se aleja la figura de la anciana por el camino, después mira a la madre y escupe en el suelo.

Enero de 1897

Juliano, Saturio, Tuerto y Fernando trabajan en el trigo mientras Casilda, Tina y Amparo varean los colchones en el patio. Juliano se acerca a las chicas con la disculpa de ir a por agua al pozo. Tina le sonríe cómplice. Amparo aprovecha que el joven solo mira a Tina, y como si no le hubiera visto, camina hacia atrás y choca con él. Juliano la separa sorprendido. Tina mira a su hermana, que hace como si no se hubiera enterado de nada. Juliano guiña un ojo a Tina y después de beber se dirige a la cuadra. Amparo suelta las varas y le sigue. Tina no acaba de entender lo que intenta la hermana, pero un mal presentimiento le obliga a ir detrás de ella.

En la cuadra, Juliano busca el cuarterón de tabaco en uno de los bolsillos de su zamarra cuando Amparo se acerca por su espalda sin decir nada. Detrás de ella entra Tina, que se dirige a su hermana enfadada:

—¿Qué estás haciendo, Amparo?

Amparo no la mira siquiera, sigue pendiente de Juliano, que al oír a Tina se ha girado sorprendido.

—¡Mírame! ¡Mírame, Amparo! —le grita.

Tina se acerca a su hermana, que sigue sin hacer el menor gesto, y la agarra del brazo con fuerza. Amparo se da la vuelta; a Tina no le da más tiempo que a distinguir la boca apretada de Amparo y los ojos achinados clavados en ella antes de que un bofetón le gire la cara. Se lleva la mano a la mejilla, sorprendida. Juliano interviene de inmediato, de un tirón retira a Amparo del medio y le grita amenazante:

—¡Amparo, no vuelvas a hacer eso nunca, ¿lo has entendido?!

Entra Atilana, alertada por los gritos. Asomada detrás de ella está Casilda.

—¡¿Qué pasa aquí?! —pregunta airada.

—Tina me ha pegado y no sé por qué —contesta Amparo con rapidez.

—¡Eso no es verdad, madre! ¡Juliano ha entrado a por tabaco y Amparo ha venido detrás de él! ¡La he llamado y, cuando se ha dado la vuelta, ella me ha pegado a mí!

Amparo ha sujetado su rabia al entrar la madre, y mira a su hermana con la mandíbula floja de nuevo:

—Mientes, como siempre. Eres mala.

Juliano no es capaz de creer lo que Amparo está haciendo:

—No, Amparo, Tina dice la verdad. Yo estaba aquí y lo he visto.

Tina le corta llena de rabia hacia su hermana.

—¡Ya está bien, Amparo! ¡Deja a Juliano en paz! Es mi novio. Cada vez que pasas por su lado te... —se calla—, como haces con todos.

Atilana estalla de una vez:

—¡Cállate ya! Juliano, salga de mi casa. Y será mejor que no vuelva por aquí.

Juliano no se mueve de donde está, y Tina le pone su mano sobre el brazo. Casilda, temiéndose lo peor, sale corriendo de la casa en busca de ayuda.

Tina comienza a suplicar a su madre, desesperada.

—¡Pero, madre! Él no ha hecho nada, es ella, usted lo sabe bien, le busca a él como busca a todos los hombres. — Cada vez más agobiada—. En la Fuencisla estuvo con uno, no sé quién era, pero vi cómo se marchaba remetiéndose la ropa. Madre, Juliano es un buen hombre, me quiere, estamos de novios y... vamos a casarnos. Se lo íbamos a decir, ¿verdad, Juliano?

Juliano enlaza su mano a la de Tina, plantando así cara a Atilana. Esta escucha todo esto con los ojos desorbitados.

—¡Váyase de aquí ahora mismo!

Tina se dirige a su novio:

—¡NO! —Se vuelve hacia la madre—. ¡No haga eso, madre! ¡No lo haga! —Intenta serenarse unos segundos y toma una decisión—: Madre, si él se marcha, yo me voy con él.

Las dos, madre e hija, se quedan enfrentadas. Tina cobra cada

vez más fuerza al lado de Juliano y desafía a su madre; se miran en silencio. Atilana, como es habitual, levanta la mano para golpear a Tina, pero Juliano se interpone con rapidez entre ellas; con un brazo coloca a Tina a su espalda protegiéndola con su cuerpo y menea despacio la cabeza en advertencia a Atilana, que se reprime con todos los músculos en tensión. A la carrera entran en la cuadra Fernando y Saturio, seguidos de Casilda. Fernando, al ver la situación, se dirige horrorizado a Atilana:

—Atilana, ¿qué estás haciendo? ¿Pero tú te estás dando cuenta de lo que te está pasando?

Juliano, sin quitar la vista de la mujer, le dice a Tina:

—Vámonos. —La coge de la mano y salen de la cuadra.

Atilana se queda con la respiración agitada. Se gira hacia Amparo, que se ha refugiado en un rincón.

—¡Coge tus cosas y llévalas a mi alcoba! ¡A partir de ahora, dormirás conmigo! ¡Y no vas a volver a salir tú sola nunca más!

Sale de la cuadra y se mete en el interior de la casa en dirección a su alcoba.

Una carreta está en el camino. Juliano termina de colocar una bolsa de viaje con las cosas de Tina. Esta ya está subida a la carreta. A su alrededor todos, menos Atilana y Amparo. Vacas se despide de Juliano, le da unos billetes liados con un cordón. Juliano lo mira agradecido.

—Muchas gracias, Vacas. Te lo devolveré.

—Dejadme saber dónde os instaláis. Y no olvidéis que estamos aquí siempre.

Tina asiente. Juliano le da un abrazo y sube a la carreta. Tina se vuelve hacia la casa: en la ventana, a través de los visillos, ve la figura de su madre. Juliano gira la carreta hacia el camino. Tina ve cómo la finca se va quedando atrás.

Los candiles están encendidos en la casa de Atilana. En el porche de Fernando, el Tuerto, Saturio y Casilda beben un pocillo de

achicoria. Contemplan la casa de Atilana en silencio. Parece que reinara la paz. El Tuerto habla con un suspiro:

—Ya solo quedan las dos.

—¿Dónde está la Taya? Hace días que no se la ve por aquí —pregunta Casilda.

—La Taya cumplió con lo suyo. Ahora estará encaminada a otros lares.

—Hay algo siniestro en esa mujer.

Saturio niega con la cabeza.

—Es solo una pobre ciega que vive de la ayuda de los otros.

Tuerto y Fernando le miran con cierta ironía, pero no dicen nada. Casilda continúa ensimismada.

—Puede que así sea, pero me repelía verla cerca, notaba que algo malo iba a ocurrir... —Después de unos momentos de silencio —: Como si fuera... —se calla.

—¿Qué? —pregunta Saturio.

—No lo sé... Nada —responde Casilda, cerrándose más la chaqueta.

Se vuelven a quedar cada uno enfrascado en sus pensamientos. Después de unos minutos, Saturio anuncia a los otros:

—Ayer pasé por la bodega. Benigno parece que se marcha un tiempo del pueblo. Se conoce que tiene familia en Villalpando y le han llamado por algo de una enfermedad de un pariente. Me ha ofrecido que me haga cargo de la cantina en el tiempo que él está fuera. Me lo paga bien, y le he dicho que cuente con ello. Necesito algo de dinero. —Tuerto y Fernando le dejan que siga—: Casilda se viene conmigo. Hemos corrido mucho juntos y nos sería raro separarnos. Ahora que esto está más *apañao*, podréis sacarlo entre los dos, ¿no?

Fernando suspira unos minutos. El Tuerto es el primero que reacciona.

—Claro, Saturio, no te preocupes. Y si nos hiciera falta, ya encontraríamos a alguien que echara una mano. Me alegro por vosotros, es una buena noticia.

—Y nosotros en un momento también podríamos hacerlo —afirma Casilda.

Fernando ahora también se suma a la felicitación. Cae la noche.

* * *

Atilana está tumbada en su cama. Mira la escarcha que cubre la ventana; la noche ha sido gélida y el viento no ha dejado de silbar durante horas. Se arropa hasta la barbilla para entrar en calor y espera atenta a que su hija se despierte. En la cama de al lado está Amparo tumbada de espaldas a su madre. Está despierta y escucha la respiración de su madre sin moverse.

* * *

Amparo está encendiendo la lumbre de paja. Ha cogido leña que todavía está mojada por las tormentas caídas estos últimos días y las ramas al prenderse llenan la cocina de un humo áspero; le lloran los ojos, se los frota y rezonga entre dientes cada vez que se le apaga. Atilana está parada a la entrada de la cocina y observa lo que hace su hija sin la menor expresión. Por un momento, Amparo nota la presencia de su madre a la espalda; se calla y se gira hacia ella, se miran durante unos segundos hasta que Atilana se retira de la puerta. Amparo vuelve a la lumbre.

* * *

Atilana en el patio observa cómo los peones en mangas de camisa arrancan las amapolas que crecen entre las espigas de trigo; no deja de ser una mala hierba que roba el alimento a los cereales. Mira hacia dentro de la casa, suspira con resignación y entra en la cocina. Según se sienta a la mesa, ve que los cubiertos están colocados en el otro lado; por unos instantes mira hastiada a su hija, sentada enfrente de ella, coge los cubiertos y los coloca como deben estar, empieza a comer. Amparo esboza una sonrisa de satisfacción y coloca la servilleta en sus piernas. El único ruido de los cubiertos contra el plato espesa la tensión entre ellas.

* * *

El cielo está muy cerrado, el aire trae el olor a lluvia de tierras cercanas. Alumbrada por un candil, Atilana se dirige a la cuadra para echar de comer a los animales. Se cierra un poco más la chaqueta sobre el pecho porque el viento a estas horas es frío. Tiene unas ojeras muy marcadas producto del insomnio que desde hace tiempo padece. Camina despacio, ensimismada. Amparo va detrás de ella a distancia, pero no tan lejos como para que Atilana no note que su hija la sigue. Ambas continúan andando.

* * *

Amparo se quita las madreñas en la puerta de la cocina. Se sacude la nieve del mantón, recoge los troncos que ha dejado en el suelo y entra. Avanza hacia el pasillo, pero cambia de opinión, se da la vuelta y cierra la puerta con el pie justo en el momento que Atilana, cubierta de nieve, llega a ella.

Marzo de 1898

Atilana camina por la calle principal. La gente del pueblo la saluda con respeto, ella se mantiene muy digna sin fijarse demasiado en unos y otros. A la altura de la bocacalle de la Garibalda, se detiene y echa una mirada pensativa a la casa. Un ruido a su espalda le hace girarse, se fija en la entrada del almacén: la puerta está abierta. Se acerca a husmear por el cristal, al poco rato se separa un poco sorprendida; Casilda, con el mandil puesto y una escoba de esparto en la mano, abre la puerta de par en par.

—Atilana, qué gusto verte. Pasa.

Atilana entra. Dentro está todo bastante desordenado y lleno de polvo, pero Casilda está en plena limpieza. Atilana lo mira todo.

—Llevaba cerrado desde que Herminia se marchó después de asegurarse de que la Garibalda estaba muerta y bien enterrada. Ahora que regresa Benigno de Villalpando y se vuelve a hacer cargo de la bodega, Saturio ha decidido que es tiempo de abrir de nuevo la abacería. Al fin y al cabo, es suya.

—¡Mira tú! —replica Atilana con falsa sorpresa.

Casilda entiende la intención de Atilana.

—No hace falta que nos juzgues, Atilana, no va a cambiar nada. Nosotros te respetamos a ti. La vida debe continuar.

Ambas mujeres se miran unos instantes en silencio. Atilana echa un vistazo a su alrededor.

—La casa del cura está también manga por hombro. Necesita un buen repaso antes de que llegue el nuevo párroco a finales de semana. —Mira a Casilda de arriba abajo con retintín—. Por si sabes de alguien a quien le pueda interesar.

Después se da la vuelta y sale de la tienda sin despedirse. Casilda suspira y niega con la cabeza.

* * *

El domingo por la mañana, como es de recibo, toda la gente del pueblo se encamina a misa de doce. Es la primera celebración desde que murió Agustín, y el nuevo párroco está a la puerta recibiéndolos a todos. Es un hombre joven, albino y medio ciego que, a pesar de todo, muestra gran presencia de ánimo. En ese momento llega Atilana seguida de Amparo. La gente las deja pasar y el párroco las saluda mostrando especial adulación. En lo que Atilana entra en la iglesia y se sienta en el primer banco, los demás terminan de incorporarse al oficio. El cura empieza con su trabajo.

Nada más decir las primeras palabras del saludo inicial, Atilana comienza a sentirse incómoda; se remueve en el asiento, alisa la falda con las manos, vuelve a mirar al frente pensativa, se atusa el pelo, escucha las palabras de ese cura albino como si estuviera metido en una caja hueca, cierra los ojos, respira intentando aguantar, pero el tono agudo y cantarín del hombre le chirría en los oídos. En el acto penitencial, cuando todos inclinan la cabeza en señal de respeto y el albino les invita a pedir perdón por sus faltas cometidas, Atilana ya no aguanta más, se pone en pie y enfila el pasillo dejando atrás las miradas de los del pueblo.

Amparo observaba a su madre por el rabillo del ojo, notaba su nerviosismo y se mantenía alerta, ahora se levanta ella también para verla salir del templo, mira a su alrededor y se da cuenta de que todos están a la espera de su reacción, después de unos momentos sin saber qué hacer, decide quedarse sentada donde está. El cura detiene el sermón hasta que Atilana sale de la iglesia. Busca a quién «dedicar» su primera homilía y piensa en Amparo como la hija de la señora importante, así que continúa la misa dirigiéndose a ella. Los hombres y mujeres del pueblo miran con asombro primero a Amparo y después al sacerdote, comentan entre ellos y finalmente aceptan la nueva situación. Aquellos que se habían levantado al irse Atilana vuelven a sentarse. Amparo, al ver la reacción del pueblo, se siente orgullosa; se olvida del gesto que ha utilizado hasta ahora, se limpia la saliva con un pañuelo y se estira en su asiento mientras sonríe con beatitud al nuevo cura

blancuzco.

Atilana entra al pasillo de la casa de la Garibalda con unas llaves en la mano. Los cuarterones de toda la casa están cerrados, a pesar de eso se cuela algo de luz por la ventana del salón. La silla de la Garibalda permanece en el mismo sitio. Despacio, Atilana se dirige hacia allí. Abre un poco más la contraventana, mira a través de los visillos y ve lo que Garibalda veía. Se da la vuelta y examina la habitación; todo está igual, pero cubierto de polvo, algún bicho corre por el suelo al entrar la luz, las boticas, la camilla, la silla ahora vacía frente a ella. Atilana abre y cierra cajones, la alacena, se fija en las fotos que cuelgan, está mirando todo como si buscara algo, tal vez un sentido a lo que le bulle en la cabeza desde aquella noche. Mira la silla, no piensa en sentarse, solo la mira. Acerca esa en la que veíamos a Tránsito sentada y la coloca al lado de la de la Garibalda, frente a los visillos. Permanece un rato allí, pensativa. Se alisa la falda, lentamente, una y otra vez, y cabecea dándose la razón.

—Me arrastraste contigo, por eso te reías. No se puede vivir solo de odiar un recuerdo, ¿verdad, Garibalda? Tú te diste cuenta: el odio hay que cultivarlo entre dos, día a día. No hay alivio de luto para el odio, por eso te reías —afirma—, por eso te reías...

Atilana se queda sentada frente a la ventana; una figura más a través de los visillos.

La mesa de la cocina está preparada como cada día a la hora de la comida. Amparo espera sentada en su silla. Se ha vestido para la ocasión con una bata de colores vivos que bien podría ser de la Chiri. Mantiene la boca cerrada en una media sonrisa, parece que se hubiera pintado los labios y tuviera algo de colorete; el cuello erguido y la cabeza estirada, la espalda fuerte alargando su cuerpo joven. Las manos encima de la mesa acarician el filo del cuchillo. De golpe gira la cabeza hacia el ruido que acaba de escuchar y se levanta.

La perola está en el medio de la mesa. Sirve los dos platos con rapidez y separa la cazuela hacia un lado para poder ver la silla de la madre. Vuelve a sentarse en su sitio.

Atilana entra en la cocina y sin mirarla coge la servilleta, la estira en sus piernas y cambia los cubiertos de lado sin hacer el menor gesto de desagrado. Como una bofetada le llega a la nariz el perfume que Amparo se ha puesto. Clava su mirada en el rostro de su hija y la observa con detenimiento; se da cuenta de que parece otra e intenta entender con rapidez lo que ocurre. Permanecen una frente a la otra, calladas, examinándose en tensión. Ninguna de las dos come. Ese silencio acentúa el sonido del reloj de la pared, cada segundo que pasa resuena en la cabeza de Atilana como si fuera una campanada.

Amparo nota cómo le hierve la sangre desde los pies a la cabeza, sabe que por fin ha llegado el momento y la excitación le acelera las palpitaciones y le atenaza la garganta. Después de un rato, es Amparo la que comienza a hablar con sorna.

—Así que yo tengo que ser tu cuidadora. —Atilana se sorprende ante esto. No sabe de lo que está hablando. Sigue en silencio, alerta —. ¿Cómo era? Ah, sí, «Atilana, eres un ejemplo de sacrificio para todos». —Se ríe y observa a su madre con detalle—. La muerte te ha tratado bien, madre. Querías ser importante y que todos te respetaran; deberías haber muerto antes que tus hijos, pero aquí estás. —Atilana siente un repeluzno que le recorre la espalda—. Ese era el trato, ¿verdad? Tú le dabas a los tuyos y ella te dejaba en paz a ti... Tres muertos, ¿o son cuatro, Atilana? —Atilana da un leve respingo que no pasa desapercibido a Amparo, al verlo, se ríe complacida—. ¡Cuatro! —afirma con admiración mientras hace el recuento en voz alta—. Padre, tus dos hijos y... ¡Garibalda, claro! ¡Y ya está, ya tienes el poder que querías! —afirma.

Continúa seria de golpe. Clava los codos en la mesa y cruza las manos apoyando la barbilla sobre ellas.

—Pues ahora lo quiero yo. Y me lo vas a dar. —Pasa sus labios por los dedos, pensativa, y observa la cara de Atilana—. No te preocupes, madre, ya sé que no me amas, pero sí que me necesitas; me necesitas para que recoja las sobras de vida que los años vayan

dejando y que nadie lo vea, para que nada ensucie la imagen que has creado de ti misma. —Sigue con toda la ironía del mundo—: Así que, estate tranquila, yo cuidaré de ti, día a día, hasta que mueras. Serás mi sacrificio, y así me levantaré sobre ti como tú has hecho con ellos.

La madre no hace el menor gesto, pero nota un ligero temblor en la pierna derecha, baja la mano y se pellizca en el muslo. Amparo se levanta y va hacia la ventana. A través de los visillos mira hacia fuera. A lo lejos se ve la figura del cura nuevo montado en un mulo que enfila el camino hacia la finca. Lo que trae a Amparo otro pensamiento.

—El bueno de Agustín. Lo pasamos muy bien esa tarde juntos. —Se ríe abiertamente—. Bueno, yo un poco más... —Se gira hacia su madre y le guiña un ojo. Atilana mira a su hija espantada, por fin entiende lo que ocurre y hacia dónde va. Amparo toca el visillo con delicadeza—. ¿Sabes que se decía que lo habías matado tú? Sí, claro que lo sabes, pero, por suerte, no se encontró el arma, y ojalá que no aparezca, a no ser que me obligues, claro... —Atilana se golpea el muslo, que no para de temblar. Amparo se vuelve hacia su madre—. He invitado al padre Ezequiel a tomar un pocillo. Le gustaría enseñarme lo que trae en la cabeza para nuestra parroquia. Espero que te comportes.

Amparo se encamina hacia la puerta del salón. Se para a la altura de Atilana y, después de unos segundos, le escupe todo su veneno.

—¡Yo te maldigo, madre! ¡Maldigo todo el amor que me has negado, y maldigo a los tuyos, que tampoco me quisieron como hermana!

Atilana intenta levantarse, furiosa, pero la pierna no le responde, nota cómo el líquido caliente se escurre entre sus piernas y encharca la zapatilla. Amparo lo ve y suelta una carcajada. Atilana, rendida, observa cómo su hija sale de la cocina.

* * *

La luna llena ilumina la alcoba. Atilana saca las manos de debajo

de las mantas y alisa la colcha. Mira hacia el reloj que está encima de la mesilla: marca las siete menos cuarto de la mañana. Hacía mucho que no se levantaba tan tarde, no es que se hubiera despertado a esa hora, pero ha necesitado todo ese tiempo para ordenar sus ideas. Comprueba que puede mover la pierna. Escucha una respiración ordenada a su lado, se vuelve hacia ella y contempla a su hija Amparo durmiendo en la otra cama. Recorre con la mirada toda la alcoba, despacio llena los objetos y muebles que la acompañan de memorias, hasta que se dice que ya es suficiente y se incorpora; apoya los pies en las baldosas heladas, se frota la pierna derecha, despacio se levanta. Camina hacia el baúl sobre el que tiene la ropa preparada. Comienza a vestirse con el mismo orden que ha seguido toda su vida: las enaguas y la falda negra, pero hoy saca del arcón una camisa que tiene envuelta en una tela como si fuera un sudario; la extiende sobre su cuerpo, la abraza unos instantes y se la pone. Es la camisa de domingo de su hijo Baldo. Se echa por encima el mantón de lana, esta vez no lo remete por la cinturilla, necesita poder moverse con soltura, después se calza sus viejas zapatillas negras. Antes de salir de la habitación, examina su reflejo unos instantes y coloca el pelo hacia atrás con esmero. Recorre el pasillo despacio, no tiene prisa. Cuando pasa por delante de las alcobas, las contempla vacías, las sábanas blancas echadas por encima de los muebles para evitar que se llenen de polvo, o para tapar la razón de ser que alguna vez tuvieron —se dice—. Llega a la cocina y entra. Revuelve en los huecos hasta que encuentra la cuerda que buscaba, no le dedica más de un pensamiento ligero al hecho de que Amparo haya cambiado de sitio las cosas. Abre la puerta del patio y sale dejándola abierta tras de sí. La silueta del pozo se recorta en la tierra por delante de ella. Se dirige hacia él. Busca el tarugo sobre el que Fernando corta astillas, este sí, este está en su sitio, y lo lleva rodando hasta el pozo, se sube en él y se sienta con cuidado en el brocal. Se quita las zapatillas y las coloca para que no se caigan del tarugo; empieza a atarse con fuerza la falda alrededor de las piernas para que cuando la saquen no se le vean las enaguas; una vez bien sujeta, se alisa la falda lo que le permite la atadura.

Amparo se despierta sobresaltada. Se da la vuelta y ve la cama de su madre vacía. Al destaparse nota una corriente de aire que llega hasta la alcoba. Enciende el candil, se levanta y sale intrigada. Al fondo del pasillo ve que la puerta que da al patio está abierta, masculla algo con desagrado mientras se dirige a la cocina para cerrarla. Al principio no la reconoció en la oscuridad, fue cuando su madre se incorporó al terminar de hacer algo en sus piernas cuando pudo distinguirla con claridad sentada en el brocal del pozo. Su primer impulso fue salir al patio, se dirige rápido hacia ella, sin embargo, por su mente pasan con rapidez las ventajas que podría tener para ella el suicidio de su madre: sin duda, en la escalera del victimismo sería un peldaño a tener en cuenta, así que se detiene. Atilana levanta la mirada como si la hubiera sentido. Ambas se quedan mirando una a la otra, y Amparo no puede evitar que la soberbia aparezca en forma de una enorme sonrisa. Atilana, al verla, intuye con total acierto la línea de pensamiento de su hija y después de unos instantes toma una decisión: se desata la cuerda que rodea sus tobillos, se baja del brocal y se calza de nuevo. Amparo observa a su madre con la sonrisa atascada en la cara. Atilana sopesa si decir algo, pero no le cabe; al mirar a esa mujer frente a ella, no encuentra las palabras, tal vez porque no las tiene, acaso porque no quiere tenerlas. Mira al cielo, una línea rojiza comienza a vislumbrarse —es tiempo de marchar— y, sin mirar a su espalda, sin un solo gesto de más, paso a paso, enfila el camino que la aleja de la casa.

Amparo se da la vuelta, cierra la puerta de la cocina tras ella y se asoma a la ventana, no cree que su madre sea capaz de dejar todo atrás, se quedará allí hasta que asome de nuevo por la tierra porque es seguro que volverá, porque no puede ser de otra manera, y así será hasta que muera. Sin cambiar de expresión, golpea con fuerza su cabeza contra el marco de la ventana. Es un golpe seco y rápido. Una hebra de sangre asoma en su frente.

A través de los visillos, se puede ver que la parte superior del cielo se ha empezado a iluminar. Más abajo, frente a ella, Amparo contempla a su madre, que se aleja por el sendero con decisión.

La figura negra de la Taya, en cuclillas sobre una loma cercana

y envuelta en la sombra de la tierra, observa la casa con sus ojos grandes y opacos.

Agradecimientos

La novela que han leído y espero de verdad que les haya gustado, no hubiera sido posible sin la deliciosa mirada de MIRYAM GALAZ, mi editora en Espasa (Grupo Planeta). Gracias a su confianza y generosidad y a todo el equipo que a su lado me han guiado por las últimas etapas de esta aventura he podido asomarme al mundo de los libros desde dentro, todo un viaje único y maravilloso.

Pero hasta llegar a Miryam ha habido una combinación de otros grandes profesionales, amigos y seres queridos que paso a paso han logrado que estemos aquí.

Como en el cine, por orden de aparición:

CLARA OBLIGADO, mi maestra de escritura a la que llegué con la única intención de aprender a leer (proceso que inevitablemente acarreaba la obligación de escribir) y con la que disfruté cada uno de los días en su taller. En ese espacio con olor a letras, café y vino surgieron las primeras cuatro páginas que serían el germen de *La sombra de la tierra.*

BEGOÑA AZNÁREZ, mi terapeuta y la cómplice que me enseñó que todos necesitamos narrarnos. Su brillantez y cariño fueron sanando mi conciencia y amasando los tiempos en los que tendría que crear mi propia narración.

RAQUEL CALONGUE. Sin ella no hubiera arrancado a escribir esta historia. Es *coach,* amiga y fue el primer empujón para lograr llevar a buen puerto lo que yo no tenía tan claro que quería conseguir.

BEA CASTRO. Mi representante, confidente y amiga querida desde hace muchos años, mujer sabia dotada de una sensibilidad y una perspicacia como pocas. Ella fue la primera lectora de esta historia, la primera animadora, la primera entusiasta, la primera de todo.

MAJOS MARTÍNEZ. Fue gracias a que un día Majos me preguntara «¿Qué te parece si enviamos la novela a Espasa?» que esta historia, que llevaba tantos años cuajada en mi cabeza de mil formas y no tanto tiempo como novela, fuese enviada a la editorial junto con todo mi miedo y esperanza de que pudiera interesar a alguien. De Majos partió la idea…

DOLORES REDONDO, por estar siempre libre para charlar por teléfono, tranquilizarme, alegrarse conmigo e indicarme caminos a seguir.

ANNA SOLER-PONT. Es mi agente literaria, la potencia, la fuerza y la sonrisa constante. Aunque nos conocemos desde hace años ha sido ahora cuando nos hemos reencontrado y desde entonces me lleva de la mano con la firmeza, el cariño y la paciencia que ella sabe manejar como nadie.

RUBÉN OCHANDIANO. Querido mío, gracias por regalarme tu genial y única inteligencia, por las conversaciones de altura sobre la novela y por tus análisis en la lengua en que tú y yo nos entendemos.

Rosa Bravo. La hermana que la vida me tenía guardada. Lectora infatigable, es también la guardiana de mi memoria; desde los tres años forma parte de mi vida y gracias a ella he podido decodificar muchos de los cimientos de esta historia.

AMPARO PÉREZ BERNARDINO, mi tía **«Pito».** El auténtico «archivo de documentación» de *La sombra de la tierra.* Gracias a su asombrosa capacidad para el relato mi cabeza se llenó de los paisajes, fiestas, costumbres, miserias y fatalidades de una tierra y un tiempo del que yo no conocía nada. A cada pregunta mía, una respuesta suya, sin prisa, sin horas, con un «… Espero que te sirva, Viri» siempre al terminar. No sabes cuánto me ha servido, Pito…

Y dejo para el final lo más importante, fuera de cualquier categoría, porque siempre han estado en mí, porque ellos son mi hogar: **José Carrasco,** mi marido, mi consejero, mi amor. Gracias por las horas, imposibles de contabilizar, en las que hemos hablado de la historia y de cada uno de los personajes, gracias por sacar tiempo de donde no lo tienes para leerme, por tus increíbles y

siempre acertadas reflexiones que me han ayudado desde hace años a concebir la vida de estos personajes; y a ti, León Carrasco Mínguez, por ser mi motor y el verdadero motivo de esta escritura. Gracias por todas tus ideas, tus comentarios de una profundidad impropia de tu edad, por tus risas, por nuestros juegos y por tus ojos sabios que parecen conocerme desde hace tanto, desde mucho antes de que nacieras. Te he querido siempre.

Tengo también una deuda con todas esas mujeres que fui, soy y seré, en lo malo, pero también en lo bueno. Gracias.

Y a todos vosotros, amigos y lectores, que habéis tenido la bondad de leer esta novela, mi infinito agradecimiento.

Una nota más: esta novela parte de recuerdos inventados, así pues, las citas y los libros a los que hago mención en el texto han salido igualmente de mi imaginación; sin embargo, muchos de los nombres de los personajes corresponden a familiares míos que vivieron en esa época, aunque los acontecimientos que se cuentan nada tienen que ver con ellos. Espero de verdad que no se revuelvan mucho en sus sepulturas…

Notas

1. Félix M. Aguado, *Inés, la niña mártir,* Edit. Esperanza, Zamora, 1865.

La sombra de la tierra
Elvira Mínguez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene
el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y
en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Rekha Garton / Trevillion Images

© Elvira Mínguez, 2023
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023

ISBN: 978-84-670-6924-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!